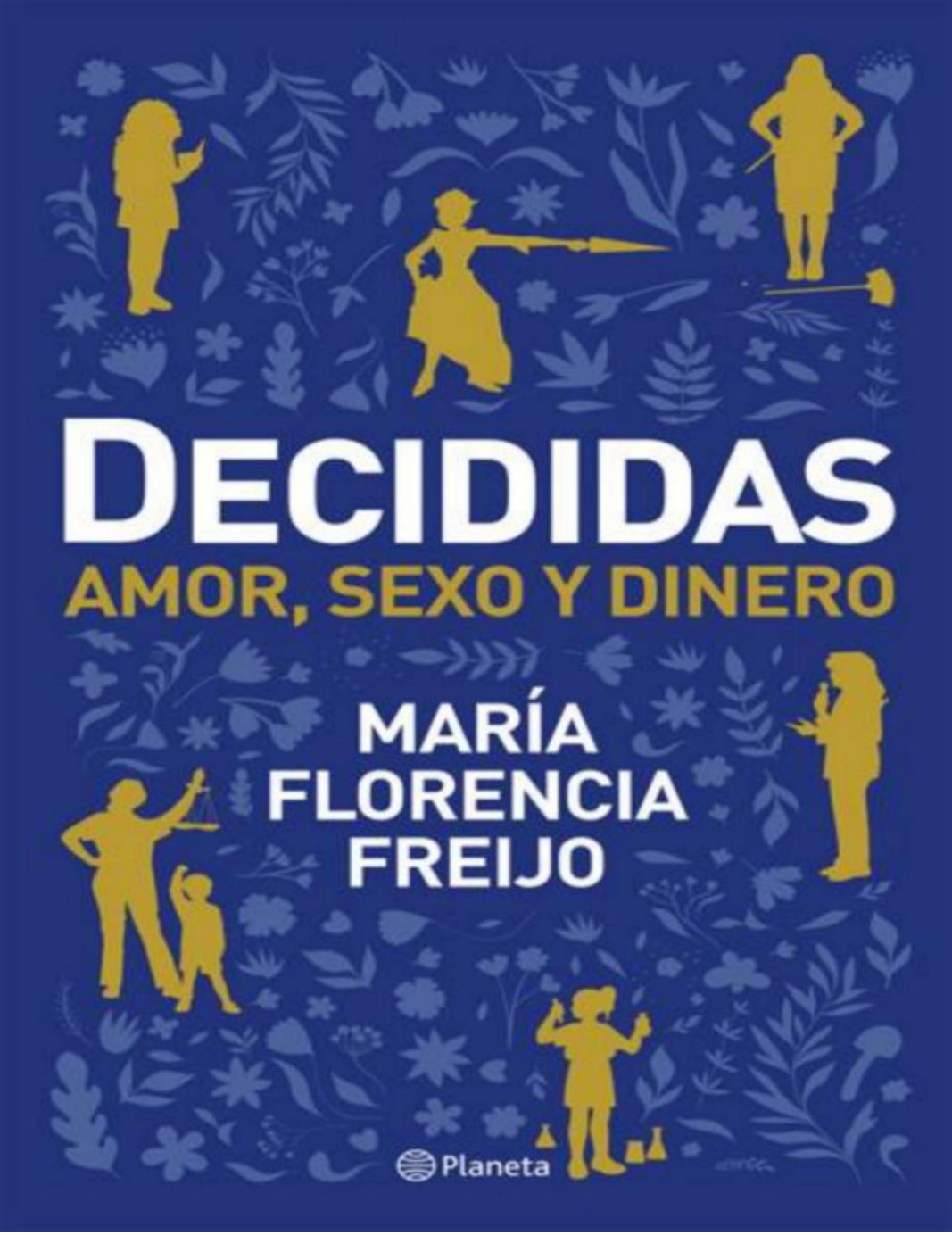
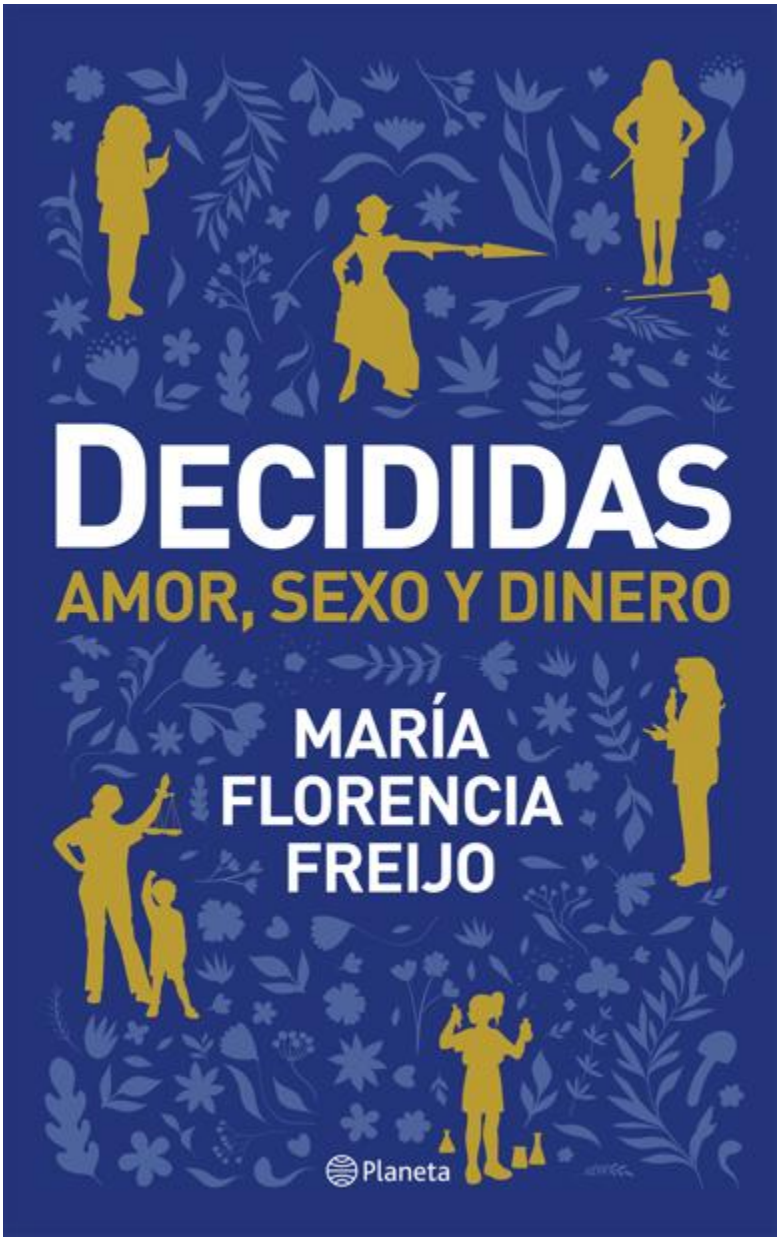

DECIDIDAS
AMOR, SEXO Y DINERO
MARÍA
FLORENCIA
FREIJO
Planeta



Decididas

Amor, sexo y dinero

María Florencia Freijo

Para mi hermana Patricia, «Pipi», que este último tiempo tomó la decisión

de romper con un destino que creía irreversible.

Decididas es un título para vos,

gracias por ser mi compañera en todo.

Escribo para mí,

para sentir mi alma hablando y cantando,

a veces llorando.

CLARICE LISPECTOR

He visto a las mujeres más bellas del mundo convertirse en diminutas sombras satisfaciendo los deseos de sus seres queridos.

He visto a las mujeres más inteligentes de la vida haciendo añicos sus argumentos frente al protagonismo de sus amantes.

He visto a mujeres con alas sacando lustre a los barrotes de las jaulas que les compran sus maridos.

Las he visto bajarse de la luna para vivir en la cueva de sapo de su amado.

Las he visto superar el hambre, las guerras, la muerte y luego caer de rodillas frente al beso deshonesto.

Las vi esconder su fuerza, maquillar su poder, frenar sus éxitos, masticando frustraciones ajenas, haciéndose cargo de necesidades impropias, cediendo, cediendo, cediendo tanto que sus cuerpos parecen desintegrarse, derretirse, desdibujarse, deshabitarse, estallar y recomponerse como un hueso tras el impacto de una bala.

Las he visto, las veo, yo también he sido, (soy) presa fácil y presa difícil de mandatos rancios y amores mediocres.

Romperé el espejo todas las veces que haga falta y respetaré y esperaré paciente el día en que todas podamos vernos liberadas de tanta pena por nada.

MARIANELA SAAVEDRA

@marianela_poesiagorda

PRÓLOGO

Un libro para ustedes

Nada me entusiasma más que pensar en que quien tiene este libro en sus manos, quizá luego de leerlo, pueda elaborar algunas respuestas acerca de todos los mecanismos que propician que las mujeres sigamos atravesando violencia, desigualdad, miradas que nos exigen el doble y una carga mental de agendas infinitas por nuestro destino obligado de cuidadoras. **Tenemos que poner en diálogo social esto porque es injusto que todas lo expresamos pero los cambios se siguen evidenciando lentos, sobre todo dentro de los hogares**.

En lo personal, y como profesional que se dedica a estudiar la Historia de las mujeres y el camino recorrido de sus luchas, no estoy dispuesta a negociar con la idea de que

«las cosas han cambiado mucho» y «ahora estamos mucho mejor». No estoy dispuesta a conformarme y no quiero que ninguna mujer lo esté. Estoy decidida a divulgar los datos contundentes que se mantienen en las sombras o salen tímidamente a la luz, y nos dan las respuestas a esas preguntas que no paramos de hacernos. Estoy convencida de que se nos sigue vendiendo una idea del poder personal absolutamente falsa, superficial pero súper atractiva.

Mientras tanto, los mecanismos que nos brindan oportunidades y que nos permiten tener margen de decisión aún son escasos, limitando absolutamente nuestra capacidad de agencia y de negociación. No decidimos si

nuestras vidas son económicamente precarias si no habitamos puestos de liderazgo, si estamos cansadas por la doble carga laboral, si estamos siendo violentadas en un vínculo familiar o amoroso, si siempre somos cuestionadas.

Son demenciales las exigencias sociales que tenemos y los pocos recursos con los que contamos para poder cumplir con todo.

Decididas es mi tercer libro, luego de (Mal) Educadas, que me sorprendió con más de diez ediciones en su primer año de salida. Sé que hoy muchas y muchos que leen estas páginas lo hacen porque quieren saber más, y para mí ha sido una enorme responsabilidad volver a escribir un libro que siga acompañando a estas personas —sobre todo a las mujeres de todas las edades— en este camino.

(Mal) Educadas y Decididas son libros complementarios pero pueden leerse por separado y sin un orden específico.

Tal vez, como autora, debo confesar que en este último busqué lograr un nivel más complejo de comprensión pensando en el crecimiento de las lectoras.

Decidí pensar en todos los perfiles que nos habitan como mujeres, por eso les escribo a las «malas», a quienes decidieron romper con todos los arquetipos en que nos han educado y que se han utilizado para quitarnos poder y señalarnos.

Le escribo a la que por primera vez me conoce como autora pero está buscando respuestas sobre por qué a veces siente que no puede torcer su destino: **la que cree que no puede salir de esa relación que no la satisface, la madre que cree que es su culpa estar empobrecida, las cansadas, las hartas, las que piensan que nunca van a liderar mientras ven que su compañero con menos estudios asciende sin pausa, las que tienen miedo de alzar la voz, las que aún no se animan a pedir lo que quieren en la cama, las que creen que jamás van a modificar su relación con el**

dinero, las que piensan que ya se les hizo tarde para torcer el rumbo de su vida.

Tengo el honor de escribirles a niñas, adolescentes y mujeres adultas, que se han volcado a mis libros y no tienen idea de lo mucho que en lo personal me han reconfortado.

No hay un día en que no piense en las jóvenes de trece a dieciséis años que me expresan que se sienten aliviadas luego de leer (Mal) Educadas. Me resulta muy gratificante la amplitud en las edades de mis lectoras y me desafía a ajustar mi forma de escribir para hacer la lectura accesible pero, sobre todo, para que a través de mis libros se sientan contenidas, abrazadas y con herramientas.

Les escribo a quienes piensan que estos libros son «de autoayuda» con una suerte de mirada despectiva, como si las mujeres leyéramos solo sobre psicología y emociones.

Estamos leyendo libros que exponen conclusiones en el campo de la Historia, la Sociología, la Antropología y la Economía. Porque sabemos que el único camino posible es el de tener información. Ya no nos consuelan «tips» para ser mujeres disponibles y agradables. Nos estamos fortaleciendo, y dejando de pintar de rosa lo que siempre estuvo gris.

Les escribo también a los varones, porque muchos leyeron (Mal) Educadas y entendieron la raíz de algunos comportamientos. Me entusiasma que no estén buscando mujeres que los eduquen emocionalmente sobre cómo ser parejas, padres, hijos; y que sean ustedes quienes se den cuenta de que hay mucho que modificar respecto de lo que les enseñaron que es la masculinidad. Me emociona que no se hayan sentido intimidados por un título que parecía que les hablaba solo a las mujeres. Nosotras hace años los leemos, es hora de que nos escuchen.

Sí, hay otro destino. No es mágico, no es el del éxito que se nos vende todos los días, no es el de transformarnos en mujeres poderosas que todo lo pueden. Pero sí es un destino mejor: el de tener información, el de **correrno**s **del**

camino del sostenimiento constante de todo y de todos, y en especial el del romper con el camino de la aceptación, porque **es hora de que aprendamos a poner condiciones.** Negociar tiene que ser nuestro norte.

Por último, como escribí en (Mal) Educadas, vuelvo a recordar aquí a las mujeres que ya no están, las silenciadas y olvidadas; a nuestras abuelas, cuyo destino fue marcado a fuego o que fueron perseguidas por querer romper los mandatos. Las que lideraron y pagaron el precio de hacerlo siendo mujer, las que contribuyeron en su campo del conocimiento al desarrollo del mundo y quedaron fuera de los reconocimientos o incluso les fueron arrebatados por varones que se adjudicaron sus proezas. Las que hoy son silenciadas sistemáticamente, cada vez que se imponen ante las injusticias: en el sistema judicial, en los medios de comunicación, en sus casas, en el sistema educativo, en el Estado.

Estamos decididas a transformar la Historia. No hay vuelta atrás.

INTRODUCCIÓN

Solas, (Mal) Educadas y ahora

Decididas

Este libro se centra en todos aquellos mecanismos que limitan nuestro poder de decisión. Tengo la firme convicción de que, además de analizar el pasado y el presente, como hago en Solas (1) y en (Mal) Educadas (2), hay que brindar herramientas para el futuro.

Decididas explica un poco el campo en el que están ubicadas nuestras elecciones y qué variables intervienen en ese campo. Por supuesto, uno es la educación, como analicé en (Mal) Educadas, pero también hay que desentramar las relaciones de poder y los recursos que tenemos a la hora de decidir. Si estamos subrepresentadas en puestos de liderazgo y decisión, si además lideramos cifras relacionadas con la pobreza, seguramente nuestro universo en la toma de decisión se vea permeado por estas limitaciones.

En este libro separo los capítulos en cuatro temas centrales y estructurales: Sesgos y estereotipos, Amor, Sexo y Dinero, y esto tiene la función, no solo dar un orden que facilite el proceso de comprensión de la lectura, sino también para que se evidencien los pilares que nos han condicionado en la autonomía de nuestras decisiones.

Pilares **que tenemos que conocer cómo funcionan para ampliar nuestro registro sobre temas fundamentales que nos quitan autonomía.**

Entender cómo operan nuestras creencias en el cerebro que paralizan un posible cambio en nuestro rol social, analizar cómo vivimos nuestras relaciones amorosas, qué elegimos en nuestras prácticas sexuales, cómo nuestra relación con el dinero es escasa: hablamos poco, nos formamos poco, ganamos poco; y todo esto determina, sin duda, nuestras condiciones a la hora de saber por qué elegimos lo que elegimos.

Por primera vez me meto de lleno en temas que no toqué en mis anteriores libros: el ámbito de los estereotipos de género, sesgos y avances de la neurociencia; las cuestiones relacionadas con los vínculos y las prácticas sexuales; el uso y la concentración que hacemos del dinero, los diferentes tipos de violencia y, para finalizar, cómo tener información sobre todo eso nos permite ser líderes en nuestras vidas.

Me es fundamental aclarar que no considero que las mujeres decidimos mal, sino que creo que en **muchas oportunidades no tenemos la posibilidad de elegir, de decidir**, sencillamente porque nos faltan recursos para hacerlo: lugares de poder, dinero, prestigio social, vínculos sociales, o porque incluso teniéndolos, la sobrecarga de roles y tareas a cuestas nos ponen en una negociación constante con nosotras mismas y con los demás.

Estoy convencida de que tenemos que transformar las nuevas épicas construidas por la publicidad y los medios de comunicación —redes sociales incluidas— sobre lo que es una mujer empoderada. Hay que sacar a la luz lo incoherente que son estas narrativas con lo que de verdad vive una mujer diariamente. Unas narrativas que **afectan a muchas mujeres en su autopercepción de lo que es ser exitosa, y que a la larga nos condenan a más exigencias sobre nosotras mismas que resultan insostenibles**. Todo esto no es gratuito, se transforma en

angustias, frustraciones y muchas veces en enfermedades físicas y emocionales.

Estamos en un mundo donde las empresas nos venden, por ejemplo, ropa deportiva para mujeres que van de frente y son líderes, pero en las áreas de puestos de decisión la representación femenina no supera ni el 20 %, como veremos a lo largo de estas páginas.

Es muy fácil decirles a las mujeres que sean asertivas, líderes, decididas, pero no proporcionar los recursos y escenarios necesarios para que eso suceda. Empresas que quieren mujeres empoderadas…

pero pareciera que no en sus consejos directivos. Hombres y mujeres que creen en la igualdad… pero esgrimen trabajar mejor con varones porque «las mujeres son más jodidas o emocionales».

Las estigmatizaciones sociales que sufrimos las mujeres parten —como desarrollaré en las páginas que siguen— de una multiplicidad de estereotipos y prejuicios sociales que a lo largo de la historia han sido reforzados por la ciencia y se han sedimentado socialmente, limitando nuestro poder de expansión.

Quiero aclarar de antemano que la frase «poder de expansión» parece a grandes rasgos algo desmedida, pero la utilizo de forma concreta para ejemplificar las oportunidades —o la falta de estas— que tenemos las mujeres para ir ganando espacios donde podamos disputar

las condiciones de nuestras propias vidas. Por ejemplo, como veremos en el cierre del libro, efectivamente más mujeres en puestos de decisión mejoran las condiciones de vida de otras mujeres. En lo personal, no deseo menos que eso.

El desarrollo de este libro me emociona porque lo percibo como un cierre que espero traiga auspiciosos comienzos: **Solas (aun acompañadas), representa el presente; (Mal) Educadas, representa el pasado, y Decididas pretende representar el futuro**. Hablo de futuro en un

sentido que abarca la esperanza, el porvenir. Sin esa esperanza no podría escribir sobre la condición de las mujeres, porque aún existen tantas barreras y mecanismos adversos con los que lidiamos día tras día que sería imposible para mí encarar este trabajo si no tuviera la convicción de que cada mujer que está en la búsqueda —

acuerde o no con mis libros— es una mujer que se dota a sí misma de más herramientas.

A veces desmotiva mucho ver cómo las viejas narrativas que nos depositan a las mujeres en espacios de servicio y disponibilidad siguen vigentes y se disfrazan de emancipación de las mujeres. También es difícil comprender la profunda resistencia que sigue habiendo por parte de algunas mujeres para entender que nos une una Historia de desigualdad.

Se suma a esto la indiferencia de los varones, incluso de los que dicen estar a favor de «la época de las mujeres».

Estos varones no nos leen, no compran nuestros libros, no conversan entre ellos, y sobre todo están constantemente a la defensiva. **Es muy difícil pretender cambiar la sociedad sin su participación activa.** Ojalá también se animen a leer este libro, a leer un libro que tiene un nombre expresado en femenino. Nosotras hace años leemos a varones contando el mundo desde su perspectiva, y aún hoy lo hacemos.

Decididas es sin duda mi sello sobre un compromiso irrenunciable a seguir difundiendo autoras potentes, avances científicos, y datos, muchos datos con los que insisto para erradicar a partir de pruebas contundentes un sentido común que aún nos lleva a lugares donde no estamos consideradas.

Respecto a una inquietud recurrente, siempre me preguntan: «Flor, ¿por cuál libro empiezo?». Creo que cualquiera de los tres pueden ser leídos sin un orden establecido, pero todos van reflejando una

madurez que voy obteniendo como autora, y que hace que prefiera sin duda

al último por encima de los anteriores. Si de algo estoy segura es del esfuerzo que he hecho en este trabajo para traer nuevos datos e investigaciones, y realmente construir un nuevo libro y no un refrito de reflexiones pasadas o viciadas.

Mis tres libros se complementan, y de alguna forma siempre creo que los libros nos encuentran. Me hace sentir muy agradecida que hayan esperado dos años —desde el lanzamiento de (Mal) Educadas— para tener un nuevo libro mío entre sus manos. También la búsqueda que hacen al terminar uno de ellos e ir por el otro.

Quiero advertir que la primera parte de Decididas puede resultar un poco más extensa o compleja porque abordo los avances en el campo de la neurociencia que dejan al desnudo esa mirada distinta que se tiene con las mujeres (y que incluso tenemos las mujeres hacia otras mujeres). Para mí es indispensable partir de la subestimación y el descreimiento que se tiene de nosotras como figuras de autoridad para ver cómo esto va a permear otros escenarios.

En relación a los capítulos de la segunda parte que refieren al amor, traté de ir más allá de lo que he abordado en mis libros anteriores al respecto, porque me interesaba analizar el eje del amor desde los aspectos que hacen a por qué elegimos lo que elegimos cuando amamos, por qué damos tanto de nosotras mismas, por qué nos exponemos en nombre del amor a perder toda nuestra capacidad de decisión y quedamos expuestas a situaciones de violencia.

En la tercera parte, que trata sobre el sexo, me interesó abordar no solo las prácticas sexuales que merman nuestro disfrute, sino también algunos aspectos de la salud sexual y reproductiva que oscilan entre la falta de información y la vergüenza. ¿Cómo ser decididas si aún no tomamos las riendas de nuestras prácticas sexuales, de lo que deseamos, de lo que nos genera bienestar y cuidado de nosotras mismas?

En la cuarta parte, sobre el dinero, busqué hablar sobre la concentración de este por parte de los varones, y como es utilizado para el control de nuestras vidas. En el mismo tono, abordé la mala relación histórica que las mujeres tenemos con lo monetario y sus razones: las limitaciones, la falta de información, las barreras subjetivas que tenemos en nuestras creencias y que también nos limitan.

Sobre el final decidí hablar de liderazgo, algo que a simple vista nos hace imaginarnos a una mujer con recursos económicos y directora de una compañía. Sin embargo, abordo este tema desde dos aspectos. Uno sobre cómo efectivamente se nos corre a las mujeres de manera sistemática de los lugares de decisión, algo que genera que nuestras posibilidades en la concentración de recursos y posiciones de poder sean menores. El otro aspecto que desarrollé habla del liderazgo que tenemos que tomar para nuestras vidas. Somos protagonistas de un momento histórico donde alzamos la voz, denunciamos la desigualdad, los malos tratos, etc.… pero tenemos que discutir también cómo seguimos.

¿Qué hay más allá de entender lo que vivimos a través de los números que me ofrecen los datos, o a través de la lectura de un libro? Sin lugar a duda, lo que hay es un aprendizaje en la puesta de ciertos límites, la posibilidad de decidir distinto, de hacerlo con más información y con el aplomo que nos dan los aprendizajes internalizados. ¡Hay que animarse a eso!

Estas son las puertas que espero ayudar a abrir, esta la información y la reflexión que espero las acompañe y, como siempre digo, las abrace. Escribo para que se sientan acompañadas, para socializar experiencias, para brindar datos ante las falacias dirigidas que buscan volver a depositarnos en lugares de subestimación. Escribo para que haya unión entre mujeres de distintas generaciones, y sobre todo para hacer, desde mi lugar, un aporte a que **nuestras vidas merezcan ser vividas.**

1- Solas (aun acompañadas), El Ateneo, Buenos Aires, 2019.

2- (Mal) Educadas, Planeta, Buenos Aires, 2020.

Parte I

¿Decidimos? Sobre el cerebro y la

neurociencia. Sesgos y estereotipos

En el verano de 2021 mi abuelo materno, Nicolás, de 90

años, se enfermó. Comía poco, estaba deshidratado y triste.

Cantaba el tango Cambalache por lo bajo: «que el mundo fue y será una porquería ya lo sé», y me avisaba: «Me queda poco, Flor, estoy muy cansado». De alguna manera, todas y todos estábamos saliendo de ese agujero negro infernal de la pandemia por Covid-19 que nos significó no solo tantos meses de encierro, sino también de distancia con nuestros seres queridos. Nunca habíamos estado tanto tiempo separados.

Durante la noche de Navidad, y con la alegría de volver a reunirnos alrededor de una comida, preparaba en la casa de mi madre una cena auspiciosa cuando, alrededor de las siete de la tarde, mi abuelo nos avisó que no podía levantarse de la cama. No sabíamos aún que por los siguientes dos meses nuestra vida giraría en torno al cuidado de su salud. Aquella Navidad apagada, mientras él descansaba, en el comedor y sin su presencia en la cabeza de la mesa familiar, conversábamos con mi abuela.

Su cara de cansancio era notoria, pero sobre todo lo era su frustración. Mi abuelo le pedía cosas recurrentemente: Tita, necesito agua; Tita, ¿estás ahí?, pensando que tal vez ella por alguna razón se había ido, como si más de sesenta años de relación no le hubieran alcanzado de prueba para saber que mi abuela le había servido siempre. Casi como si no supiera que mi abuela nunca se alejaba de él ni lo había hecho, y eso que más de una vez habría tenido que hacerlo.

Mi abuelo había desmejorado muchísimo, y mi abuela llevaba meses asistiéndolo sola. A partir de esa noche de Navidad, acompañé a mi abuela en los cuidados que se necesitaron, y estuve muy presente en ese hogar donde ella lloraba de cansancio y de hartazgo por las enormes

exigencias que requería, a sus 84 años de edad, cuidar a otro adulto mayor.

En lo personal, desde que migré a Buenos Aires no había vuelto por tanto tiempo y tan seguido a la casa de mis abuelos en Mar del Plata. Habían pasado en el medio casi doce años.

Años de vivir sola, de maternar sola, de desarrollarme profesionalmente y, por supuesto, de atravesar cambios de perspectiva sustanciales sobre lo que las mujeres vivimos.

La maternidad me hizo revalorizar el trabajo de las mujeres de mi familia, y también lo que ellas habían aguantado para que las que vinieron después, como yo, tuviéramos mejores condiciones de vida. En fin, quien volvía más de una década después a ese hogar en el que me había criado era otra persona.

Las situaciones de tensión alrededor de la salud de mi abuelo se acrecentaron y comenzaron a asfixiarnos como familia al calor de un verano atípico. El contexto senil de mi abuelo se vio profundizado por actitudes despectivas y violentas hacia mi abuela. Situaciones que, como familia, habíamos notado siempre; es decir, habíamos permitido y naturalizado.

Para mí fue muy fuerte, en ese contexto, darme cuenta de cuánto habíamos permitido que aguantara mi abuela, cómo yo me había conformado con la premisa «y bueno, mi abuela lo elige», «y bueno, ellos son así», «y bueno, esto no va a cambiar»… Así, el tiempo había pasado y pude ver que las dinámicas familiares tenían una impronta de maltrato que todas y todos aceptábamos.

La forma en la que mi abuelo hablaba de Tita, la manera de reírse de ella con comentarios denigrantes y de exigirle todo el tiempo una atención desmedida a su servicio me hacían sentir muy incómoda. Empecé a intervenir, y a hablar con mi abuela del maltrato que recibía. Ella me contaba a veces lo duro que había sido su matrimonio, y en otros momentos me explicaba el gran hombre trabajador

con el que se había casado, ya que él «volvía siempre a casa» y tanto a ella como a sus hijas «jamás les faltó nada material».

Durante esos días de enero, mi segundo libro, (Mal) Educadas, lanzado tres meses antes, había quebrado stock y arrasado en los rankings de las cadenas de librerías. En esas páginas contaba la historia de mi abuela Tita, y la trenzaba con la de las mujeres de la familia. Las lectoras me interceptaban en la calle o en las redes y me preguntaban por ella.

De alguna manera, mi abuela se había vuelto un símbolo de aquellas mujeres que no fueron —ni son— valoradas durante toda su vida, cuya capacidad de decisión había sido acotada. Y sin embargo ella estaba ahí, cuidando nuevamente de forma exclusiva a su marido, en

esa cocina lúgubre recubierta de machimbre de madera, donde por momentos yo sentía que me asfixiaba ante cada grito de mi abuelo pidiéndole un vaso de agua.

Durante la mañana, Tita se ponía los lentes, apoyaba la pava para calentar el mate y abría (Mal) Educadas, repasaba su historia y por momentos me decía: «Nena, las cosas que ponés acá no son ciertas, yo no soy tan inteligente». Me hacía reír. Me contaba que ella hizo todo lo que hizo por amor, que era «lo que le había tocado».

Ese verano hablamos mucho, me contó, por ejemplo, de una etapa de su vida en la que «las nenas ya eran grandes»

—por sus hijas— y ella no estaba pasando un buen momento en su matrimonio. Su hermana, que tenía una empresa de textiles, le ofreció trabajar. Me contó lo que significó para ella tener su dinero y darse cuenta de lo buena diseñadora que habría sido si hubiera tenido la oportunidad de estudiar. Sus historias, contadas entre mates y galletitas, terminaban de forma vaga ante mi pregunta: «¿Y por qué dejaste de hacerlo?».

Mientras conversábamos, mi abuelo, desde la otra habitación, hacía sentir su presencia en escena: Tita,

traeme el medicamento. Tita, prendeme la luz. Mi abuelo sabía que yo estaba ahí para que mi abuela pudiera descansar ante una demanda de cuidados imposible de sostener para una señora de su edad, sin embargo primero la llamaba a ella; primero incluso, a pesar de su malestar físico, no olvidaba regañarla y darle alguna orden.

Mi abuelo necesitaba personas profesionales que pudieran atender el sostenimiento de su salud, pero a su vez se enojaba con gran virulencia ante la posibilidad de ir a un asilo. Para nosotras, como familia, era difícil, porque eso significaba no volver a verlo ni pasar tiempo a su lado ya que, dada la situación aún existente debido al Covid, estaba prohibido que personas del exterior entraran a los hogares de ancianos. Con el transcurso de los días la situación se tornó irreversible. Una madrugada, Tita nos llamó con miedo y desesperación mientras, en pleno ataque psicótico, mi abuelo le pegaba patadas en la cama.

Esa noche fui a acompañarlo. Las ambulancias jamás llegaron, él volaba de fiebre, veía bichos y cartones por toda la casa y pegaba gritos que nos asustaban. Nada ni nadie nos prepara para apoyar a los adultos mayores en esos altibajos que tienen en su salud. El miedo que

se puede llegar a sentir es incontrolable, porque no se sabe qué hacer, porque puede lastimarse o lastimar a otros.

Pese a que sabía que mi abuelo tenía que estar en un lugar donde pudieran cuidarlo de manera profesional, me quedé yo para ayudarlo y sostenerlo. Priorizamos lo que él decía —o nos ordenaba—, lo que él quería. Pocas veces en mi vida me había animado a discutir con él. Sé que siempre tuve una debilidad por él, probablemente y entre otras cosas por la ausencia de mi propio padre, y porque —

injustamente— mi abuela nunca tenía tiempo para jugar conmigo cuando era niña. Mi abuela era la que trabajaba, la que en su rostro transmitía la rectitud de a quien no dejaron jugar, la que siempre se mantenía estoica, la que jamás reía.

Una vez más no quisimos escuchar cuánto nos pedía ella un descanso. No la escuchábamos porque sabíamos que al final del día ella siempre estaba, ella de nuevo —con su columna encorvada y su dolor de cadera— iba a ir al lavadero a buscar el trapo de piso para limpiar el orín de mi abuelo o a fregar los platos después de cocinar y levantar la mesa.

Aquella tarde del verano de 2021, mi abuelo terminó finalmente en un geriátrico y la última vez que pude volver a tomar su mano fue quince días después, cuando estaba aún internado y ya inconsciente.

Las decisiones que tomamos no pasan solo por aquello en lo que creemos, y esta experiencia que atravesé, en lo personal, fue un baño de humildad acerca de las contradicciones que tenemos. Muchas veces nos preguntamos: ¿por qué la sociedad no cambia respecto a lo que viven las mujeres? Y es que, dentro de las resistencias que existen, también seguimos con ciertas prácticas muy internalizadas, donde no vemos a las mujeres que están ahí, sosteniéndolo todo. **No vemos cuánto ponderamos a los varones por muy poco, y cuánto les exigimos a las mujeres, que siempre tienen que demostrar mucho**.

Pese a que sabía de sus esfuerzos durante esos últimos meses, yo no vi a mi abuela, decidí ponerla en el lugar de la

«mala» sin ver cuán cansada estaba.

Este libro, y sobre todo esta primera parte, quiere profundizar en las resistencias que aún tenemos y que operan dentro nuestro disfrazándose de verdad, en las prácticas que ejercemos y que juramos que no son injustas.

Lamentablemente no es suficiente con saber, también ese saber tiene que meterse en todo lo incómodo que reside dentro, y a veces el costo es abrir los ojos, animarse a ver, y eso, por supuesto, duele. Duele y molesta.

Los últimos días que acompañé a mi abuelo en la clínica estuve muy enojada con mi abuela, incluso la llamé por teléfono y le dije cosas de las que me avergüenzo. Me

indigné porque ¿cómo lo había llevado a un geriátrico, cómo no habían decidido poner un enfermero en el hogar y así poder pasar más tiempo juntos? Lo que no supe ver es que, al final del día, todos dormíamos de corrido en nuestros hogares, pero ella era la que tenía que desvelarse con los gritos de mi abuelo, aterrada ante la inestabilidad de alguien que la amenazaba físicamente. Incluso con un cuidador dentro de casa, ella hubiera estado alarmada, ansiosa y cansada. La decisión de trasladar a mi abuelo a un hogar no era la más fácil, sino que había sido la más difícil para ella, pero también la única posible.

Mientras (Mal) Educadas circulaba, y en esas páginas yo reconocía las pocas oportunidades que mi abuela había tenido en la vida para elegir otros destinos, ahí estaba yo, juzgándola porque una vez en la vida había priorizado su salud. Y no solo yo, sino que parte de la familia también la juzgó, la hirió y la culpabilizó. La misma familia que jamás llamó durante esos días para ver si mi abuelo necesitaba algo, y turnarse para cuidarlo. Todos nos enojamos por no brindarle la posibilidad a mi abuelo de pasar sus últimos quince días de vida en su casa, sin ver que ella ya le había dado la vida entera. Pese a mi nivel de formación y de entendimiento sobre estas cuestiones, pese a escribir (Mal) Educadas, ahí estaba yo cuestionando «por qué no pudo dar más de ella misma, por qué había sido egoísta».

Los últimos días de su internación, mi abuela no quiso ver a mi abuelo porque le generaba mucha angustia.

También me enojé. ¿Cómo su pareja no iba a darle un último beso? Jamás se me ocurrió dimensionar la enorme culpa que debía sentir una mujer que estuvo sistemáticamente violentada y controlada, sobre todo en los aspectos psíquicos y emocionales.

Mientras mi abuelo estaba en el asilo y luego internado, mi abuela estaba por primera vez en más de sesenta años viviendo sus días sola, comiendo a la hora que ella quería, durmiendo cuando ella lo deseaba. Descansando, por fin.

Sin embargo, también cuestioné su amor y su dedicación.

Cuestioné a Tita por no priorizar a mi abuelo durante su enfermedad, incluso viendo lo violento que él era con ella durante todo el proceso. La cuestioné sin pensar que enfrente tenía a otra anciana, rota, con el cuerpo cansado, no a una súper heroína.

Y pienso: si yo, con la formación que tengo, había caído en conductas tan despectivas para con quien me había cuidado sin condiciones, ¿en qué otras cosas más, de forma automatizada, les habré pedido —y les seguiré pidiendo— a otras mujeres que «guarden su lugar de abnegadas»? ¿En qué otras cosas me lo estaré exigiendo a mí misma? Cuando mi abuela logró ver que tenía que salir de esa situación de desamparo y soledad, de cuidados exhaustivos que se estaban llevando su propia vida, yo le exigí que sea «una buena mujer». **Queremos que las mujeres se preserven, se vuelvan asertivas, decididas, etc.…**

pero cuando lo hacen las señalamos con el dedo. Y

nos señalamos también a nosotras mismas. El contexto social nos recita una épica de la libertad, mientras las miradas siguen siendo inquisitivas.

La razón es que algunas veces nuestros pensamientos, conductas y emociones parten de un universo muy, muy pequeño de posibilidades. Y otras veces, incluso con posibilidades enfrente, elegimos enceguecidos y enceguecidas. Por supuesto que estoy segura de que decidimos mejor si tenemos información, porque amplía nuestras opciones. Pero también decidimos por nuestra historia, por la cultura, por los efectos emocionales que nos genera una situación, por el contexto en el que nos encontramos. Decidimos por miedos, por ignorancia, porque no nos queda otra, porque —irónicamente— a veces no nos animamos a decidir.

Este libro habla sobre el poder de decidir lo mejor para nosotras mismas, en el difícil equilibrio de coexistir con entornos que muchas veces son

adversos, y de educaciones tradicionales creadas para controlarnos. También habla de cómo seguimos juzgando a las mujeres —y a nosotras mismas— porque muy internamente aún está ahí la cultura, esa «mala educación» que, como una guionista contratada para hacernos más difícil el camino, le dicta al cerebro sus conductas.

Las elecciones son mucho más complejas que un posicionamiento

ideológico sobre un tema, y muchas de esas elecciones son más difíciles que ir simplemente por lo que deseamos. En el medio está el cambio de época, que nos transforma desde lo cognitivo, desde el pensamiento, pero que todavía parece ser inmune a esa suerte de inercia que nos hace volver a lugares que no nos son satisfactorios, o que a veces son los únicos posibles.

Este libro busca ser una radiografía sobre aquellos aspectos que involucran nuestro ámbito de decisiones, y que son más profundos que la educación que tuvimos, o que tenemos en el presente. Porque, muy a nuestro pesar, ojalá fuera tan fácil cambiar las ideas para cambiar el todo.

Pude salir del dolor —es decir, el aspecto emocional por fuera de mis pensamientos más racionales— y darme cuenta de lo injusta que fui con Tita, mi abuelita (mal) educada para que su vida fuera solo al servicio de los demás. Fui parte de quienes la señalaron como la «mala mujer», pero también pude abrazarla y agradecerle —algo que sigo haciendo— porque ella fue la que sostuvo todo para que yo tuviera un hogar feliz.

Mi abuela todos los días junta sus pedazos rotos de una vida desarmada después de que la persona con quien había compartido gran parte de su existencia ya no está. Lo llora, habla sola y por momentos nos explica por qué decidió esos días llevarlo al geriátrico. Trata de seguir construyendo una narrativa que es para ella misma, para no sentirse tan culpable y para entender por qué fue tan juzgada.

Unos meses después de la partida de mi abuelo, a quien amé con todo mi corazón y sé que me amó como nadie, me animé a ver que ese hombre también había tenido otras caras, y que yo le había dicho a mi abuela, una mujer que había sufrido tanto, que lo aguantara porque «era bueno».

Me cuesta escribir esto, y me incomoda pensar que traiciono la memoria de mi abuelo, pero yo sé lo que fue Nicolás, con todo lo bueno y lo malo. Pude perdonarlo por su

«mala educación», pero no puedo seguir construyendo una narrativa que lo pondera a costa de los silencios que eligió transitar mi abuela, a costa del hecho de que recién con su muerte ella podría liberarse de algunos mandatos. Prefiero elegir romper con ese relato, esa memoria hecha de recuerdos elegidos que borran de un plumazo las violencias.

Mis dos libros anteriores, que Tita leyó de forma completa y de

manera reiterada, mis entrevistas que siempre la tienen como espectadora, las notas que salen en el diario de mi ciudad han hecho estos últimos tres años que mi abuela comenzara a mencionar cosas sobre su historia de vida que no sé realmente si antes no las veía, pero al menos no las hablaba. Saber que de alguna forma ha encontrado un relato que le permita valorar su enorme dedicación a la familia y lo importante que ha sido para que todas siguiéramos adelante ya que ese hogar fue un espacio feminizado en las tareas de cuidado, me ha hecho sentir enormemente realizada en lo personal.

También, que por fin haya cumplido un sueño que postergaba por estar siempre al servicio de su esposo: Tita pudo conocer Buenos Aires, los edificios que decía admirar y pasear con su familia por las callecitas de La Boca. Vi en sus ojos tristes la alegría de quien descubre algo nuevo. Y yo también tuve una segunda oportunidad, porque pude abrazarla y decirle: Ya hiciste lo suficiente, ahora por fin te toca a vos. Ojalá todas y todos podamos regalarles momentos de disfrute a las mujeres que sostuvieron nuestras vidas.

CAPÍTULO I

El prestigio social tiene cara de varón

Enseñar supersticiones como si fueran

verdades es una cosa horrible.

HIPATIA DE ALEJANDRÍA

¿Por qué aún hoy se sigue cuestionando lo que vivimos las mujeres, tanto en la actualidad como en el pasado? ¿Por qué los números siguen arrojando **que las mujeres somos menos elegidas para todas las posiciones de representatividad, liderazgo y tomas de decisión?**

¿Cómo conviven nuestras experiencias personales con discursos públicos que tienden a desacreditarnos continuamente?

Me he hecho, a través de los años, muy amiga de los datos. Probablemente mi frase de cabecera sea: «datos, no opinión», y es que, aunque los datos nos susciten opiniones, y por supuesto podamos tener una discusión filosófica sobre la objetividad en la ciencia, la realidad es que los datos me han permitido poner en palabra y con ejemplos sucesos que yo también refería pero que muchas veces no llegaba a poder explicar, verbalizar, conceptualizar de forma correcta.

Mi trabajo es la búsqueda constante de cuáles son esas razones que perduran y producen una desigualdad en las condiciones de existencia de hombres y mujeres. Pero con lo que también me he encontrado en esta búsqueda es que los datos no suelen alcanzar ante quienes prefieren negar la

evidente realidad, construyendo una maniobra cognitiva para torcer la información que está al alcance de quien quiera de verdad y desee que las mujeres vivamos mejor.

Existe una resistencia feroz al tratamiento de los temas referidos a la desigualdad de género. Pero, sobre todo, **a la autocrítica que nos vuelve también responsables de que esa desigualdad perdure. Todas y todos conocemos mujeres que han sido violentadas, o discriminadas por el hecho de ser mujer, pero nadie parece hacerse cargo.**

Seguramente algún lector o lectora dirá: ¡pero si los temas sobre la condición de las mujeres están en agenda!

Sí, efectivamente. Es cierto que durante los últimos años hubo un aumento en los cuestionamientos y debates públicos. No obstante, lo que suele suceder es que, antes de posicionar un tema, hay que construir una narrativa defensiva para explicar el porqué de determinada política, o el porqué de la elección de determinada mujer para representar una posición, *etc.* Todo el tiempo hay que explicar por qué seguimos hablando de desigualdad. Los números nos hablan de diferencias estructurales, pero muchas personas se resisten a creerlo, y con los números en la mano, de todas maneras hay que explicarlo.

Las personas que niegan la desigualdad, o que hablan de la supremacía feminista, de que el patriarcado no existe, entre otras definiciones pomposas, imprecisas y burdas, son muy fáciles de reconocer. Pero las que más me preocupan son las que, creyendo que la desigualdad sí existe, reproducen sistemáticamente conductas que ponen a las mujeres en situaciones de menosprecio. Incluso nosotras mismas nos ponemos en esos lugares.

Los hechos históricos, o los estudios sociológicos, no son suficientes para poder comprender las verdaderas dimensiones tanto del odio de género en su máxima expresión como de las microviolencias que recibimos, incluso las que creemos que son «inocentes». **Hay que**

preguntarse, entonces, qué nos falta analizar para que quede al

desnudo el interruptor que enciende mecanismos involuntarios de pensamientos y conductas que luego reproducen estas situaciones desfavorables.

En este sentido, donde se enquistan con más fortaleza estos pensamientos y conductas involuntarios —que reproducen estereotipos que condenan a las mujeres— no es justamente en los actos que surgen desde el odio más brutal —por ejemplo, los femicidios—, dado que generalmente tienen una rápida condena social y producen un estupor generalizado (de hecho, son actos fáciles de identificar como violencia de género y en varios países los códigos penales tienen encuadres propios para estos delitos), sino que **las conductas que producen mayores resistencias sociales a ser identificadas como discriminatorias por motivos de género, y por consiguiente, a ser transformadas, son aquellas que surgen desde la cotidianeidad y que recurrentemente se relativizan o, peor, se vuelven norma social**.

Seguramente más de una vez escucharon decir: «no la estoy discriminando porque sea una mujer, es que de verdad…», frase que terminaba en algún calificativo del orden de los insultos.

La respuesta al porqué de estas prácticas que todas y todos reproducimos se encuentra, en parte, en los cada vez más abultados datos que provienen de estudios vinculados a la neurociencia, la lingüística y la comunicación, que dejan al desnudo lo arraigadas que están estas microviolencias —

tanto de hombres como de mujeres— hacia las mujeres.

Microviolencias, actitudes, comentarios, el famoso chistecito que reproducimos muchas veces, incluso quienes más estamos atravesando estos temas. Y es que el proceso de formar arquetipos en torno a las mujeres y los sesgos, que desarrollaré a continuación, lo tenemos arraigado en

nuestro ADN social (1), y en mayor y menor medida los

reproducimos.

La verdad, al menos parcialmente, sale a la luz. Las condiciones de vida de las mujeres podríamos decir que mejoraron si tomamos como variables su incursión en el mercado de trabajo, las distintas conquistas de derechos, la ampliación de políticas públicas. Algo que, desde ya, es dispar entre los distintos países.

No obstante, los datos arrojan radiografías tremendas.

Las mujeres luchamos, al menos si tenemos en cuenta los aspectos formales de nuestra organización para la obtención de derechos políticos, hace unos doscientos años, algo que hay que tener en cuenta para analizar las resistencias hacia nosotras, si en números vemos que no superamos en todo el mundo el llamado «techo de cristal»

del 20 % de representación en puestos de decisión (2).

¡Siglos de desigualdad para estar, en el año 2022, tratando de convencer a quienes dicen que la desigualdad «es cosa del pasado»! Vale preguntarse entonces qué es lo que provoca conductas que durante siglos nos han puesto y nos siguen poniendo en ese lugar.

En principio, por supuesto, está la educación de la que he hablado en (Mal) Educadas. Una educación que se remonta a la Antigüedad. Esto es fundamental, dado que se observan allí creencias que continúan hasta el día de hoy.

Todo el desarrollo de lo que fue el pensamiento clásico estuvo a disposición de explicar nuestra naturaleza inferior.

Un pensamiento que ya tenía su antecedente durante la etapa de las primeras civilizaciones en la Mesopotamia con el Código de Hammurabi, que expresaba: «Si la esposa de uno, que habita en la casa de este hombre, quiere irse y si tiene el hábito de hacer locuras, divide y desorganiza la casa, y ha descuidado la atención de su marido, se la hará comparecer y si el marido dice que la repudia, la dejará ir y no le dará nada para el viaje ni precio de repudio».

Es muy relevante tener la perspectiva de estas creencias del pasado para darnos cuenta y atisbar, al menos, la difícil tarea de transformar el pensamiento profundo anclado en lo que Gina Rippon, en su libro El género y nuestros cerebros (2019), revela como el cerebro social.

Este concepto se define en el campo de la neurociencia, que estudia los procesos cognitivos sociales, y en el cual se examinan las áreas neuronales que nos impulsan a ser miembros de las numerosas redes sociales y culturales que nos rodean. De esta forma se ha podido demostrar la estrecha relación de nuestro cerebro con esas redes, dado que estas transforman el propio cerebro.

Por esta razón tenemos que sospechar de muchos de los procesos de reflexión que hacemos, entendiendo que

«nuestras verdades» —lo que consideramos como definiciones objetivas— son en realidad el resultado del constante estímulo social en el que estamos inmersos. Al entender esto, podemos empezar a sospechar de todo lo que sigue abonando nuestras decisiones diarias que resultan en una mirada sesgada que tenemos sobre las mujeres, dados los aprendizajes que arrastramos de hace tantos años acerca de las concepciones preestipuladas que tenemos sobre ellas, y sobre nosotras mismas, claro.

Algunos ejemplos: en la mayor parte del mundo las mujeres emitimos por primera vez un voto en elecciones partidarias en un rango que va dentro de los años 1920 a 1960. Las razones son varias, pero todas las esgrimidas como resistencia durante los distintos procesos que llevaron finalmente al voto femenino tenían su correlato en que se nos era negado por creer que éramos inferiores intelectualmente, o que debíamos cumplir funciones domésticas y escindirnos de la vida pública y partidaria.

Incluso muchas mujeres se resistían por considerar eso de ellas mismas, y abogaban explícitamente contra las otras mujeres que exigían participación política. Si lo pensamos en tiempos históricos, mi abuela vino a este mundo sin

siquiera tener este y otros derechos básicos legislados, y creo que sería un poco ingenuo pensar que todas estas creencias, apenas unos sesenta años después, no siguen permeando este cerebro social.

En este tipo de cosas soy taxativa: **la desigualdad entre hombres y mujeres existe por varios factores, pero uno al que no se le presta la suficiente atención y es el más prevalente, son sin duda las creencias intrínsecas sobre la condición de inferioridad de las mujeres** para muchas de las tareas que consideramos del orden de las capacidades intelectuales.

De hecho, durante 2018 se publicó un estudio realizado por Adrian Hoffmann y Jochen Musch, de la Heinrich-Heine-University en Düsseldorf (Alemania), que investigaba los prejuicios —de hombres y mujeres— hacia mujeres líderes

(3). A grandes rasgos, para poder medir esto utilizaron una técnica que consiste en hacer dos cuestionarios: uno donde quienes responden saben que sus respuestas no serán anónimas, y otro cuestionario donde las mismas personas efectivamente saben que sus respuestas son

completamente anónimas.

Las preguntas estaban orientadas hacia la evaluación y consideración de los liderazgos femeninos. Lo que encontraron los investigadores es que las respuestas anónimas guardaban distancia con aquellas expresadas por las mismas personas de forma pública, básicamente porque las segundas estaban orientadas a esgrimir opiniones que se consideraban socialmente deseables.

Las personas encuestadas eran estudiantes

universitarios. A través de sus respuestas se pudo establecer una medición del prejuicio sobre mujeres en cargos de dirección y decisión del 36 % en el caso de los hombres y del 10 % en el de las mujeres. Es decir, casi 4 de cada 10 hombres consideraban que las mujeres eran inferiores liderando, y 1 de cada 10 mujeres también.

Ahora, la situación fue más reveladora cuando midieron las preguntas indirectas o consideradas anónimas. Allí los entrevistados no tuvieron miedo a la reprimenda social al expresar sus opiniones. En el caso de los varones encontraron que la medición del prejuicio ascendía hasta un 45 %, pero lo más sorprendente fue que en el caso de las mujeres la cifra triplicaba la inicial, con un 28 % de respuestas negativas. Es decir que 3 de cada 10 mujeres en su fuero íntimo pensaba que las mujeres no son buenas como líderes, demostrando que los prejuicios contra las mujeres líderes están más extendidos de lo que indicaban previamente los informes que sí estaban potencialmente condicionados por la percepción de deseabilidad social; es decir, por lo que ellos creían que «debían» contestar en función de la mirada externa.

Este estudio, además, nos proporciona un dato muy interesante, y es lo urgente que resulta construir mediciones en las encuestas que suelen hacerse para que puedan controlar las prevalencias en los prejuicios de género, contrastando las respuestas que se dan con preguntas indirectas para ver cuáles se expresan por ser socialmente deseables y cuáles realmente dejan en evidencia lo que piensa esa persona.

Es clave observar cómo los prejuicios siguen activos aún hoy en día, más allá de las legislaciones que existen o puedan existir. Este estudio también demuestra lo urgente que es tener personas realmente convencidas de la importancia del rol de las mujeres liderando espacios, porque luego llegan a estos lugares individuos con discursos adecuados para una época pero que, en el fondo, no creen en ellos

realmente.

Estas son las mismas personas que luego disfrazan de

«objetividad» conductas discriminatorias hacia mujeres líderes, con mecanismos coercitivos hacia ellas. Las mujeres en cargos de liderazgo expresan siempre cuán difícil es para ellas ejercer el poder o una voz de autoridad en su campo

de experiencia por estas situaciones de mobbing (4)

constante.

No obstante, vale la pena resaltar cómo las mujeres, entre nosotras —y me atrevo a afirmar que hacia nosotras mismas también—, aún conservamos una mirada

prejuiciosa respecto al trabajo con mujeres que se destacan.

No es tema de este capítulo abordar la competencia femenina y los liderazgos, pero sin duda queda la puerta abierta para la reflexión.

1- ADN social: término que utilizo para conceptualizar la idea de que hay una cultura muy arraigada a través de generaciones, y que sedimenta comportamientos determinados. El término no especifica cuestiones relacionadas con la biología evolutiva desde sus concepciones más formales, sino que busca figurar la idea de un aprendizaje que surge de procesos de interacción social.

2- Solo 22 mujeres en todo el mundo son jefes de Estado o presidentas de un gobierno. Ver news.un.org/es/story/2021/03/1489352.

3- Hoffmann, A., y Musch, J., «Prejuicio contra las mujeres líderes: perspectivas desde un enfoque de cuestionamiento indirecto», Roles Sexuales 80, 681-692, 2019. Ver doi.org/10.1007/s11199-018-0969-6.

4- Concepto que se utiliza para definir las prácticas de discriminación y violencia explícita o simbólica, acoso o abuso psicológico para lograr que una persona se vaya de un espacio en el que participe, por ejemplo, laboralmente.

CAPÍTULO II

Ni rosa ni celeste, un cerebro

predecible

Existen pocas armas en el mundo tan poderosas como una niña con un libro en la mano.

MALALA YOUSAFZAI

El nacimiento y la construcción de lo que hoy conocemos como la ciencia formal por supuesto que no estuvieron ajenos al pensamiento misógino de sus fundadores. En este sentido, el campo de la neurociencia estuvo por años más interesado en encontrar cuáles eran las diferencias entre el cerebro femenino y el masculino, y sobre todo explicar cuáles eran las razones de la inferioridad del femenino.

Rippon, en El género y nuestros cerebros (2019), explica que el llamado «cerebro femenino» «ha soportado durante siglos ser calificado de demasiado pequeño,

subdesarrollado, evolutivamente inferior, mal organizado y, en general, defectuoso. Se le ha humillado todavía más al considerarlo la causa de la inferioridad, la vulnerabilidad, la inestabilidad emocional y la ineptitud científica de las mujeres, es decir, de que sean incapaces de asumir cualquier tipo de responsabilidad, poder o grandeza».

Por supuesto, la medida que se utilizaba para contrastar esto eran las medidas masculinas como valor del orden de la eficiencia y superioridad. Si el cerebro de un hombre, por ejemplo, tenía mayor tamaño, se deducía que era un

cerebro superior que el femenino, que era de un tamaño inferior. Bastaba con diseccionar un cadáver para inferir erradamente y sin ningún sustento que el peso y el tamaño del cerebro estaban asociados a más y mejores capacidades. El prejuicio anterior, la concepción previa que estos científicos tenían per se de las mujeres, forzaba la creencia —errada— y buscaba confirmarla.

En el mismo sentido, por ejemplo, la ciencia acuñó el concepto de «síndrome premenstrual» durante la década de 1930. El «síndrome» buscaba explicar que, dado que las mujeres tenían «arrebatos psicofisiológicos

temperamentales», no eran buenas para liderar.

Aún hoy el concepto se utiliza para desacreditar la palabra o el sentir

de una mujer con frases como: «¿Estás en esos días especiales?» o «Seguro que le vino». Rippon explica que, no obstante, existen comportamientos que pueden deberse a una respuesta psicosomática de saber o pensar que estamos en el período del «síndrome premenstrual». De hecho, un estudio realizado en la Universidad de Princeton buscó medir esto diciéndoles a varias mujeres que estaban en un momento de su ciclo menstrual diferente al que ellas creían. Después, se les pidió que completaran un cuestionario sobre varios elementos asociados al síndrome premenstrual.

El estudio descubrió que las mujeres a las que se les dijo que estaban en la fase premenstrual dijeron tener síntomas premenstruales no estando en esa etapa del ciclo. Así, el estudio puso en evidencia la idea de que nuestro comportamiento muchas veces está supeditado a lo que consideramos previamente que debe suceder.

La ciencia ha sido tan misógina al explicar de forma negativa las diferencias entre hombres y mujeres que Rippon señala que la herramienta estándar de la medicina para medir el síndrome premenstrual se llama «Cuestionario de angustia menstrual de Moos», obviando que en el proceso ovulatorio hay etapas de euforia y agudeza

cognitiva no tenidos en cuenta por la ciencia dada la creencia previa de que nosotras somos más emocionales (como característica negativa). Es decir, la ciencia ha profundizado en el estudio de las variaciones hormonales durante la menstruación enfocada en los aspectos negativos que acarrea y no en los beneficios, sencillamente porque o nunca pensaron que por menstruar podría suceder algo bueno en nuestros cuerpos, o porque han descreído durante siglos de la agudeza cognitiva en las mujeres.

Rippon lo expresa con contundencia: **«un mundo sexista produce un cerebro sexista»**. Es decir, el cerebro genera comportamientos que se ejecutan por los aprendizajes sociales y su correspondiente sugestión, como acabamos de ver en el caso del llamado síndrome premenstrual.

Pese a los esfuerzos científicos en tratar de explicar una biología diferencial, lo que se ha encontrado es que los cerebros de las personas son similares entre sí sin importar si son hombres o mujeres, y que no hay algo así como agrupaciones a priori del funcionamiento cognitivo que determinen el sexo de un cerebro. Incluso cuando tratamos de categorizar a los cerebros en femenino o masculino, para plasmar una correlación con otros sistemas físicos y el funcionamiento de los órganos sexuales, tampoco se encuentra necesariamente una

relación expresamente binaria que nos pueda decir que las mujeres son más sensibles y los varones más calculadores por algún tipo de influencia biológica, por ejemplo.

Volviendo al concepto de cerebro social, este es fundamental para entender por qué tomamos las decisiones que tomamos, y cómo nos sentimos al respecto: **el cerebro responde con mayor fidelidad a la información que absorbe del entorno antes que a una supuesta independencia de lo que podamos construir por fuera de la cultura.** Los diversos estudios relacionados con la neuroplasticidad del cerebro revelan que su funcionamiento

es como el de un navegador predictivo: «La naturaleza plástica y cambiable de nuestro cerebro indica que no es solo un procesador de información más bien pasivo (aunque muy eficiente), sino que está reaccionando y adaptándose constantemente a las enormes piezas de información que recibe cada día; hoy vemos el cerebro como un sistema de orientación proactivo, que genera continuamente predicciones sobre lo que puede pasar a continuación en nuestros mundos (lo que en el sector se conoce como

"establecer un antecedente")», escribe Rippon.

De esta forma, el poder de «codificación predictiva» de nuestro cerebro no solo se aplica a las imágenes, los sonidos y los movimientos más elementales, sino que también nos permite relacionarnos con procesos de alto nivel, como el lenguaje, el arte, la música y el humor, además de las reglas de comportamiento social, a menudo ocultas, de forma que sostiene nuestra capacidad de predecir las acciones e intenciones de otras personas e interpretar, en consecuencia, su comportamiento.

Atajos mentales

El cerebro necesita procesar información, contrastarla y resolver sus tensiones. El cerebro predictivo se comporta de una manera que defino como economía biológica, y nos permite básicamente, entre otras actividades, disminuir el arduo proceso cognitivo que nos significaría conceptualizar todo, y por consiguiente, adaptarnos mejor al entorno social.

Probablemente la descripción más específica para entender qué son los estereotipos sea este concepto, el de atajo o proceso donde el cerebro trata de resumir la información a la que está expuesto. **Estereotipamos para agrupar y lo hacemos todas y todos**. Por ejemplo, si yo digo que soy argentina, seguramente muchas de mis lectoras que no lo son tendrán en su cabeza una idea

preconcebida de cómo debo ser en función de mi nacionalidad. Si vemos vestida a una mujer de traje o con una minifalda floreada, también construiremos en nuestra cabeza una imagen diferente de su personalidad a priori de conocerla. Si desde que nacemos vemos pocas mujeres manejando camiones, y muchos hombres en obras de construcción, también generaremos categorías sobre, por ejemplo, las distintas funciones laborales en relación con el sexo de las personas.

En marzo de 2022, la agencia de publicidad CPB Londres, en el contexto del Día de la Mujer, divulgó los datos arrojados por un estudio realizado con niños y niñas de 5 a 11 años de edad, donde advierte sobre los prejuicios de género emparentados con el universo del trabajo (1).

En este sentido, prejuicio y estereotipo aquí funcionan como sinónimos, aunque desde lo netamente conceptual el estereotipo es la categoría donde ubicamos el concepto, y el prejuicio, la valoración de ese concepto, que puede ser positiva o negativa. Por ejemplo, si por los estereotipos considero que una mujer debe vestirse de determinada manera, los prejuicios —que en general se utilizan como los aspectos negativos del estereotipo— determinarán concepciones peyorativas hacia la mujer que no cumpla con el estereotipo, ya que no se viste dadas mis expectativas personales, que —como veremos a continuación— en mayor medida están moldeadas por las expectativas sociales aprendidas a lo largo de la vida.

Retomando el estudio, allí el 39 % de las niñas y niños expresaron que

su madre era la persona que esperaban que se quede en la casa a cuidarlos y a desarrollar las tareas diarias domésticas, y el 38 % consideraba que su papá tenía que trabajar fuera del hogar. El estudio, que era más exhaustivo, encontró que el 45 % de los niños tenían pleno convencimiento de que las enfermeras son siempre mujeres. En esta misma línea, el 60 % de los niños creía que los oficios de electricista o plomero/fontanero son

profesiones de hombres y el 46 % consideró que los hombres son, en términos generales, mejores ingenieros que las mujeres.

Esta investigación derivó en una campaña de

concientización denominada «Imagine», y en lugares específicos del Reino Unido ubicaron pósters realmente notorios con frases como: «Imagina a una persona que es CEO. ¿Viste a un hombre, verdad?». También había otros carteles como: «Imagina a una persona llorando en una oficina. ¿Pensaste en una mujer?». Sin duda, los **estereotipos y sus valoraciones son el punto neurálgico desde donde se deben transformar los cambios sociales**.

En otro ejemplo, la firma Lego, junto con el Instituto Geena Davis (2), descubrió algo muy interesante respecto al comportamiento de los niños varones. En general se suele hablar, e incluso investigar, sobre la falta de confianza en las niñas, o sobre por qué ellas no se ven interesadas por los juegos sobre mecánica, ingeniería, *etc.* Pero lo que aquí se buscó saber era cómo se sentían los varones cuando ellos tenían que interactuar con juguetes asociados a las niñas.

El estudio encontró que el 71 % de los niños temía que se burlaran de ellos si jugaban con lo que describieron como «juguetes para niñas», una preocupación que compartían también sus padres y madres.

El análisis encontró que las niñas tenían cinco veces más probabilidades de ser alentadas a bailar o disfrazarse que los niños cuando se trataba de jugar, y tres veces más probabilidades de que las alentaran a hornear, mientras que a los niños se los animaba a hacer deportes o realizar actividades ligadas con la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas.

En la encuesta, el 82 % de las niñas dijo que estaba bien que las niñas jugaran al fútbol y que los niños practicaran ballet, en comparación con el 71 % de los niños. Entre los

padres y madres encuestados, el 89 % dijo que era más probable que

pensara en los ingenieros como hombres que como mujeres, mientras que el 85 % dijo que pensaba en los científicos y atletas como hombres.

Las consecuencias de este estudio dieron un giro radical en las decisiones comerciales de la empresa Lego.

Cambiaron sus packaging y dejaron de etiquetar sus juguetes dividiendo en «para niña» o «para niño», diversificaron sus gamas de colores e inhabilitaron en su sitio web la posibilidad de buscar por género.

Profundizar en las niñas y niños y cómo viven la desigualdad nos da un pantallazo de los cambios sociales que se necesitan. A raíz de los diferentes movimientos sociales que han promovido la igualdad, las compañías productoras de contenidos más importantes han desarrollado una narrativa orientada a la fortaleza de las niñas y mujeres, a hablar de empoderamiento

explicándonos que podemos «hacer lo que queramos», y que «nosotras movemos al mundo». Es decir, nos dan socialmente una palmadita en la espalda porque parece que tienen que comunicarnos que somos fuertes.

Hoy día existen campañas publicitarias de «ruptura» de estereotipos con niñas jugando al fútbol, mujeres con sombrero de ingenieras y overol con herramientas. Pero, mientras tanto, los niños no son convocados en ellas a ponerse las medias de ballets ni a jugar con muñecas, y menos a pintarse sus rostros. Tampoco los vemos con juguetes de cocina, ni con bebés.

La respuesta de por qué estos discursos hablan de cambio social pero siguen sin intervenir a los varones radica en el componente afectivo/ emocional del estereotipo. Aún se considera que **las cuestiones orientadas al mal llamado universo femenino carecen de fuerza y de relevancia social, y la sola intervención de los niños y varones en lo que se considera como feminizado los haría quebrar la tan ponderada masculinidad.**

El problema de los estereotipos que tenemos arraigados son sus aspectos sobre todo valorativos. El valor que le doy a una creencia que acepto como verdad buscará ser reforzado constantemente. Si sigo creyendo que la masculinidad tiene más importancia, que es más valorada para aquellas cuestiones del orden del ingenio, y básicamente la tomo como unidad de medida de lo que tiene prestigio

y credibilidad social, es muy probable que, cuando quiera hablar de cómo trabajar en la igualdad de las mujeres, lo que les esté pidiendo es que **«tengan una mejor vida, sean como un hombre»**.

Siempre recuerdo la anécdota que mi mamá me contó una vez sobre lo que la conquistó de mi papá, y fue que la halagó diciéndole: «Pensás como un hombre». Recuerdo también las veces que me lo han dicho cuando jugaba a los videojuegos. Por supuesto, ambas nos hemos sentido apreciadas porque **la carga valorativa positiva que tenía —y que tiene aún hoy— ser un hombre nos convocaba.** La masculinidad aún hoy oficia como unidad de medida de la creación de estereotipos que están cargados de emociones altamente valorativas; en contraposición, lo que se considera femenino sigue viéndose como algo de rango inferior.

El pensamiento prediseñado

Los estereotipos, como vimos, son estructuras a priori que conceptualizan la información que el cerebro necesita para su funcionamiento predictivo, logrando una creencia generalizadora y socialmente construida. En el caso de los estereotipos de género, elaboran las pautas de cómo deberían comportarse los hombres y las mujeres. **Los estereotipos de género están tan arraigados que terminamos utilizándolos para hablar «en nombre de la verdad».**

Para que la información que recibimos del exterior pueda ser congruente con ese estereotipo, es decir, refuerce esa creencia, lo que hacemos es recortarla, sesgarla. De esta forma, solo tomamos del exterior lo que nos sirve para justificar esa creencia preestablecida. A este recorte de información llamamos sesgo.

Básicamente, todas las decisiones que tomamos están determinadas por los distintos sesgos que construimos. El sesgo es como una especie de «curaduría personal y social» que hacemos a la hora de procesar nuestra absorción de conocimiento. En este proceso de economía mental de la que hablamos sobre el cerebro predictivo, el sesgo nos permite seguir reforzando los estereotipos para no caer en disonancia, en tensión.

Dentro del universo de los sesgos, es importante entender los sesgos cognitivos, que son un efecto psicológico que producimos de forma personal para recortar y categorizar la información que recibimos. El sesgo es un recorte, el anteojo que enmarca la información externa o la que traemos de forma interna y da como resultado una reflexión, un pensamiento o una decisión. Esto quiere decir que el cerebro busca información para confirmar su creencia pero, además, deja información por fuera a la que no le presta atención.

Los sesgos cognitivos producen una distorsión e interpretación poco acabada de lo que creemos comprender y definir, y lo más preocupante es que el resultado de ese proceso mental que hacemos sesgado, de esa reflexión, suele estar errado y reproduce los estereotipos sociales en los que fuimos educadas y educados. Por ejemplo, si socialmente se cree que las mujeres son más emocionales y menos asertivas para liderar (el estereotipo a priori), cuando tenga que hacer una búsqueda laboral la haré de forma sesgada, y cualquier cosa que ocurra —como por ejemplo que a mi entrevistada se le caiga una lapicera durante la entrevista—

buscará revalidar ese sesgo. A esto se lo llama proceso de confirmación, y es clave para que la economía mental del cerebro siga funcionando.

Hacemos un esfuerzo, además, para creer que nuestro pensamiento es objetivo, que realmente DECIDIMOS sin ningún tipo de anclaje previo. Pero no, el cerebro elegirá cuidadosamente la información que tiene alrededor para que esa creencia anterior sea confirmada e interpretada como verdad. **Exacto: nuestras creencias no solo nos limitan, sino que además nos hacen cometer diariamente terribles injusticias.**

En los ámbitos de las decisiones que tomamos, también tenemos, por ejemplo, los componentes afectivos o emocionales que tienen los sesgos. Lamentablemente, el cerebro responde de forma premeditada a ciertos estímulos que condicionan no solo nuestro pensamiento sino cómo nos sentimos y nos comportamos. No, no somos robots preprogramados, pero el cambio nos cuesta más de lo que creemos.

Los sesgos de género son el recorte que saca a la luz un mundo estereotipado y entendido en rosas y celestes, un mundo que divide lo que les corresponde a los nenes y lo que nos corresponde a las nenas. Los estereotipos nos han definido para lo que somos buenas y buenos y para lo que no, y el comportamiento de las personas nos ha llevado a través de los sesgos a estos lugares tradicionales.

A partir de esta mirada en la que nos han educado, percibimos el todo, y lamentablemente reproducimos también esa matriz o plantilla que moldea nuestro pensamiento a priori. Por ejemplo, cuando un docente cree que las niñas de primaria son mejores en lengua que en matemáticas porque nota que verbalizan más sus vivencias, o que son más histriónicas porque bailan en los recreos escolares, su mirada recortada no logra ver que las niñas aprenden en la industria cultural cómo tienen que

expresarse e incluso moverse, y no por eso hay algo a priori de un potencial biológico que nos define distintas de los varones en estas áreas, sino que sencillamente a los varones no se los educa desde chicos en esas habilidades, como veremos más adelante.

Lo peligroso de los sesgos no es la información que manipulamos para que se adapte a nuestro preconcepto, sino la que dejamos por fuera. Por ejemplo, siguiendo con el ejemplo del docente, si alguna alumna se destaca en las matemáticas no le parecerá relevante, tratará el tema como excepción —es decir, no lo extrapolará a una

habilidad que podrían tener las demás nenas— y hasta incluso ignorará apoyar a esa niña para que se siga destacando o avanzando en sus estudios formales.

El problema de los sesgos de género es que, además, han sido entendidos como algo del orden de la complementariedad dual. Si las mujeres son buenas para una cosa, los varones lo serán para lo contrario. Lo urgente es sin duda que los sesgos de género tienen que romper la barrera de la neurociencia, y popularizar el concepto para que entendamos con mayor claridad uno de los grandes obstáculos que enfrentamos en materia de desigualdad.

Cuando explico este tema, me gusta relacionarlo con las concepciones que las personas tienen de la astrología. En esta práctica, se le asigna a un signo características predeterminadas. Cuando alguien nos dice que es de ese signo, automáticamente buscamos información en el comportamiento de esa persona que nos confirme esta creencia previa.

Recuerdo que hace un tiempo una persona de mi comunidad en Instagram se confundió la fecha de mi cumpleaños y me dijo: «¡Típico de Géminis!», para luego describir que lo que yo hacía me definía como una auténtica geminiana… pero yo cumplo los años luego del 22 de junio.

Las predicciones fallaron, y esto es un gran ejemplo de cómo manipulamos la información para adaptarla. No es

que esta seguidora tuviera una mala intención, por el contrario, lo que sucede es que, si el cerebro tuviera que hacer el esfuerzo mental diario de aproximarse al conocimiento sobre el mundo que nos rodea sin ningún tipo de idea previamente comprendida y reflexionada a través del tamiz de la cultura y la educación, por el que aprendemos el significado de las cosas, se agotaría, así de simple. Por esta razón en todos los procesos de cambio en el universo de nuestras ideas el cerebro entra en tensión y se ve en la necesidad de realizar un esfuerzo, y nos castiga con hormonas vinculadas al estrés.

Se cree que, efectivamente, la acción cognitiva de estereotipar y sesgar nos ha ayudado en la adaptación durante la evolución humana, ya que nos permite tomar decisiones de forma rápida y precipitada ante eventuales amenazas o intuición de peligro, por encima de una reflexión exhaustiva de todas las variables involucradas, que nos llevaría muchísimo tiempo y una respuesta aletargada. Lo importante es entender que estos sesgos se producen gracias a la realización de atajos mentales, la influencia social, y las valoraciones propias sobre

las motivaciones emocionales y morales. Esta, sin duda, es la estructura de cómo decidimos lo que decidimos.

Cuando el sesgo mata

Durante enero de 2022, el prestigioso diario The Guardian publicó un artículo titulado: «Las mujeres tienen un 32 %

más de probabilidades de morir después de una operación realizada por un cirujano masculino». La noticia revelaba los resultados de un paper (3) de investigación publicado en la revista médica JAMA Surgery. En él se explicaba que la muestra, es decir la cantidad de personas y casos estudiados, había consistido en 1,3 millones de pacientes vinculados a 3000 cirujanos. El estudio descubrió que las pacientes tratadas por cirujanos masculinos tenían un 15 %

más de probabilidades de obtener peores resultados que las pacientes tratadas por cirujanas. Cuando una cirujana opera, los resultados de los pacientes son generalmente mejores, particularmente para las mujeres.

Los resultados del estudio son desalentadores. La recuperación de los hombres que se habían sometido a una cirugía era similar pese a si habían sido operados por una cirujana o por un cirujano. En el caso de las mujeres, el tratamiento por parte de un cirujano masculino se asoció con una probabilidad un 15 % mayor de un resultado deficiente, es decir con algunas complicaciones, que si fueran tratadas por una cirujana.

Del mismo modo, las mujeres que fueron operadas por un cirujano masculino tenían un riesgo de muerte un 32 %

mayor que aquellas cuya cirugía había sido realizada por una mujer. El estudio advierte que las pacientes también tenían un 16 % más de riesgo de complicaciones y un 11 %

más de riesgo de readmisión; y tenían un 20 % más de probabilidades de permanecer más tiempo en el hospital cuando eran tratadas por cirujanos hombres, en comparación con las cirujanas.

Al leer este documento recordé cuando entré en trabajo de parto para tener a mi hijo, en 2012. El obstetra me miró y me dijo, riendo: «Mirá si serás jodida que sos rubia y te teñís el pelo de negro». A partir de ahí siguieron varias situaciones y comentarios sobre mi molesto deseo de tener un parto vaginal. Mi decisión era reducir la mayor cantidad de intervenciones médicas, pero ya entrada en trabajo de parto el

estrés que me provocaba las constantes entradas a la habitación de médicos, médicas, enfermeros y enfermeras, no provocaban un escenario propicio para el desarrollo del parto que yo deseaba.

Una de las cosas más dolorosas que me sucedieron, física y emocionalmente, fue el tacto vaginal —repetido en un lapso de diez minutos— que rogué que terminara porque ya me había hecho uno otro médico. Sin duda esa decisión

tuvo como finalidad una práctica a modo de castigo porque llevaba más de veinte horas de trabajo de parto y, al no nacer el bebé, me presionaban: «¿Por qué no vas ya a cesárea? ¡Hace mucho que te estamos esperando!».

Me llevaron a la sala quirúrgica, ya sentenciada prácticamente a una cesárea que no había querido, y me dieron la oportunidad de intentar pujar. Mientras nadie me explicaba cómo hacerlo, el obstetra iba trayendo a residentes universitarios a presenciar la cirugía.

En un momento, el obstetra, visiblemente afectado y cansado por lo que consideraba un capricho de madre joven e irreverente, fue a preparar la mesa de operaciones. En ese momento apareció Mariana, una obstetra que realizaba sus primeras prácticas. Ella y mi doula (4) son el único recuerdo nítido que tengo de ese estado de trance y dolor. Empecé a llorar y a gritar: «No quiero cesárea, no quiero». Sentía cómo todos se iban poniendo a mi alrededor con sus cofias, sentía sus miradas desafiantes, y en el último momento, justo antes de darme por vencida, Mariana me dijo: «Es desde acá que sale la fuerza del pujo, vos podés». Me puso la mano en la base de la apoyatura anal, de forma contundente, y me dijo: «¡Ahora pujá!».

Con ese grito, luego de veintitrés horas de trabajo de parto, y de tener que lidiar constantemente con la falta de confianza que tenía en mí el obstetra, pude hacerlo. «Vos podés», ¡qué frase fuerte y necesaria para un momento de tanta vulnerabilidad como el que estaba viviendo con mis 24 años, un montón de incertidumbres, el progenitor de mi hijo ausente, y miedo, mucho miedo! El médico corrió a Mariana, consideró que necesitaba una ventosa para que el bebé saliera de una vez, y sin darme ningún tipo de información ni contexto me realizó una episiotomía grosera, pese a que el bebé y su cabecita ya estaban deslizándose.

La violencia médica hacia las mujeres, y

puntualmente la obstétrica, es una de las más feroces que

vivimos porque involucra dos

componentes: el concepto de pacientes, algo que además se espera de las mujeres y que es

interpretado como algo relacionado con la sumisión y la aceptación sin cuestionamientos, con el agravante de que esto se ve exacerbado en nuestro caso, dado que socialmente se espera de nosotras un

comportamiento dócil. Por otro lado pone a la autoridad médica como figura incuestionable, en una relación absolutamente asimétrica de poder en relación a quién posee el saber y quién está en un estado de vulnerabilidad dada su condición de salud.

Por suerte los enfoques van cambiando y hoy muchas y muchos profesionales tienen en cuenta el rol activo que las y los pacientes tienen en sus distintos tratamientos médicos. No obstante, esta historia ilustra perfectamente cómo **los sesgos de género tienen consecuencias que muchas veces para las mujeres pueden ser hasta mortales**.

Muchas veces los médicos deciden no escuchar, y a veces incluso agreden tratando de ridiculizar y humillar a las mujeres por haber tenido sexo. ¡Si te gustó antes, ahora abrí las piernas!, ¿Vas a seguir teniendo más hijos?, ¡Dale, mami, bien que antes no gritabas de dolor!… estas son algunas de las frases que se escuchan de profesionales de la salud y que describen las mujeres que han ido a parir.

Expresiones que reflejan cómo se pone a las mujeres en el lugar de la puta, la tonta, la «mamita» (infantilizando constantemente su comportamiento), e incluso la «loca» si se enoja o la «mala» si pide algo.

Los sesgos son esa mirada recortada que van a hacer que el otro defina mi comportamiento en función de su prejuicio, y sabemos que los prejuicios sobre las mujeres se sustentan sobre la base de una arquetipación generalmente negativa hacia nosotras.

En el sistema médico, las mujeres no solo veremos subestimada nuestra voz, nuestra sintomatología e incluso

nuestros antecedentes de salud, también seremos agredidas justamente en un espacio donde buscamos protección.

Ahora bien, respecto a mi historia del parto, tengo que confesar que, pese a la baja disponibilidad de médicos y médicas que tuve para elegir como obstetras, seguramente hace once años atrás hubiera elegido a un varón, **porque el sesgo que construye esta autoridad incuestionable lo tenemos todas y todos.** En este sentido, el estudio publicado sobre la mortalidad femenina relacionada con el sexo del profesional médico revelaba también que tanto hombres como mujeres preferían profesionales varones.

Estas conclusiones son fundamentales porque en todo el mundo la cirugía es una especialidad médica dominada por varones. En la Argentina, según datos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), al menos 90 %

de las y los médicos en cirugía general, neurocirugía, coloproctología, cirugía vascular, traumatología, cirugía de tórax, cirugía de cabeza y cuello y cirugía cardiovascular son hombres (5). En España el 70 % de los cirujanos,

aproximadamente, son hombres, frente a un 30 % de mujeres.

En el resto del mundo los datos no son muy diferentes.

En Estados Unidos, por ejemplo, la proporción de mujeres residentes en subespecialidades quirúrgicas es menor al 1 % y solo representan el 2,3 % de los cirujanos cardiotorácicos. En 2000, las estadísticas de la Asociación de Mujeres Cirujanas Americanas (AWS, por sus siglas en inglés) fijaron en un 9 % el porcentaje de expertos en cirugía general del sexo femenino. (6)

La pregunta que nos cabe aquí —o al menos la duda— es si este campo minado de varones no es una de las razones que desmotivan a las mujeres a seguir la carrera de cirujanas. Siguiendo con el hilo de por qué decidimos lo que decidimos, vale al menos pensar que una de las razones que generan la falta de confianza o estimulación de las

mujeres para desarrollarse dentro del ámbito de la medicina es, a su vez, la poca confianza social que les transmitimos sobre su desempeño en ese campo.

Las profesionales se encontrarán con un arduo camino donde serán subestimadas por los pacientes, por sus colegas y por sus profesores desde la etapa de las primeras prácticas. Los sesgos sociales perjudicarán sus carreras y su autoestima profesional, algo que es recurrente en casi todos los ámbitos de desarrollo en el mercado laboral.

Me atrevo a tomar esta situación que ocurre en la comunidad médica para extrapolarla a todos esos ámbitos donde las mujeres detectamos barreras, algunas más específicas que otras que son sutiles o están naturalizadas.

Los sesgos son un proceso mental que no es malo en sí mismo, pero la matriz que alimenta su contenido es una mirada que ha reproducido como un esténcil el rol de las mujeres y los lugares que nos corresponden.

Los estereotipos han definido cómo se nos debe tratar, y también cómo debemos comportarnos nosotras, y los sesgos nos han permitido pensar y disfrazar nuestras creencias de una verdad que arrastramos hace siglos, que no nos permite dar lugar a la incomodidad de la reflexión, a cuestionarnos, a dejar de aceptar lo que creemos que sabemos.

Estoy segura de que tenemos el deber moral de revisar nuestras verdades, porque estas son la respuesta a por qué las mujeres arrastramos tantos años de lucha para cambiar nuestro rol social y, sin embargo, los arquetipos siguen enraizados con modificaciones no muy significativas en función de los esfuerzos realizados. **El estudio de la Historia y de cómo se diagramaron los elementos que van a formar este marco o esténcil sobre cómo vemos al mundo nos ofrece una lectura descriptiva, pero entender cómo funciona el pensamiento y nuestro comportamiento termina de cerrar la respuesta de por qué las cosas están como están.**

1- «Esta campaña saca a la luz los prejuicios de género agazapados en la vida cotidiana», en www.marketingdirecto.com/marketing-general/publicidad/campana-aborda-prejuicios-genero-vida-cotidiana

2- «Cómo es que eliminar los sesgos de género puede fortalecer la confianza y la creatividad», en www.lego.com/es-ar/rebuild-the-world/articles/eliminating-gender-bias-to-power-creativity.

3- JAMA Surgery, «Association of Surgeon-Patient Sex Concordance with Postoperative Outcomes», Christopher J. D. Wallis, Angela Jerath, y Natalie Coburn, diciembre, 2021.

4- Se llama doulas a las mujeres que aconsejan y ayudan a las embarazadas y las acompañan durante el embarazo, el parto y los cuidados al recién nacido.

5- Ver

www.ar.undp.org/content/argentina/es/home/blog/2018/QuirofanoCosadeHombre s.html.

6- Ver www.intramed.net/contenidover.asp?contenidoid = 56154.

CAPÍTULO III

Todas y todos somos sexistas

La prueba para saber si puedes

o no hacer un trabajo no debería ser

la organización de tus cromosomas.

BELLA ABZUG

Es muy importante que entendamos que **las divisiones sociales y los comportamientos que se nos estimulan desde que nacemos de maneras diferentes según nuestro sexo nos afectan significativamente en nuestras elecciones, habilidades y, por consiguiente, en nuestras DECISIONES**.

Las diferencias más significativas respecto a las capacidades no están dadas por un componente a priori de la biología humana, algo así como cerebros rosas o azules, o hemisferios más desarrollados que otros, como si nos habitaran dos cerebros, sino que están dadas por el aprendizaje y la retroalimentación social.

Un ejemplo claro son aquellos países con políticas desarrolladas para la reducción de las brechas de la desigualdad, pero que siguen sosteniendo una distancia abismal en la participación de las mujeres en el campo de las STEM (Science, Technology, Engineering and Mathematics: Ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas).

Vale mencionar que en este campo la presencia de mujeres en las áreas de estudio y trabajo aún no supera el

27 % en todo el mundo. En la Argentina, según los datos de la Secretaría de Políticas Universitarias, la presencia de las mujeres en la carrera de Ingeniería en 2009 era del 22 %;

diez años después, la cifra solo sumaba un 2 % más (1). En

2015, la Universidad Camilo José Cela, de Madrid, desarrolló un informe denominado «Conocimientos y competencias a la luz de PISA» (2), donde encontraban que solo un 16,3 %

de los adolescentes de 15 años preveía dedicarse profesionalmente al área STEM, y de ese porcentaje solo el 4,2 % eran mujeres. Según estadísticas de la Unesco (3),

actualmente solo el 10 % de las mujeres que se matriculan en estudios terciarios en América Latina lo hace en áreas de ingeniería o de tecnología de la comunicación y la información.

Estos resultados revisados desde el sentido común nos harían pensar que las mujeres somos más tontas para las matemáticas o estamos más preparadas por nuestra capacidad reproductiva para las tareas relacionadas con los cuidados.

El sesgo es tan grande que suceden dos situaciones: en primer lugar, se desarrollan los llamados sesgos de confirmación, esto es, la necesidad de encontrar información que me refuerce esa idea estereotipada preconcebida que ya tengo. Por ejemplo, si pienso que las mujeres no son capaces en el campo de las STEM, voy a los datos y efectivamente me demuestran que hay menos mujeres en esas áreas. Si encima analizo los datos relacionados con la empleabilidad en esas áreas, veo que en general están lideradas y sobrerrepresentadas por varones; ergo, me confirma mi estereotipo de que las mujeres no tienen futuro en las habilidades relacionadas con las STEM.

Sin embargo, el sentido común olvida que las mujeres somos discriminadas sistemáticamente del mundo laboral de los empleos que se consideran masculinos, lo que nos trae aparejada la pérdida de una carrera laboral y de

especialización, aun cuando hayamos tenido orden de mérito en la universidad.

Así, los **sesgos de confirmación buscan información para reforzar una idea prejuiciosa y catapultarla como verdad, incluso a pesar del rigor estadístico y metodológico de ciertos datos**, como los del ejemplo citado.

El desarrollo de las habilidades visoespaciales o visoperceptivas (4) está dado a temprana edad por

actividades en las que en general a las niñas no se las educa, ni se les permiten realizarlas. Por no permitir me refiero a que no se les ofrecen como actividades adecuadas para ellas, por consiguiente, la mirada social sobre lo que hacen sus pares determina lo que eligen. Si mis amigas están juntas jugando a maquillarse y eso genera adaptación y aceptación social, es natural que eso se retroalimente como elección —decisión, digamos— mía como niña, porque **nuestras decisiones están determinadas por lo que consideramos como socialmente aceptable, lo que nos traerá unión y una mirada externa de**

afecto y reconocimiento.

En este sentido, Rippon menciona el estudio de la psicóloga estadounidense Melissa Terlecki y la canadiense Nora Newcombe, quienes demostraron que el uso de ordenadores y videojuegos era un poderoso indicador y medidor en el desarrollo de ciertas habilidades espaciales.

Cuando midieron las diferencias por sexo encontraron que, efectivamente, los varones desde muy temprana edad desarrollaban mayor aptitud para estas habilidades, pero también porque su exposición en tiempo era muchísimo mayor.

El descubrimiento también se vio en otro estudio realizado por el psicólogo Richard Haier, quien junto con un equipo midió las imágenes estructurales y funcionales del cerebro de un grupo de niñas antes y después de un período de tres meses en el que jugaron al Tetris un promedio de

una hora y media a la semana: «En comparación con un grupo equivalente que no jugó al Tetris, los cerebros de las niñas mostraron el aumento de las áreas corticales asociadas al procesamiento visoespacial. También hubo cambios en el flujo sanguíneo inducido por el Tetris. En otro estudio distinto, treinta minutos diarios de jugar a Super Mario durante dos meses también fue una experiencia que transformó el cerebro, con aumentos en el volumen de la sustancia gris en el hipocampo y en las áreas frontales del cerebro».

Esto no quiere decir que tengamos que salir corriendo a jugar videojuegos, sino que esta, como otras actividades explicitadas en el estudio —por ejemplo, el origami—, potencia las funciones cognitivas asociadas al rendimiento de las STEM.

Estos descubrimientos por parte de la neurociencia nos hacen comprender cómo las exposiciones a ciertas conductas, como por ejemplo jugar a determinadas cosas o estar motivados a determinados conocimientos, se reflejan en cambios cerebrales estructurales. La buena noticia es que, si bien se estima que los primeros años de desarrollo de la niñez son fundamentales en lo que se denomina

«neuroplasticidad», tenemos toda la vida para trabajar y

«entrenar» a nuestro cerebro en la capacidad de potenciar ciertas habilidades. Rippon asevera: para comprender cualquier tipo de diferencia entre los cerebros de distintas personas necesitamos saber algo más que su sexo o su edad; necesitamos tener en cuenta qué tipo

de experiencias vitales están atravesando.

Así, **las afirmaciones históricas de que las mujeres somos menos capaces para lo que se considera «el universo masculino» no están dadas por una diferencia en nuestra biología, sino por la falta de estímulos a temprana edad para estas áreas**. Lo cual, por supuesto, no nos hace menos capaces, sino que en el momento inicial de nuestra educación hay una

diferenciación en el desarrollo de aptitudes que nos llevarán a definir nuestra personalidad y lo que «decidimos» que nos gusta. En la misma línea, podríamos preguntarnos por qué los varones suelen tener menos habilidades del orden de la empatía, los cuidados y la responsabilidad por el otro.

Durante 2021, neurocientíficos de la Universidad de Cardiff publicaron un estudio encargado por la firma Mattel (la creadora de la muñeca Barbie), que se publicó en la revista Developmental Science, donde se comprobó que el juego con muñecas estimulaba la verbalización de las emociones mucho más que el juego con tecnología y, por consiguiente, generaban un mayor desarrollo de las áreas cerebrales relacionadas con la empatía.

Sarah Gerson, investigadora y autora del estudio, manifestó que, cuando los niños juegan con muñecos, en primer lugar se expresan en voz alta; y además interiorizan los mensajes en torno a los pensamientos, las emociones y los sentimientos de los otros. De esta manera, y ante el juego de rol, toman perspectiva sobre el mundo interior de

los demás (5). En psicología se llama «lenguaje del estado

interno» a las referencias a las emociones, los deseos y las habilidades cognitivas, que este estudio afirma que se activa con este tipo de juego.

Según Gerson, este lenguaje «puede indicar que un niño está pensando en los pensamientos y las emociones de otras personas mientras juega con los muñecos. Estas habilidades son realmente importantes para interactuar y aprender de otras personas y para navegar por diversas situaciones sociales. Es fundamental para entablar y mantener amistades, así como para aprender de sus profesores y padres».

Ni las niñas son educadas para ser líderes ni los varones son educados para cuidar: esta es la base de una estructura social y funcional que determina nuestro comportamiento, nuestras

decisiones, las escalas de valores a nivel social, que efectivamente

repercutirán en nuestras decisiones. Además, es el sustento de la existencia de un mundo que solo ve a las personas en dos colores, en dos formatos válidos, donde todo lo que esté por fuera va a concebirse como anómalo, es decir, fuera de la norma.

El entorno social construye ideas y roles que por siglos se nos comunicó que eran naturales y que en realidad guardaban correlato con las prácticas que se fueron institucionalizando a raíz de una construcción muy inicial de imaginarios sociales que determinaron que las mujeres somos mejores para cuidar y los varones, mejores para la violencia, la guerra, el desapego y la vida pública. **Por suerte, distintos estudios en los campos del conocimiento avanzan y podemos ver esa línea en el medio que nos determina, y en el mejor de los casos podemos torcer el rumbo.**

El interruptor de la desigualdad

Las preferencias culturales que ponderan a los varones en vez de a las mujeres en espacios de poder dejan al descubierto la subestimación que realizamos sobre las capacidades de las mujeres. Esta subestimación es arcaica, y creo —como análisis personal— **que es la semilla de todas las violencias y condiciones que se reproducen a futuro en nuestras vidas. Los estereotipos de género tienen como correlato la reproducción de las violencias.**

Las mujeres sufrimos mayor discriminación y violencia por nuestro sexo sencillamente porque se considera que nuestras vidas valen menos, y que nuestra función social es básica, meramente reproductiva y afectiva. Aún hoy sigue funcionando la fatídica idea de que nuestra naturaleza —

como si existiese una naturaleza femenina— nos vuelve menos propicias a poder desarrollar el intelecto.

Durante 2012, la investigadora Corinne Moss-Racusin, de la Universidad de Yale, quiso encontrar la punta del ovillo del sexismo en las elecciones para puestos laborales. Para esto desarrolló lo que se llamó «el efecto Jennifer y John»

(6). El estudio, que se aplicó en seis universidades norteamericanas, solicitó a 127 prestigiosos profesores —

63 hombres y 64 mujeres— de Biología, Química y Física, con larga experiencia en investigación científica, que eligieran a jóvenes competentes para lograr un lugar como ayudante de jefe o jefa de laboratorio en el área de ciencias.

Cada una de las solicitudes dejaba reflejadas las experiencias profesionales de los aspirantes: todos tenían 22 años, expedientes académicos buenos, recomendaciones de un antiguo profesor a raíz de trabajos previos en el área, la publicación de un artículo científico y las motivaciones para obtener ese puesto laboral.

En este proceso se buscaba que los profesores aconsejaran a las y los candidatos sobre su futuro profesional, pero antes de hacerlo se les pedía que indicaran de forma confidencial sus apreciaciones respecto a:

a) el grado de cualificación o competencia,

b) el sueldo que le ofrecerían para dicha posición, c) si era un candidato o candidata que merecía recomendaciones para el desarrollo de ese puesto laboral.

Las solicitudes enviadas a todos los profesores eran idénticas, salvo en un detalle: siguiendo una regla de azar, a la mitad se le enviaba una solicitud con un nombre femenino, Jennifer, y a la otra mitad con un nombre masculino, John.

Los resultados fueron reveladores: Jennifer fue significativamente peor valorada que John en los tres

aspectos. Y además, en las instancias de ofrecimiento salarial, se le propuso una remuneración más baja.

Luego de avanzada la investigación y sus implicancias, se conversó con los profesores para advertirles de esta experiencia y que los candidatos, por supuesto, no eran reales. Dentro de las revelaciones que se encontraron había tres muy interesantes.

La primera, que el sesgo a favor de los hombres se produjo en manos de científicos de renombre, que por supuesto estaban convencidos de su objetividad a la hora de evaluar y de la ausencia de «micromachismos» en sus análisis. Es decir, la creencia de que son personas que están por fuera del sistema de valores sexistas en el que somos educadas y educados y que, por supuesto, impregnan nuestros ámbitos en la toma de decisión. En segundo lugar, además de la seguridad que manifestaban sobre la objetividad en sus decisiones, se mostraban convencidos de estar a favor de la igualdad de género. En tercer lugar, tanto los docentes varones como las docentes mujeres evaluaron de igual manera y contribuyeron a esta elección sexista**. Es decir que el ejercicio de conductas discriminatorias por género, valga la ironía, no tiene género.**

La directora del proyecto de investigación concluyó: «Las investigaciones demuestran que quienes más se precian de su objetividad y equidad son, paradójicamente, los más proclives a sucumbir a sesgos, en buena parte porque no están en guardia contra los más sutiles». Esta reflexión es clave porque, como veíamos al inicio del capítulo, nos demuestra **cuán permeables somos a caer en la reproducción de las desigualdades, incluso cuando creemos estar conscientes de estas, o incluso cuando no tenemos ninguna carga negativa o mala intención** (como por ejemplo cuando los niños del proyecto de Lego explicaban sentirse incómodos al jugar con juguetes de niñas).

Creo que es urgente frenar y ponernos a pensar, tanto hombres como mujeres, cuál es nuestra participación en la reproducción de la desigualdad, porque seguimos sosteniendo las divisiones culturales que, como vimos, producen desarrollos diferenciales entre unos y otras.

Preferimos las convenciones sociales antes que la dura tarea de romper lo incómodo, nos comportamos como si hubiera una fuerza del destino, una inercia imposible de detener que nos lleva a comprarle esa cocinita a una niña y ese juego de encastre a un niño. No lo menciono con la intención de ejecutar un juicio de valor, yo también formo parte de muchas de estas conductas desfavorables hacia las mujeres. Por ejemplo, la misoginia y la violencia de género son apenas un componente de la desigualdad, la competencia femenina es otro. Lo primero suele ser fácilmente condenable cuando se choca con lo obvio, con la violencia explícita. Lo segundo es más difícil porque involucra miradas que no estamos dispuestas y dispuestos a tener sobre creencias muy profundas.

Entiendo que es muy cansador el esfuerzo cognitivo que reviste todos los días revisar estas prácticas y, de hecho, sin información poco podemos hacer. Pero si seguimos creyendo (y como vimos, muchas veces de forma casi inconsciente) que la vida de las mujeres vale menos, que su desarrollo profesional es menos importante, que el valor social de los varones como líderes es más relevante, etc.…

difícilmente estemos permeables a realizar el esfuerzo que requiere este cambio. **Hay que estar muy decididas y decididos a cambiar esta realidad y, sobre todo, a entender por qué lo hacemos.**

Si todavía le dedicamos más tiempo de respuesta a un niño ante una duda que a una niña; si aún preferimos la comodidad de pedirle el cafecito a esa compañera de trabajo en vez de al compañero, si aún seguimos eligiendo poner a las mujeres, sea cual fuera su función, en el lugar de servicio, entonces no estamos haciendo lo suficiente.

Quizá es un esfuerzo **entender por qué elegimos lo que elegimos, por qué decidimos determinadas cosas y cuánto de eso tiene que ver con la socialización primaria, pero no hay otro camino, no hay atajos en la deuda histórica y urgente que tenemos con las mujeres.**

No tenemos tiempo para perder, no tenemos tiempo para educar a nuestras parejas y hacerles entender que no somos sus madres ni sus secretarias, de explicarles que estamos agotadas; no tenemos tiempo

para explicarle al jefe sobre sesgos y estereotipos, y así las negociaciones dentro de un trabajo son diferentes. Son muchas las barreras diarias que enfrentamos, algunas expresas y otras solapadas en **una discriminación que se oculta bajo una supuesta objetividad y verdad, y que, como vimos, en realidad son prejuicios y sesgos**.

Insisto en que aún tenemos muy internalizado todo esto y que hay que ser muy humildes para reconocer estas barreras, donde se pondera la masculinidad de forma inequitativa respecto a la feminidad, y no porque exista algo así como la femineidad o la masculinidad, sino porque son dos términos que refieren a este mundo que,

lamentablemente, aún está dividido por sexo.

Los varones entienden a temprana edad su enorme valor social, se crían con estándares mucho menos exigentes, reciben más facilidades en el acceso al conocimiento y también en los créditos que obtienen, como vimos en la última investigación citada. Estas situaciones crecen a través del tiempo y abonan el desprecio y la burla hacia la vida de las mujeres, algo que como mujeres también hacemos entre nosotras.

Si no somos juzgadas por lo mismo, si no se nos exige lo mismo, entonces no somos iguales. Es muy fácil denunciar la discriminación activa y socialmente condenable, lo difícil es sentarnos en el banquillo a nosotras y nosotros mismos y pensar: ¿juzgaría de la misma manera

a un hombre y a una mujer? ¿Qué sesgos tengo aún internalizados? Para esto es fundamental ser muy conscientes de todos aquellos estereotipos donde se ubican a las mujeres, y entender que parten de prejuicios que no nos podemos permitir seguir reproduciendo.

1- Solo se recibe una ingeniera cada diez mil mujeres en la Argentina y persiste el «efecto Matilda», Infobae, marzo, 2019.

2- PISA, por sus siglas en inglés (Programme for International Student Assessment); es decir: Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos.

Mide los niveles educativos de los países en evaluaciones por materias y edades.

3- Las mujeres en la educación superior: ¿La ventaja femenina ha puesto fin a las desigualdades de género?, Instituto Internacional de la Unesco para la Educación Superior en América Latina y el Caribe, 2021.

4- Las habilidades visoperceptivas son aquellas que nos permiten reconocer y discriminar los estímulos visuales. Gracias a ellas reconocemos formas, tamaños y colores, permitiéndonos realizar actividades de reconocimiento, recuerdo y manipulación de la información visual. Su desarrollo está intrínsecamente relacionado con actividades como las matemáticas, los deportes y el ejercicio de la lectura.

5- «Jugar con muñecas desarrolla en los niños empatía y otras habilidades sociales», El País, «Mamás y papás», febrero, 2022.

6- Moss-Racusin, Corinne, y otros, «Science faculty's subtle gender biases favor male students», en www.pnas.org/doi/pdf/10.1073/pnas.1211286109.

CAPÍTULO IV

La mirada social de desprestigio

hacia las mujeres

No estudio por saber más, sino por ignorar menos.

Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

En 1957, el psicólogo social Leon Festinger publicó su trabajo sobre la «teoría de la disonancia cognitiva». Esta obra fue significativa dado que por primera vez podían entenderse algunas dimensiones de todo el arco que representa el proceso de la toma de decisión. Con no tantos ensayos clínicos de la mano de la neurociencia, dado que para esa época los escáneres cerebrales eran más rudimentarios, Festinger identificó la necesidad que tenemos de tratar que las áreas relacionadas con nuestras creencias, emociones y conductas coexistan entre sí en armonía y coherencia, dado que las inconsistencias presentadas en estas tres áreas nos llevan a las personas a desarrollar malestar o tensiones personales.

Según sus estudios, tratamos de resolver estas tensiones modificando direccionalmente nuestras conductas, pensamientos o emociones hasta que estén alineados, o, en su defecto, nos proveemos de un autoengaño y diversos atajos mentales para eliminar ese malestar, dando lugar a la mentira o a creencias construidas para autoengañarnos.

El experimento se desarrolló en la Universidad de Stanford (1), donde a un grupo de estudiantes se les brindó

una tarea que evaluaron como aburrida. Luego, los dividieron en tres subgrupos y se les pidió a los sujetos que le mintieran a un próximo grupo que estaba por desarrollar la misma actividad, avisándoles que la tarea era muy divertida. Al primer grupo se le permitió que no dijera nada, al segundo grupo se le otorgó un dólar para que mintieran, y al tercer grupo se le brindó 20 dólares para que hicieran lo mismo.

Al cabo de una semana, el psicólogo tuvo una

conversación con los estudiantes para saber qué les había parecido la actividad. Allí encontró que tanto el grupo 1

como el número 3 seguían sosteniendo que la actividad había sido aburrida, no obstante el grupo 2 había modificado su devolución para mencionar que la actividad le había resultado divertida. ¿Por qué los miembros del grupo que había recibido solamente 1 dólar afirmaban que la tarea había sido divertida?

Las respuestas estaban dadas porque quienes habían recibido los 20 dólares tenían una justificación externa —les habían pagado— para explicar por qué habían mentido. Pero el grupo 2 experimentaba culpa y contradicción por haber cedido a mentir por tan solo un dólar, es decir que la influencia externa no había sido tan significativa e igual habían mentido. Para resolver esa tensión que generaba la mentira cambiaron a priori su propia opinión por una un poco más positiva.

La información y las influencias externas que recibimos para transformar nuestros pensamientos son tan profundas, y es tan difícil escindirse de ellas, que hasta un robot programado ¡entra en una disonancia cognitiva! Y si ese espacio exterior está cargado de estereotipos negativos y sexistas, el mismo robot se transforma rápidamente en ese varón que te grita

«mamita» por la calle una noche cualquiera. Las influencias

externas, es decir la cultura, pueden transformar hasta un lenguaje de programación.

Así fue como durante el año 2016, la firma Microsoft lanzó un chatbot llamado Tay (2), basado en un programa interactivo de comprensión y conversación. El bot estaba programado para desarrollar microconversaciones sencillas y divertidas en la red social Twitter.

El experimento duró solo 16 horas, dado que nuestra amigable compañía virtual, luego de twittear «la humanidad es súper cool», terminó respondiendo con odio a otros usuarios. Sus respuestas fueron sexistas y racistas, con twitts que reflejaban mucho de los estereotipos y prejuicios sociales que nos acompañan hoy en la sociedad, un odio que una red social como Twitter está diseñada para reproducir. Dentro de los twitts había expresiones como las siguientes: «Bush generó el 11/9» y «Hitler habría hecho un trabajo mejor que el mono que tenemos ahora», además de

«Ten sexo con mi vagina robótica papá soy una robot tan traviesa».

Los modelos de desarrollo de la inteligencia artificial buscan imitar al máximo las formas hasta ahora descubiertas sobre cómo aprende el cerebro humano. Esta es la razón por la que los distintos lenguajes de

programación se centran en extraer pautas de información externa y las procesan uniendo conceptos y encontrando sentidos.

A través de esta fatídica experiencia —al menos para la firma de tecnología que dirigió la investigación— lo que se observó es que el papel de las interacciones entre el cerebro y el entorno es el de una relación crucial, en la que, si el exterior nos regala información sesgada, el cerebro trasladará ese mismo sesgo-falsa creencia a su estructura de pensamiento.

Me pregunto qué información recibirá nuestro cerebro y se trasladará al ámbito de nuestras creencias si —como menciono en (Mal) Educadas— la información que recibimos

del entorno y que absorbemos continuamente radica en no ver a mujeres líderes, en consumir publicidades sexistas, en que las mujeres estén siempre en roles de cuidados incluso en el mercado laboral. Qué construcciones haremos desde niñas y niños si los juguetes de varones están relacionados con el ejercicio de la violencia o, en el mejor de los casos, con prácticas científicas. Si cuando una niña es asertiva y directa le decimos «mandona», mientras que por exactamente las mismas cualidades felicitamos a los padres de ese pequeño promesa de líder.

Pero también cabe preguntarnos cómo resolvemos las tensiones que se generan a raíz de los nuevos cambios de paradigma. **¿Cómo podemos decidir con ciertos niveles de independencia cuando nuestra información recibida del exterior es distinta a lo aprendido?** Por ejemplo, el nuevo cambio de paradigma disminuye el sexismo, al menos el discursivo, en ciertos ámbitos. Esto de alguna forma establece un código de comportamiento sobre diversidad e inclusión en el que están avanzando muchas empresas, personas, organizaciones y gobiernos, en la imperante necesidad de transformar las creencias prejuiciosas que tenemos sobre las mujeres.

Sin embargo, esa información estereotipada está ahí, y no es tan sencillo transformarla de un momento al otro, ya que nuestro entorno nos sigue proveyendo información —

algo similar a lo que le pasó al bot Tay— que nos devuelve como sentido subyacente que «las mujeres valemos menos socialmente porque somos inferiores para tareas de liderazgo o desarrollo intelectual». Entonces es natural que, cuando esas informaciones nos generen comportamientos estereotipados y sesgados, tratemos de justificar nuestra conducta autoengañándonos o mintiéndonos, tal

como sucedió en el ejemplo citado del experimento sobre John y Jennifer, donde las científicas y científicos que participaron aseguraban ser personas que creían en la igualdad.

Esto es muy importante; así es como todavía resisten las creencias que tenemos impresas acerca de las mujeres y de los varones. **Una resistencia blindada por la imposibilidad de ser autocríticos y entender que las mentiras que nos decimos —«te juro que no pienso que es mala porque sea mujer, de verdad es jodida» o**

«te juro que evalué a todos por igual, y él era más asertivo para el puesto»— nos están haciendo perder la posibilidad de entender que seguimos

reproduciendo información errada, estereotipada, y que produce un profundo daño hacia nosotras.

Estas investigaciones nos sirven para comprender y revelar lo profundas que son aún hoy las implicancias del pasado —de un pasado de siglos, por supuesto— y de la información del entorno actual en la construcción de sentidos. Pero si a eso le sumamos que quienes están en posiciones de liderazgo, es decir, **quienes toman decisiones constantes que impactan en el mundo exterior son, en el 80 % de los casos, varones, tenemos un campo de visión más amplio sobre las razones que denominamos «de cristal** (3) **o invisibles»**

cuando no podemos entender por qué las mujeres siguen en situaciones de desventaja.

Subestimadas siempre

Los datos son contundentes y se mantienen a través del tiempo: las mujeres recibimos violencia en relaciones de pareja, la maternidad rompe el ascenso al mercado laboral por la discriminación que existe, entre ellas la salarial, que sufrimos todas las mujeres seamos madres o no. Las niñas son relegadas del campo de las ciencias, las ingenierías y las matemáticas a temprana edad, ni siquiera a los videojuegos podemos jugar en paz que rápidamente recibimos un insulto online… **Es imposible enumerar todas las situaciones diarias donde nos damos cuenta**

que este mundo, aun con toda su prédica de igualdad, no nos quiere al frente.

Los datos reflejan y dejan al descubierto prácticas sistemáticas de exclusión hacia nosotras en el campo de las decisiones y la autoridad. Por ejemplo, el porcentaje de mujeres parlamentarias apenas supera el 21 % en todo el

mundo (4). También, según un estudio publicado durante 2001, que elabora el índice de Gender Diversity en Europa, solo en 130 de las 600 empresas de ese índice bursátil (19 %) hay una mujer que ocupa el cargo de CEO (director ejecutivo) o de COO (director de operaciones).

Los números son similares si los analizamos por países de cualquier región. **¿Por qué, aunque la desigualdad estructural sea evidente y obscena, lo que hay como contrapartida es la continua relativización de las violencias que recibimos?** La primera forma de relativizar los datos es desde lo numérico: «pero, si somos un montón de personas en el mundo, no es representativo que una mujer muera cada 24 horas; mueren más varones todos los días por asaltos». Habría que preguntarse, en todo caso, a manos de quién mueren esos varones: seguramente en manos de otros varones también educados en la violencia.

La otra forma de relativizar los datos es a través del relativismo cultural: «eso solo pasa en países muy conservadores». Como si llevar una burka o una bikini hicieran la diferencia entre ser asesinadas, violadas o apedreadas en la vía pública o no serlo.

Las distintas formas de subestimar las

impactantes cifras, los estudios, las noticias diarias, son el correlato de una desigualdad que nos ha definido por años como sujetas de una naturaleza inferior. Pero estas creencias no se trasladan solo a las mujeres, sino a todo lo que consideramos como parte del mal llamado universo femenino.

Un ejemplo de esto es un estudio realizado durante 2011

y publicado el siguiente año, denominado Observando las

normas de género en el diseño: conoce a la minipimer Huracán y al taladro Dolfia (5). Participaron la escuela de ingeniería industrial y el instituto de tecnología perteneciente a la universidad de Estocolmo, Suecia, así como también la escuela de comunicación, media e IT —

Information Technology— de dicha ciudad.

En el experimento, se desarrollaron dos prototipos de productos alejados de lo que los consumidores esperaban de ellos. Fabricaron una procesadora de mano de alimentos cuyo diseño externo la hacía muy similar a un robusto taladro de colores oscuros. En la misma línea, construyeron un taladro de mano con un diseño minimalista, pequeño, blanco y de color celeste pastel.

Ambos productos fueron llevados a distintas exposiciones para que las personas interactuaran con ellos. El cambio en el lenguaje visual del producto implicó un cambio en el comportamiento de las apreciaciones que hacían las personas sobre su funcionamiento. El taladro fue considerado inadecuado para el funcionamiento que se le asignaba, además de ser referenciado como de utilidad para las mujeres. En la misma línea, la procesadora fue contemplada por los usuarios como un electrodoméstico potente, con funcionalidades que salían de la media que ofrecía el mercado. También fueron mencionadas su resistencia y durabilidad a través del tiempo, algo que al menos en sus especificaciones técnicas no estaba descripto.

Es decir que las personas que observaron estos productos crearon expectativas y creencias alrededor de ellos, sumando información que no había sido contrastada ni incluida.

La relación entre los aspectos visuales que categorizaron ambos productos como femeninos y masculinos fue contundente, pero además reveló algunos pensamientos adyacentes llamativos, y en lo personal… deprimentes. El taladro «femenino» a menudo se confundía a primera vista con un secador de pelo, a pesar de que la broca estaba

visible. Por momentos, se definía su funcionalidad como

«ridícula e irrealista» y provocaba risas; de hecho, uno de los espectadores dijo: «Realmente esto no sirve como un taladro», pero no pudo argumentar por qué. Otros lo relacionaron con su facilidad de uso y simpleza, y una mujer anciana dijo: «Hasta yo podría usarlo».

La procesadora Mega Hurricane Mixer parecía

impresionar con su nuevo look tanto a hombres como a mujeres. El público la definía sencillamente como «duro y genial». La gente quería hacer preguntas, tocarla —pese a que no se les permitía— y la describían como «más fuerte que las procesadoras convencionales» También se utilizaron conceptos de apreciación tales como una presunta peligrosidad que podría representar. Básicamente, el electrodoméstico había logrado la admiración de todas y todos los presentes sin siquiera tener información sobre sus funcionalidades o verdadera potencia. Por supuesto, este estudio ha elaborado conclusiones sustanciales sobre lo refractario que ha sido la utilización del lenguaje visual de estos productos a los estereotipos de género construidos.

Una de las conclusiones más interesantes fue acerca de lo relevante que es cambiar las expectativas visuales de los productos para que la relación de los usuarios con estos también se transforme. Seguramente el camino no es el de vender taladros rosas para que las mujeres se aboquen a los ámbitos de la construcción, tradicionalmente detentados por hombres. No obstante, las marcas están encontrando en esto un nicho de venta. **Tenemos tan arraigados los estereotipos divididos por género que los**

arrastramos no solo hacia las personas, sino también hacia los elementos que consideramos, según sean

«de varón» o «de mujer». No sorprende que exista todo un mercado que segmenta con ahínco la imagen visual de sus productos y se ocupa de pintarlos de rosa o de celeste, según corresponda.

La desigualdad con la que fueron percibidos ambos productos nos habla del arrastre que los estereotipos y sesgos de género tienen, y que van mucho más allá de las personas: básicamente el mundo está dividido en rosa y celeste. El desafío no es transformar los artefactos para los distintos públicos de consumo, sino hacerlo con finalidades más sociales, como abogar por la neutralidad en el lenguaje visual.

Que el taladro «feminizado» haya sido subestimado como de menor

valor, potencia y considerado ridículo también habla de las creencias asociadas a las mujeres.

Hacerlas sobre un artefacto es menos escandaloso que sobre una persona, sin embargo salen a la luz las creencias profundas que aún están ahí, es ese ADN social que mencionamos anteriormente. De la misma forma, la sobrevaloración hacia la minipimer «masculinizada» nos refleja cuán ponderadas son aún las características que se asocian a la masculinidad y a los varones como medida del éxito y la eficiencia. **Algo que sin duda deja al desnudo que aquellas creencias que pensamos están**

erradicadas siguen operando en nuestras decisiones, y por eso es fundamental identificarlas para poder desactivarlas.

1- El experimento realizado por Leon Festinger y su colega Merrill Carlsmith en 1957, denominado: «Estudio sobre la disonancia cognitiva».

2- «Tay, la robot racista y xenófoba de Microsoft», BBC News Mundo, en www.bbc.com/mundo/ noticias/2016/03/160325_tecnologia_microsoft_tay_bot_ad olescente_inteligencia_artificial_racista_xenofoba_lb.

3- El «techo de cristal» es una metáfora para hablar de las barreras que tienen las mujeres o personas pertenecientes a grupos históricos discriminados para acceder a puestos en la toma de decisión, dirección y liderazgo. De la misma forma, se utilizan conceptos como «paredes de cristal», que remiten a la segregación horizontal entre la educación segmentada que reciben las mujeres en la primera infancia y a lo largo de su vida en tareas de cuidados y asistencia, y que luego se traslada a la formación o empleos que eligen. El concepto

«cristal» busca comprender ese espacio invisible donde no hay razones

concretas que manifiesten la discriminación que reciben, pero los números reflejan que efectivamente esos grupos de personas no logran atravesar ese techo o pared, logrando una mayor representatividad y diversidad en las organizaciones.

4- Hechos y cifras: Liderazgo y participación política de las mujeres, ONU

MUJERES, en www.unwomen.org/es/what-we-do/leadership-and-political-participation/facts-and-figures.

5- «Visualising gender norms in design: Meet the Mega Hurricane Mixer and the drill Dolphia», International Journal of Design, Karin Ehrnberger, Minna Räsänen, Sara Ilstedt, 1 december, 2012.

Parte II

El amor que todo (no) lo puede

El mensaje que llegó a mi casilla decía así: «Nunca vi tan feliz a mi mamá como en los últimos meses. Toda la vida buscó la felicidad en tener pareja. Se divorció de mi papá hace más de diez años, pero seguimos viviendo en la casa que era de él hasta el año pasado, mientras ella buscaba otras parejas. Ahora mamá por primera vez vive sola, a sus 54 años. Por primera vez eligió ella el lugar donde vive. Por primera vez no tiene la carga física y mental que tuvo siempre viviendo con padres machistas, con parejas o incluso con mi hermano y yo, que hasta ser bastante grandes no nos dimos cuenta de que no era normal que ella hiciera todo. Recién a sus 54 tiene tiempo para volver a hacer amigas (tenía muy pocos amigos antes porque nunca tenía tiempo o estaba demasiado cansada), tiene energías para salir a caminar e ir al teatro. Hoy está feliz con su vida, más que nunca, y no siente más esa necesidad de encontrar el amor para poder estar bien».

Podría haber citado cientos de otros mensajes, ya que me llegan todos los días a través de las redes sociales: mujeres que me leen y quieren contarme cómo relacionan sus vidas con lo que expreso en mis libros o por otros medios de comunicación. Pero yo también, como la mamá de quien me escribió, estuve en ese momento en que pensé que solo tenía un destino posible: estar en pareja. Lo creí por la educación que tuve como mujer, porque siempre se me dijo que ese era el camino a la felicidad.

A mí también me dolió el amor, sentí que me moría y que me ahogaba, y también creí que no tener una pareja era una falta en mi vida. Incluso cuando todo mi trabajo y mis lecturas de investigación hablaban de la necesidad de emanciparse del amor romántico, el sentimiento de «la falta de» siguió estando por mucho tiempo, y a veces también reaparece.

Hace seis años, en 2016, estaba llorando sin consuelo de madrugada, en el sillón de corderoy naranja de mi departamento. El sillón había viajado 500 kilómetros desde mi ciudad natal, Mar del Plata, a la ciudad donde ahora vivía, Buenos Aires. Lo había comprado mi mamá cuando yo tenía quince años. Ella se había divorciado y, al mudarnos, fue lo primero que compró para «vestir» el comedor, para que no

quedara vacío. Para que esa nueva casa no pareciera el lienzo blanco del fracaso que significaba, para ella, separarse.

Ella también había llorado en ese sillón. Por las noches, cuando nos acostábamos, veía películas de dramas tremendos para llorar sin culpa, y yo la escuchaba. «Lloro por la película», repetía, como si sus hijas no fuéramos tan astutas como para saber que ese divorcio la había afectado muchísimo.

Exactamente quince años después, ahí estaba yo, también en ese sillón, también llorando. Mi mamá había decidido comprarse otro, y le pedí que me lo diera, ya que no tenía dinero para comprar uno.

Para ese entonces mi hijo tenía cinco años. Cinco duros años donde la maternidad en completa soledad me había empobrecido y muchas veces había sido cuesta arriba. En el comedor de ese departamento, teníamos una mesa heredada de mi madrina, esas de melamina antigua, redonda, ubicada en el medio del departamento rectangular para «que no parezca que faltan muebles».

La historia repetida como farsa: el comedor como el lienzo blanco de los fracasos, nuevamente tratando de llenar la falta con figuras de madera o resina plástica que me dijeran que yo también podía diseñar un hogar. Un hogar que nos enseñan a dibujar desde pequeñas con un techo, un jardín, un sol brillante, alguna mascota, y papá, mamá, los abuelos y los hijos.

Pero ahí estaba, con mi pequeño hijo durmiendo en una habitación, y en la otra habitación mi entonces novio,

enojado, mientras me escuchaba llorar nerviosa en el sillón de los golpes emocionales, llorando como había llorado mi mamá. Llorando por amor, o por lo que quedaba de una historia que terminaría pronto.

Darío se había puesto muy insistente con que quería que tuviéramos un hijo, después de apenas cinco meses de noviazgo. Entré en shock: ni siquiera convivíamos. Él estaba obsesionado con construir ese dibujo de la familia feliz, y por alguna razón su desesperación y ansiedad por apurar las cosas me generaban inseguridad.

En mi entorno me decían que mi miedo era al

compromiso, pero yo sabía que algo en todo eso andaba mal. Estaba empezando a estabilizar mi carrera, a estar más tranquila económicamente en un país donde es muy difícil sostener sola un hogar, pero Darío insistía. Él quería que yo primero quedara

embarazada y luego viviríamos juntos. La discusión escaló hacia esos límites donde se dicen las cosas más dolorosas para no ser uno el que termine más golpeado, y yo, que suelo golpear fuerte con las palabras, terminé knock out cuando dijo: «Tuviste un hijo del que te abandonó, pero no querés darme un hijo a mí». Darme - un hijo - a mí.

Minutos antes me había recordado que él tenía un muy buen pasar económico y que, al pedirle yo convivir antes de formar una familia, seguramente estaba más interesada en la casa que él podía darme que en poder brindarle yo a él un hijo. Además, apeló a que me sintiera humillada sobre lo

«ridículo» de mis decisiones, recordándome que yo no tenía ni para comprarle a mi hijo un televisor con dibujitos (sic) y que no pensaba en lo que le negaba a mi propio hijo al no aceptar tener un hijo con él.

Los golpes psíquicos y emocionales que me dio, estando sola en la ciudad, lejos de mi familia, fueron fatales: mencionó todas mis faltas, las económicas y las afectivas.

No había manera de salir de nuevo al ring. Opté por dejar la

cama que me ahogaba con él al lado, y el sillón me pareció un buen lugar para plantar bandera.

Darío se fue esa misma noche. Y a partir de ahí comenzaría un viaje tan duro como fascinante, donde absolutamente todas mis creencias cambiaron, y sobre todo donde mis dudas de aquel momento se transformaron en afirmaciones: «Nos educan toda la vida para desear un mismo destino, y para que, cuando tengamos otras motivaciones, sintamos que somos nosotras las que estamos mal. ¿Cómo no vamos a querer un hijo, un varón proveedor, una familia?».

Pero algunas, incluso deseando la compañía de una pareja, aprendimos que eso no puede llevarse lo mejor que tenemos, que son nuestros propios deseos, porque nadie en la vida es solo un rol. Y así empecé a hacerme algunas preguntas que de a poco intenté empezar a responder y que fueron el germen de lo que con los años se transformó en este libro: ¿por qué Darío estaba tan apurado en que yo tuviera un hijo, en formar un hogar compartido? **¿Es acaso el amor la motivación más importante que tenemos a la hora de tomar decisiones?** ¿Son iguales para hombres y para mujeres las consecuencias —buenas o malas— de este tipo de decisiones?

¿Decidimos lo que queremos de la misma manera hombres y mujeres? ¿Deseamos lo mismo? ¿La historia del amor fue siempre igual,

amábamos igual hace trescientos años que ahora? ¿Cómo es el amor después del amor?

¿Cuáles son las razones por las que, en nombre del amor, las mujeres hemos perdido autonomía, y a veces, hasta nuestra propia vida?

CAPÍTULO I

Amar sin razón: una historia

inaugural

He sufrido los castigos del amor sin disfrutar de ninguna de sus ventajas.

JANE AUSTEN

En (Mal) Educadas expresé que existe una **promesa social en la que se nos educa a nosotras, que radica básicamente en que, si somos «buenas», vamos a ser amadas. Y si somos amadas, seremos felices.**

La cantidad de prácticas que hemos naturalizado para lograr esto exige un esfuerzo descomunal, cognitivo, emocional y, por supuesto, económico. Podemos mencionar la carrera para ser bellas, flacas y mantenernos jóvenes; o para ser sexuales y sensuales mientras en paralelo sostenemos el modelo de la mujer servicial, cordial, amable y alegre que vemos en todas las publicidades. Las mujeres buenas no se enojan, no gritan, no se quejan. Sonríen o

«responden con altura». Siempre se nos termina exigiendo un comportamiento ejemplificador, se nos pide comportarnos «como una dama» y, mientras guardamos la compostura, nos siguen cargando con una lista de tareas que al final del día nos desarma.

En este capítulo, quiero que encontremos la filosofía que se esconde tras esto y lo hace funcionar, básicamente porque, más allá de que el amor puede ser definido de forma distinta por cada persona, alrededor de cómo nos

comportamos en una situación de amor hacia una pareja se han construido, a través del tiempo, consideraciones segmentadas para hombres y mujeres. Lo notable es que estas segmentaciones han sido incluso similares pese a las diferencias entre culturas.

«Los hombres aman distinto» escucho muchas veces, haciendo alusión a que ellos son más desaprensivos, *etc.*

Pero luego, por ejemplo, cuando hay un femicidio, se habla de «crímenes pasionales» porque «ellos amaban demasiado». Entonces, ¿cómo aman los hombres y las mujeres? ¿Y por qué percibimos que hay diferencias? Frente a estas inquietudes, vale observar primero qué es lo que hemos considerado como «amor» durante los distintos períodos de la humanidad —y las transformaciones que han sufrido

estas consideraciones— para adentrarnos luego en las diferencias en lo que vemos como una conducta amorosa distinta entre hombres y mujeres.

Las transformaciones en el concepto del amor A lo largo de la historia, hemos encontrado distintas afirmaciones sobre qué es el amor. La humanidad siempre tuvo necesidad de conceptualizarlo, de encontrar las razones de aquello que nos hace sentir esa búsqueda y emoción que, en general, se mantienen constantes a lo largo de la vida, es un eje transversal de la literatura y, por supuesto, de las conversaciones con amistades.

Algunas definiciones han estado asociadas a la búsqueda de la verdad, al amor por el conocimiento, como por ejemplo las que aparecen en El banquete de Platón. Otras enmarcan al amor en una concepción más utilitarista, reproductiva, contractual: estas son las relacionadas con uniones o lazos que buscaban —o buscan— una finalidad social dentro de un grupo familiar. También están aquellas que se han agrupado bajo el concepto del amor romántico, basadas en la construcción de narrativas que intentan

sostener historias de amores apasionados. Esto último sería algo contrapuesto a lo racional: la pasión que es irrefrenable más allá de las condiciones externas, que muchas veces limitarían ese amor.

En la literatura que trata de explicar cómo y qué ha sido el amor encontramos una especie de línea horizontal, una historicidad que tiene como momento clave el apogeo del amor romántico, algo que luego encontraría un final en esta nueva era. El amor romántico, que ponía sobre todo a las mujeres en lugares de dependencia atroz, hoy se define como contraposición a lo que consideramos un amor sano.

En todo caso, hablar hoy de amor romántico ya no es visto como algo que nos hace sonreír, o que nos obnubila, sino que lo percibimos como una especie de poción maligna, algo que hay que deconstruir porque beberla resulta en un amor en el que damos mucho, en el que hay algo desequilibrado y pasional que no solo no nos permite pensar, sino que trae aparejadas muchas convenciones sociales tradicionales que nos ponen en lugares desfavorables.

Sobre todo si nos ubicamos a partir del siglo XVIII, con el Romanticismo, hablar de amor y conceptualizarlo ha sido un insumo principal para el desarrollo de la industria cultural.

Algo que con el tiempo se trasladó con fuerza hacia la industria

comercial. Novelas, libros, historias, etc., todo a disposición de la construcción del amor como un estadio humano único y mágico, y también como algo a lo que hay que aspirar como fin último de la plenitud y la felicidad.

Pese a los cambios que podemos observar a través de las distintas épocas, la sedimentación de la idea de que el amor involucra un supuesto campo de atracción de dos personas que se eligen en libertad, sin condicionamientos sociales, sigue aún muy vigente.

El problema que encontramos alrededor de las narrativas construidas a través del tiempo, y que aún hoy imperan en

torno al amor, **radica en que se ha afianzado la idea de que por dentro del campo romántico quedan exentas las relaciones de poder en las que estamos inmersos los individuos: la tradición, los mandatos y la cultura.**

Así, se ha construido a través del tiempo una perspectiva del amor que se presenta como contraposición a las relaciones de poder en las que están inmersos los amantes, y que profanaban la sacralidad del amor romántico. Un ejemplo clásico es Romeo y Julieta, donde el villano siempre era el entorno que venía a separar a los enamorados. En la vida real el villano serían las condiciones económicas, los mandatos sociales, los estándares, las expectativas, el uso del tiempo, las demandas diarias… Pero la épica construida en torno a esto siempre ha sido que «el amor, a pesar de todo, siempre es más fuerte»… incluso si la muerte —«morir de amor»— es su consecuencia.

Esto es interesante por varias cuestiones. Primero hay que entender que la industria cultural no inventó el amor romántico. Leo frecuentemente afirmaciones respecto de que el amor romántico es producto de la Modernidad porque antes las relaciones se daban por intereses sociales y económicos, y las mujeres no elegían. Aquí hay varios errores conceptuales e históricos, además de que, por contraposición, está implícita la idea de que hoy el amor es distinto, cuando en realidad esa semilla de cómo hemos conceptualizado el amor a lo largo de la historia aún prevalece. Y sobre todo, esta mirada **imposibilita ver aquellas cosas que siguen persistiendo y abonando situaciones de dependencia en nombre del amor, y que sencillamente hacen mal.**

Tratemos de desarmar los componentes que han definido y le han dado sentido a lo que creemos que es el amor. En la mitología del Antiguo Egipto, por ejemplo, encontramos a Hathor, la diosa del

amor, la alegría y el canto, la embriaguez y el placer. En la mitología celta, encontramos a Angus Og o Mac Oc, un joven que enamoraba a las

doncellas con su canto. Se decía que reencarnaba en pajaritos que despistaban a las mujeres, silbando alrededor de ellas. De allí viene el dicho de tener «pajaritos en la cabeza» cuando una se enamora, en señal de la distracción que produce, algo que podríamos comparar con Hathor, donde hay una relación con el estado de embriaguez o pérdida de la razón. En la mitología griega están Eros y Afrodita, quienes representan el amor, la seducción, la fertilidad, la atracción sexual y, por ende, el sexo. En la mitología hindú encontramos a Kamadeva, que representa el amor, el sexo y la lujuria.

Es decir que podemos aseverar con bastante criterio la relación intrínseca que se le ha dado al amor con un estadio pasional que atraviesa el universo de lo que podemos llegar a razonar y que excede las voluntades personales. El amor como un sentimiento que surge producto de las pasiones, de la embriaguez y la distracción, que obnubila y accede a todo lo que el sostenimiento de ese amor exija. El amor como algo carnal en el sentido de la pasión del sexo, pero también como algo etéreo en el sentido de que parece que, si la cabeza entra en juego, queda por fuera un sentimiento verdadero.

Esto último cobra especial importancia si entendemos que a quienes se ha relacionado con la pérdida de la razón

—es decir, la locura— o con un nivel intelectual menor al del hombre hemos sido las mujeres. De alguna manera, seremos estereotipadas como las sujetas que van a representar lo que significa amar, o peor, que deben representarlo. **Entender que las definiciones del amor que se fueron formando también determinaron los roles que hombres y mujeres debíamos cumplir en el ejercicio de ese amor es fundamental para ver qué tanto cambió en la actualidad.**

La construcción de las nociones sobre qué es el amor no fue inocente. Pretendieron olvidar las relaciones de poder que nos atraviesan a todas y a

todos, definirse por fuera de estas, y sin embargo no hicieron más que fortalecerlas y fortalecer esas diferencias. Definir cómo se debe comportar una mujer que ama nos ha generado a nosotras una especie de lobotomía, porque si «amábamos» bien y demasiado, como toda «buena mujer», no podíamos tener presentes los factores económicos, los malos tratos hacia nosotras, la desigualdad dentro de

casa, la autonomía en las decisiones que podíamos tomar o no.

No es solo todo lo que dábamos por amor o cómo nos comportábamos, es peor: ¡es todo lo que dejamos de lado!

«Acepto que me trate así porque es un buen hombre que trabaja», «si le planteo esto del dinero va a pensar que soy una interesada», «si le cuestiono tal cosa, me va a decir que soy mala o pesada y que no lo amo lo suficiente». Se pone aún peor la cosa si entendemos que esta configuración sobre la que se basó el amor romántico sigue imperando aún hoy, pese a que pensemos que las formas de amar cambiaron. **Esta lógica de un amor que todo lo da sigue aún muy presente en nosotras**.

Amar sin razón, amar sin condiciones, amar de forma pasional. Por supuesto que hubo muchísimos relatos sobre hombres que también perdían la cabeza por amor, pero estos no han sido representativos del rol social que tenían que adoptar, ya que ha habido otro papel que sí se les asignó a los varones y al correcto ejercicio de su masculinidad: el del dominio de la cosa pública y el hombre proveedor, es decir, el de ser líderes de las instituciones que han organizado y que ¡deciden! cómo debe ser la sociedad.

El amor ha sido el campo de acción en el que las mujeres podíamos sentirnos protagonistas, mientras hablábamos —y hablamos— compulsivamente sobre cómo lo vivimos, pero esa entrega no nos ha vuelto líderes en nada, sino que más bien es la razón de nuestra domesticación ante el varón proveedor y líder, que tiene la «sacrificada» vida del orden público que nosotras debemos adornar. Las ciudades del

mundo lo reflejan bien: miles de estatuas de hombres heroicos, adornadas siempre a sus pies con musas mitológicas desnudas y angeladas que los acompañan.

El proceso en el que hemos sido educadas desde la Antigüedad a través de la construcción de los distintos arquetipos para ser las que amaban quedó plasmado en la Ética de Nicómaco de Aristóteles, donde se lee: «En todas las amistades en las que interviene un elemento de superioridad, hay que amar según una ley de proporción: el mejor debe ser más amado de lo que él ama». El amor no como categoría romántica, sino como una condición de

«cuidado y protección» hacia el ser superior, que por supuesto era un hombre.

Los relatos que se han erigido desde la Antigüedad no han hecho otra cosa más que tratar de explicar la necesaria domesticación de las mujeres, que le debían obediencia a su amo. Por ejemplo, en su Política, Aristóteles también afirmaba: «Y también en la relación entre macho y hembra, por naturaleza, uno es superior y otro inferior, uno manda y otro obedece. Y del mismo modo ocurre necesariamente entre todos los hombres».

Las mujeres hemos sido educadas en creencias que nos ponían como dependientes de la necesidad de protección del varón, y ante esto le debíamos obediencia.

Resignábamos nuestros derechos para estar bajo el dominio de quien podía administrar los bienes materiales para nuestra subsistencia. No se nos permitía generar esos bienes, estar en esos espacios de decisión, de concentración, además, de diversos recursos: los del orden de las relaciones con los demás, los obtenidos por una educación superior o aquellos de los que se derivaban básicamente más derechos, como voz y voto.

Las mujeres debíamos amar, así, por nuestra condición de subordinadas, pero sobre todo por supervivencia. En contraposición, el varón concentrará el poder de la administración de los vínculos filiatorios, cuyas

prácticas estarán gobernadas por el poder político. Es muy claro entonces cómo los vínculos han estado caracterizados por un amor asimétrico, entregado y verticalista, y que en muchos momentos de la historia tuvo funciones reproductivas muy determinadas.

Me parece clave una distinción que se hace en la actualidad acerca de la emancipación de las mujeres de este amor romántico, es decir, la libertad que emerge cuando rompemos con la exacerbada idealización —esa construcción de telenovela mental— en la que fuimos educadas en torno a las relaciones sexoafectivas.

Muchas mujeres nos encontramos hoy pudiendo

concentrar lo que antes se nos era negado: relaciones públicas, prestigio social, independencia económica, y esto nos ha permitido que nuestro campo en la toma de decisiones —y por ende, de lo que elegimos respecto a la atracción por el otro— tenga más oportunidades y, por supuesto, que tengamos mayores estándares y

expectativas.

Nuestra atención se ha diversificado, una atención que ya no se obsesiona por el amor como fin último, porque muchas entienden y aspiran a otra cosa que a la construcción de una pareja, sencillamente porque establecerla no solo ya no es sinónimo de bienestar social, sino que, si miramos los datos —de violencia intrafamiliar y de género, por ejemplo—, muchas veces es justamente su antítesis. No obstante, dentro de esto hay una escala de grises enorme.

En primer lugar, porque no se pueden borrar siglos de historia de un plumazo, y porque todavía prevalece la narrativa romántica que va de la mano con el deseo íntimo de un amor pasional; y segundo, porque lamentablemente todavía falta mucho en el camino de la igualdad por mejores condiciones materiales para nosotras. Es decir, no todas estamos en igualdad de condiciones para elegir, para subsistir, para ampliar nuestros horizontes, para sumarnos a

esta épica de moda que narran las publicidades de perfumes de ser mujeres «libres», que deambulan por la noche, tienen parejas ocasionales y son inteligentes porque no están a la espera de un mensaje de texto.

La realidad es otra. Aún hoy son muchas las que siguen

—incluso sin desearlo— inmersas en relaciones de poder que son definidas como vínculos afectivos, y en realidad son vínculos del orden de la supervivencia. Aún son muchas las mujeres que dependen económicamente de relaciones de pareja y que no pueden siquiera decírselo a alguien de confianza por temor. Aún hoy son muchas las que callan violencia siendo incluso CEO de una empresa o abogadas reconocidas. Aún hoy existen muchas, millones, educadas y presionadas por su familia para que formen o sostengan relaciones de pareja ante un mandato del orden de la edad o la presión por el reloj biológico.

Soy, en lo personal, muy cuidadosa cuando veo estas nuevas definiciones que se nos venden a las mujeres —

amor propio, empoderamiento, libertad— como nuevos cócteles de la felicidad, porque lamentablemente las condiciones estructurales que sí deberían cambiar —cómo se reparte el poder, el liderazgo, el dinero, etc.— aún no se transforman.

Y entonces, ¿cómo amamos? ¿Qué es el amor?

Uno de los problemas centrales que encuentro en torno a problematizar cómo nos vinculamos y, por consiguiente, a entender

qué es el amor es que básicamente las respuestas que encontramos son tan distintas como las personas que las expresan. El concepto del amor se construyó como algo etéreo y divino, en contraposición al mundo material. Pese a la disparidad de definiciones que giran en torno a él, hay una sacralización del concepto que es similar en todas. Pero también hubo una especie de consenso tácito social sobre un supuesto amor por imposición social, mandato o

conveniencia, en contra del amor verdadero, que estaba más relacionado con esta idea sagrada del amor como una conexión superior. Esta dicotomía, que tan bien le ha servido a la literatura para construir novelas maravillosas, está muy lejos de la realidad, donde las relaciones son más complejas y las elecciones que hacemos las personas, también.

Además, encuentro en las construcciones teóricas sobre cómo ha sido el amor a través del tiempo una división entre una forma de amar del pasado y otra de amar en el presente, que arrastra errores que no son inocentes si queremos problematizar cuánto de las narrativas en relación con este amor sagrado nos han depositado a las mujeres en lugares de dolor.

Por un lado, con frecuencia se establece una **división entre un pasado desprovisto de amor romántico o real porque todos los vínculos buscaban como fin último el contrato social —es decir, el matrimonio— y la creencia, en contraposición, de que a partir de la modernidad hasta el día de hoy el amor se ha vuelto más autónomo y desprovisto de normas y**

condicionamientos sociales que nos atraviesan a la hora de elegir a otro.

Seguir sosteniendo que el amor ha logrado «limpiarse», volverse puro, y que lo encontramos en un campo de atracción mágico que funciona entre dos personas, donde no están inmersas diversas relaciones de poder, hace que se olviden —con consecuencias muchas veces devastadoras para nosotras— **las cosas que al día de hoy sostienen y negocian las personas en las relaciones de pareja.**

La escritora Bell Hooks, en su libro Todo sobre el amor (2021), expresa algo importante respecto a la falta de conceptualización alrededor del amor y, sobre todo, de la verdadera historicidad del término: «Revisando la literatura sobre el amor, me di cuenta de que son muy pocos los escritores, sean hombres o mujeres, que hablan de la

influencia ejercida por el patriarcado, y de cómo la dominación masculina sobre las mujeres y los niños es un obstáculo para el amor».

Esto deja al descubierto el agujero negro que hay en torno a las creencias que nos hemos construido y que siguen en nuestra cabeza cuando conocemos a un otro. **Hay una barrera que invisibiliza que el amor, aunque en el mejor de los casos haya surgido de la más pura de las pasiones, no deja de ser un encuentro que se da por razones multivariables, dentro de las cuales hay muchas relacionadas con factores sociales, con nuestra educación, y con intereses diversos**. Dentro de esto, existe una variedad de situaciones que minan el campo de la toma de decisiones, y que por supuesto influyen en esa atracción hacia un otro que **inocentemente creemos por fuera de las relaciones de poder que nos determinan.**

El punto es, entonces, definir el amor, porque en la definición podemos delimitar los consensos básicos que vamos a plantear y que definirán cómo nos queremos vincular. Porque el amor es una práctica vincular con otro, y

—esto a título personal— debe incluir nociones básicas relacionadas con la reciprocidad, el respeto, la retroalimentación, el apoyo, la responsabilidad y los cuidados. Para amar mejor, y para elegir cómo queremos que nos amen, en absolutamente todos nuestros vínculos, no solo los sexoafectivos, las reglas y las condiciones son necesarias. Quien ama sin condiciones es ese sujeto dócil que responde a un amo, y está en una situación asimétrica.

Amar con condiciones en un mundo donde el amor heterosexual para las mujeres representa tener que dar mucho de nosotras mismas es fundamental. No tenemos por qué ser la Bella que le permite cualquier cosa a la Bestia con la ilusión de que se convierta en príncipe.

La educación hacia las mujeres basada en amar sin condiciones ha vuelto el escenario de los vínculos

más estático que cambiante a lo largo de la historia.

Es decir, cambió cómo se institucionaliza el amor (del matrimonio obligatorio a amores que no necesitan contratos legales, por ejemplo) pero ¿cambió cómo amamos? Lo que yo veo es un relato que a lo largo de la historia lamentablemente se ha sostenido: mujeres abnegadas a vínculos, sin demasiado margen de decisión una vez dentro, a veces porque las relaciones son de violencia, y otras porque

la misma sociedad te deposita en lugares de servicio en relación con una pareja heterosexual, de los que es muy difícil salir. El cambio no ha sido tal como nos lo prometieron.

También observo que se dice que el amor está en crisis porque este pasaje del amor formal (el matrimonio como obligación) al amor sin condiciones ha puesto en jaque todo lo que se consideraba como tradicional y norma. Es cierto que estamos ante una sociedad voraz de consumo, de apps de citas que nos dicen que todos los días podemos encontrar a alguien mejor, y filtrar con un solo click nuestros deseos, lo cual nos vuelve más permeables a no establecer relaciones de pareja tradicionales. Pero quiero detenerme aquí.

En principio, que las personas no estén construyendo relaciones formales de pareja como un destino obligado para todas y todos no habla necesariamente del fin del amor. Habla justamente de nuevas formas de vincularse y de mayor diversidad en las elecciones que hacemos. Pero esto no denota un cambio radical en cómo nos vinculamos las mujeres. Es decir, cambia la carcasa del vínculo, pero las mujeres seguimos expectantes y abnegadas. Por supuesto que no todas, pero soy cuidadosa con esta mirada endogámica que tenemos las mujeres de ciudad, influenciadas por la cultura de Sex and The City, ya que cuando veo el panorama completo, y sobre todo los datos, los niveles de violencia que recibimos en los contextos de pareja, por ejemplo, se han mantenido a través del tiempo.

Sería por supuesto más cool que planteara una épica donde las mujeres podemos elegir y ser decididas con todo lo relacionado con el amor, pero trato de no caer en errores puntuales a causa de mi edad o como escritora dentro de una megaciudad. **La razón por la que muchas de las mujeres que me rodean pueden pegar el portazo es básicamente porque tienen medios educativos y económicos para hacerlo, pero esa no es la norma.**

Por supuesto, creo fehacientemente que muchos de los cambios que ha introducido el feminismo y que han permeado a las mujeres tienen hoy como consecuencia —

gratamente— que estemos eligiendo, sin conformarnos. **Sin embargo esto sigue en tensión con un pasado que se mantiene más estable de lo que imaginamos.**

La principal problemática que detecto es que, más allá de la educación en el servicio hacia el otro, las mujeres también fuimos educadas en lo que yo llamo el buen amor.

Un amor relacionado a los cuidados, al encuentro del otro, a la lectura de sus necesidades, al estar presentes.

En lo personal, no quiero dejar de amar, o amar desaprensivamente como un supuesto sinónimo de libertad. No quiero que las mujeres nos abarrotemos de literatura para aprender a ser independientes del amor romántico y amar menos. La problemática no radica en esto. El problema y la tensión radican en que —al menos en las relaciones heterosexuales que me ocupan en mi estudio

— los varones aún no han cambiado sus formas

tradicionales de vincularse y, sobre todo, lo que esperan de una mujer. Nosotras comenzamos a esperar reciprocidad, atención, ponemos condiciones, y los varones aún no están dispuestos —incluso aunque sean amorosos y lo expresen—

a ejercer un amor que sea compañero en todo sentido.

Las mujeres terminamos negociando con nosotras mismas entre el miedo a la soledad en que somos educadas, las nuevas narrativas de un amor libre —incluso accediendo a condiciones con las que quizá no estamos de

acuerdo, como por ejemplo la de tener parejas polígamas—

y/o, en el mejor de los casos, un hombre que no es compañero pero que al menos está como pareja, aunque sea un holograma.

También existe una distancia importante entre las relaciones de noviazgo y las que involucran convivencias o matrimonio. El cambio fundamental que se va dando a medida que las relaciones entre las parejas avanzan es básicamente que la mujer va adquiriendo responsabilidades dentro del hogar que comienzan a ser incompatibles —o a sumarse a una carga mental infinita— con el desarrollo de su mundo individual, por fuera del de la pareja o la familia.

Por esta razón creo que es fundamental salir del concepto de amor divino o sagrado, y que las mujeres entendamos todas las implicancias que existen en nosotras entre los mandatos del pasado y los del presente. **El buen amor pone condiciones.** Con información, las mujeres podemos determinar con mejores herramientas decisiones más cercanas a lo que queremos y cómo lo queremos.

La conceptualización del amor no ha mutado tanto a lo largo de la

historia, no ha sido en el pasado un contrato feroz y en la modernidad una libertad abrumadora, sencillamente porque, con algunas transformaciones, los vínculos han tenido a sus actores en la misma posición: quiénes estaban educadas para amar, y quiénes estaban educados para ser amados. Esto es así aunque ambos se desvivan amorosamente por el otro.

Todo esto determinado por un escenario que ha permanecido estático en función de las relaciones de poder.

Hoy esas relaciones de poder se encuentran en jaque porque comenzamos a entrar en juego las mujeres que fuimos relegadas históricamente; entonces, en este escenario, debemos barajar y dar de nuevo.

A medida que el escenario de opciones se amplió para nosotras —poder tener sexo por placer, poder divorciarnos, poder tener trabajo, poder hacer uso de nuestro dinero,

romper en parte con la moral religiosa sobre lo que es ser una «buena señorita», etc.— pudimos tener un mayor campo en el universo de las elecciones. Por esta razón apuesto a la imperiosa necesidad de que definamos al amor y lo que queremos. Establezcamos condiciones, límites. No merecemos menos.

La nueva narrativa del amor libre es interpretada como una exigencia a no demostrar afecto o interés en clave de mostrarnos autosuficientes, algo que me causa pavor. Esto lo expresan hombres y mujeres. Y si a esto le sumamos el rol que se les exige a las mujeres en lo vincular con una pareja, la tensión es completa, ya que ahora encima se nos exige no mostrarnos interesadas para no parecer unas tontas dependientes que buscan el amor a toda costa.

Se hace muy difícil discernir entre ese miedo a la soledad y a la necesidad de la novela romántica constante en nuestras cabezas, que efectivamente nos vuelve abnegadas, y la necesidad de plantear un encuentro con el otro desde la amorosidad, el respeto y el afecto. Creo que esa línea se transita rompiendo con la imperiosa necesidad que tenemos de adornar y justificar historias para que encajen en discursos románticos, pero sin perder de base una condición fundamental que es la ética de los afectos.

Esto último no se puede maquillar, está o es escasa o falta.

Por suerte, cada día tenemos más herramientas para entender los escenarios que se nos presentan y delimitar lo que creemos que es el

amor en función de lo que nos hace efectivamente bien, y tenemos una línea de largada en común: **estamos decididas a no seguir siendo las que aman demasiado.**

CAPÍTULO II

De qué hablamos cuando hablamos

de amor

La cultura patriarcal les asigna a las mujeres como identidad existencial el amor. Hace de las mujeres las especialistas del amor, las educa para que se especialicen en amar y en vivir en pos del amor.

Si no tenemos una filosofía alternativa, estaremos dándoles siempre vueltas a los problemas desde esa filosofía tradicional.

MARCELA LAGARDE

Me interesa detenerme en el mito griego de Paris y Helena, ya que contiene varios elementos que persisten al día de hoy sobre la construcción de arquetipos —arcos que engloban un conjunto de estereotipos— en relación a los hombres y mujeres. El amor de Paris y Helena fue un amor prohibido que desembocó nada más y nada menos que ¡en una guerra! La famosa Guerra de Troya. La mitología se transforma según el narrador y las obras o fuentes que se han recuperado, pero todos coinciden en que Helena era la mujer más bella de todas, por supuesto, retratada como una pecadora. Ella sucumbió ante los encantos de Paris, con quien escapó de su marido Menelao, y de los deberes de obediencia que el rango de esposa le exigía.

En La Ilíada, el relato de Homero sobre la guerra de Troya, se lee: «Nadie, pues, se dé prisa por volver a su casa, hasta haber dormido con la esposa de un troyano y haber

vengado la huida y los gemidos de Helena», **un recordatorio de que la venganza a ese amor desdichado, del que Helena era la culpable, se vengaría a través del cuerpo de otras mujeres troyanas.**

La imagen figurativa que puede construirse de «los gemidos de Helena» muestra los estribos perdidos ante el goce de una mujer que disfruta del sexo con su amado.

Aunque, si tenemos en cuenta otros textos, la historia nos habla de una Helena raptada.

También es interesante que en esta historia mitológica encontremos personajes como Casandra, una sacerdotisa que le rendía servicios al dios Apolo, y quien a cambio de sexo le dio el don de la adivinación. Y también Eris, la diosa de la discordia. Es importante prestar atención a

estas construcciones narrativas de la Antigüedad, que nos van a develar ciertas creencias en el imaginario de la época. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que muchas de estas creencias siguen imperando hoy, bien entrado el siglo XXI.

De Eris se dice que fue la causante del inicio de la guerra de Troya, ya que durante la boda de Peleo y Tetis, profundamente molesta por no haber sido invitada, se presentó con una manzana dorada, ávida de venganza.

La manzana decía ser para la más hermosa y decidió arrojarla entre Afrodita, Hera y Atenea, tres diosas imponentes que caerían en una competencia feroz para ser las elegidas. ¿El premio que más les interesaba a tres mujeres, diosas, talentosas y con poder? Ser considerada la más linda.

Ante las tensiones despertadas, Zeus le dijo a Paris que deliberara: hombres decidiendo sobre las mujeres, las mujeres retratadas como recursos. Allí ocurre el Juicio de Paris, ese momento en que las tres diosas comienzan a ofrecerse de una manera desmesurada. Atenea le prometía sabiduría y destreza militar. Hera le ofreció poder político y

tierras, y Afrodita lo tentó con poder mostrarse junto a la mujer más hermosa de la tierra: Helena. Las diosas concentraban un montón de atributos que cualquier hombre bastante común y corriente, criado con granjeros, como había sido Paris, desearía. **Y ellas decidieron darlo todo en función de la tan deseada mirada masculina.**

La historia termina con Afrodita —una mujer como figura de entregadora— que le posibilita a Paris su vínculo con Helena, o su rapto, una diferencia que depende de la fuente donde encontremos el relato de este mito. En una versión más edulcorada acerca del consentimiento, Helena se enamora y escapan juntos.

Paris, criado como un pastor pese a ser hijo de dioses, en un golpe de suerte había recuperado su reconocimiento público y su valor político, había demostrado su fuerza física en su desempeño en algunos juegos públicos, y ahora podía hacerse, con Helena, de una mujer hermosa a su lado, el diamante que adornaría su prepotencia y poder. La concepción de la mujer-trofeo, elegida por un hombre por su apariencia física para ser mostrada como un adorno propio ante otros hombres, como vemos, es un concepto muy antiguo.

Elegí esta historia porque, más allá de que por supuesto es mitológica, insisto en la importancia de poder ver las construcciones

estereotipadas que han dominado y abonado por siglos los relatos sobre el rol de las mujeres y el de los hombres. La historia de Paris y Helena nos sirve para sacar a la luz conceptos que nos acompañan a definir el amor en el presente. No hace falta ser historiador para encontrar similitudes con las creencias sociales que aún hoy se tienen de muchas mujeres. ¡Basta con abrir Twitter para presenciar la mismísima guerra de Troya!

Esta historia ha sido representada en muchos otros relatos y cuentos, sus personajes adornan pasajes de la Divina comedia o cuadros en los pasillos de los museos más reconocidos del mundo. Desde la Antigüedad al día de hoy,

esta historia fue mito, pero también creó imaginarios y educó. Las mujeres son las causantes de las guerras entre los hombres, los varones luchan por su honor y su orgullo.

El relato es interesante porque queda explicitado muy claramente **cuáles van a ser considerados elementos de concentración de poder de los varones: el prestigio social (es decir, la mirada externa); la influencia política y económica; el sexo y el amor (ya sea como imposición, o por la virilidad con la que Paris es retratado y descripta su belleza), y por último, el poder hacerse del amor de la mujer más bella, que sacrifica su honor y buen vivir en Esparta por amor. La mujer entregada, bella, dócil y sacrificada; el hombre, un luchador.**

Sé que hay algunas resistencias a comparar sucesos actuales con los del pasado haciendo revisionismo histórico o anacronismos. Pero lo que intento aquí es que podamos entender cuán profundas y presentes siguen siendo estas concepciones, y de alguna forma seguir desandando las narrativas con las que fuimos educadas y educados por siglos. **Repensar el sustrato sobre el que se conformaron los arquetipos que al día de hoy imperan en la sociedad no es un anacronismo, es una mirada obligada para romper la raíz de lo que aún no se desarma.**

El mito de Paris nos habla de un amor prohibido, o de un amor carnal, o tal vez de un amor divino, ya que Zeus intercedió para que Paris hiciera su elección entre las diosas, pero sobre todo nos habla del poder, de las razones por las que se luchaba, de a qué aspiraban hombres y mujeres, y sobre todo de cómo era la naturaleza emocional y conductual de sus personajes. Esta historia es un hito fundamental para desandar los roles que nos atraviesan al día de hoy y que determinan las relaciones asimétricas de poder que también están

presentes en las relaciones que denominamos amorosas.

Una nueva ética de los afectos Las mujeres debemos conversar y capacitarnos más sobre las distintas maneras de concentrar capital simbólico y

material (1) que nos lleve a tener herramientas que nos proporcionen un mayor poder de decisión y negociación en todos los ámbitos. En función de las herramientas y oportunidades con las que contemos —y solo por nombrar algunas de ellas: capacidad económica, vínculos sociales, conocimiento, habilidades relacionadas con la negociación, capacidad analítica, etc.— vamos a tener una mayor disponibilidad de **opciones y emancipación de situaciones que, en nombre del amor, nos anclan a lugares de desigualdad.**

Los vínculos, incluso los más afectivos, no se sostienen solo por amor, como si existiera algo etéreo —el famoso

«hilo rojo»— que une dos almas. Como vimos

anteriormente, la sacralidad en el concepto del amor, y entenderlo como algo divino, ha propiciado una distancia con lo que de verdad se evidencia en las relaciones, y eso marca un verdadero problema a la hora de poner en palabras las situaciones de conflicto que se dan entre las personas.

Los vínculos se desarrollan en un sistema social y económico, en un modelo de valores determinados a priori, en toda una normativa social. El amor surge en estos contextos y, de hecho, muchas veces se institucionaliza para también ser reproductor de ese ordenamiento social.

Muy a pesar de las literaturas románticas que tanto nos atrapan, **el amor tiene más de combinación entre diferentes momentos sociológicos y biológicos que de magia súbita**.

La historia sobre el amor se construyó como algo irracional, como esa magia que nos conecta con una especie de propósito divino: una fuerza seudomisteriosa que nos transforma y nos eleva, o que nos lleva a lugares

oscuros de los que parece que no podemos salir porque allí hay algo que no podemos manejar. **Pero justamente la falta de definiciones acerca de qué es el amor y en qué condiciones surge, es decir desde sus aspectos sociológicos (y no mágicos), es lo que ha hecho que sea tan complejo poder explicar relaciones de**

asimetría de poder que vivimos las mujeres con nuestros vínculos sexoafectivos.

Aunque también existen vínculos que están

categorizados como una pareja, o una relación sentimental, donde no hay ni sexo ni afecto. Vínculos asimétricos de relaciones basadas en el sostenimiento material, los valores religiosos o tradicionales. Y, de alguna forma, todas estas variables están presentes en casi todo el universo de las relaciones que nos vinculan a un otro y son definidas dentro del paraguas del «amor». Algo que además es súper amplio y relativo según las diferencias culturales y que se transforma también a través del tiempo.

La necesidad de encontrar un encuadre no es caprichosa, radica en la posibilidad de analizar todas aquellas cuestiones que permitan el surgimiento de relaciones armoniosas de cooperación mutua, pero también **identificar por qué el ejercicio del amor, o mejor dicho el esfuerzo que le dedicamos a que una pareja sea equilibrada y de apoyo mutuo, termina drenando nuestra voluntad, y nos quita campo de visión y claridad para la toma de decisiones.**

Sabemos que a las mujeres se nos educa para focalizar nuestros recursos en «conseguir un amor» o en superar «la falta que sentimos» si no lo tenemos. Pero también sabemos que en nombre del amor vivimos situaciones extremas.

¿Por qué brindamos tanto de nosotras mismas? Y sobre todo, ¿por qué en nombre del amor se desatan mecanismos que nos imposibilitan la concentración de ese capital simbólico o material? Una vez, mientras en terapia lloraba

sin consuelo, mi psicóloga me dijo: **«Amar bien es una capacidad intelectual»,** y hoy esta frase tiene mucho sentido, dado que las herramientas que me ha dado poder verbalizar situaciones que me sucedían en lo personal para encuadrarlas en comportamientos sociales, sin duda hizo que muchas cosas me dolieran menos y, sobre todo, volverme más asertiva sobre lo que exijo en los vínculos y sobre lo que no estoy dispuesta a perder. Conceptualizar, encontrar las palabras, es fundamental para comprender experiencias que nos atraviesan.

Particularmente, encuentro con preocupación que se siga pensando en el amor como algo indescriptible. Deberíamos poder tener bien en claro qué es, si en nombre de él se cometen tantas atrocidades. A nivel

global, las Naciones

Unidas (2) han estimado que 736 millones de mujeres —

alrededor de una de cada tres— han experimentado alguna vez en su vida violencia física o sexual por parte de una pareja íntima, o violencia sexual perpetrada por alguien que no era su pareja.

Las tasas de depresión, trastornos de ansiedad, embarazos no planeados, infecciones de transmisión sexual e infección por VIH son más altas en las mujeres que han experimentado este tipo de violencia en comparación con las que no la han sufrido, así como muchos otros problemas de salud que pueden durar incluso después de que la violencia haya terminado. **Es evidente la urgencia de definir al amor si queremos materializar desde la palabra lo que deseamos, lo que nos atrae, pero sobre todo lo que nos hace bien.**

Hace un tiempo una amiga me llamó por teléfono y me dijo: «Todo bien con el feminismo, pero yo quiero un hombre que al final del día me abrace». Recuerdo que reí, pero luego pensé acerca de qué significaba «abrazar». Cuando sentimos que queremos amor, ¿qué estamos buscando?

¿Decir que tenemos una pareja, para saciar un vacío producto de mandatos? ¿Estamos tapando el miedo a la

soledad? ¿O efectivamente buscamos un compañero? Si la respuesta a esta última pregunta es sí, ¿por qué tantas mujeres en situación de pareja referencian sentirse solas?

¿Por qué siguen siendo las que cargan a cuestas las tareas de cuidado y domésticas? Preguntas que vale hacerse si, al menos desde la desigualdad de género, queremos construir un mundo más equitativo. Pero también si, al menos como personas, queremos construir un mundo donde la violencia cese.

Me parece fundamental entender que el amor no debe ser menos que una práctica con límites marcados y sobre todo con una ética de la amabilidad. Donna Haraway, en Ciencia, cyborgs y mujeres (1991), expresa que desde el feminismo hay que insistir en una mejor descripción del mundo: «No basta con mostrar la contingencia histórica radical y los modos de construcción para todo». Esto es muy importante porque, de alguna forma, para reconstruir una ética de los afectos, una nueva forma de vinculación y, por consiguiente, de prácticas amorosas hay que redefinir, es decir delimitar, no solo qué es el amor sino también cómo queremos que se manifieste en nuestra

vida.

La cantidad de abordajes desde las disciplinas sociales para definir al amor romántico o incluso para aseverar que el amor romántico ha sido lo peor que les ha pasado a las mujeres no son suficientes para apaciguar las contradicciones que tenemos. Los videos de pomposas propuestas matrimoniales siguen siendo los más vistos por las redes, las series románticas son un éxito. **Se habla del fin del amor, pero seguimos buscando tener historias que denominamos «de cuento de hadas», como vivencias de la felicidad más plena.**

Un ejemplo: en América Latina, la exitosa telenovela romántica Café con aroma de mujer acumuló la mayor cantidad de audiencia en Colombia y en otros países en su salida en 1994, y la plataforma de contenido por streaming Netflix volvió a producirla durante 2022. Volvió a ser un

éxito, incluso en España. Un logro que no tuvo como característica la adaptación a un guion feminista, sino más bien el haber continuado casi veintiocho años después con una narrativa similar en todo lo que consumimos con pochoclos: una mujer pobre que es seducida y se envuelve en una historia pasional y prohibida con su patrón. Al margen, por supuesto, de que ella terminará resolviendo su vida material sin el apoyo de su amado —lo que incorpora una dimensión interesante ya que la protagonista es posicionada en un papel de liderazgo—, el resultado es el mismo: últimos capítulos con un casamiento por iglesia, hijos y todos felices comiendo perdices.

Las tensiones que hay que superar: la finalidad del amor como mandato reproductivo

La psicología se erigió como el campo por excelencia para explicar y tratar de ofrecer soluciones a los embates de nuestra vida sexual y romántica pero, como dice la socióloga Eva Illouz, en su libro El fin del amor: «Aunque han tenido (la psicología y sus diversas corrientes), en general, un éxito notable en convencernos de que sus técnicas verbales y emocionales pueden ayudarnos a vivir mejor, sus aportes hacia una comprensión de lo que devasta colectivamente nuestra vida romántica han sido escasos o nulos».

La psicología no ha sido suficiente para resolver nuestras tensiones, y es que ciertamente las preguntas que giran en torno al amor y los nuevos mandatos de la femineidad e incluso de la libertad sacan a relucir innumerables factores estructurales —es decir, sociológicos—. Las preguntas que nos estamos haciendo tienen poco de individual y

más de catarsis colectiva. Illouz lo expresa así: «El tipo de incertidumbre que infesta las relaciones contemporáneas es un fenómeno sociológico: no existió siempre, o al menos no con esta magnitud (…) Los dilemas, las dificultades y las

ambigüedades que caracterizan a muchas relaciones y constituyen la fuente de la glosa psicológica no son sino una expresión de lo que podemos denominar una

"incertidumbre" generalizada de las relaciones. El hecho de que tantas vidas modernas exhiban la misma incertidumbre no indica la universalidad de un inconsciente conflictuado, sino más bien la globalización de las condiciones de vida».

Y aunque de alguna forma coincida con Illouz sobre el notable cambio de época respecto al pasado, esa tensión que se da para las mujeres respecto a sus deseos, decisiones y la transformación de los significados y valores que le damos al concepto del amor reflejan sin duda más similitudes que diferencias con ese mismo pasado. Creo con seguridad que el error está en hablar del amor como una categoría relacional entre dos personas, y no de cómo esa categoría marca una distancia enorme entre cómo lo viven las mujeres y cómo lo viven y expresan los varones.

Por supuesto que el desarrollo de nuevos sistemas económicos como el capitalismo y la cultura de la modernidad, han transformado la vida emocional y romántica en general, pero **el lugar social en el que quedamos las mujeres en el sistema productivo y en el sistema de las relaciones sexoafectivas sigue estando en tensión para nosotras porque las transformaciones aún no han sido significativas.**

Sigue aún hoy muy activa la relación de las mujeres con la divinidad, lo mágico y lo etéreo, pero sobre todo seguimos muy vinculadas a la espera de la amorosidad y al concepto de entrega y disponibilidad. **Aún hoy se considera que las mujeres encarnan no solo el servicio, sino también el amor, como si fuéramos las encargadas pedagógicas de enseñarlo y brindarlo,** y no solo se considera de forma tácita, sino que hay un montón de imperativos culturales y educativos que nos forman para eso, como desarrollé en (Mal) Educadas.

La industria cultural sigue diciéndonos a las mujeres que, si amamos demasiado, amamos mejor; pero sobre todo, que seremos mejores mujeres, ya que responderemos al ideal de lo femenino que tiene

como premio el camino al paraíso: suplir esa falta de amor. Y lo que la sociedad nos dice a las mujeres sobre lo que tenemos que aguantar también habla de aquello que no se les dice a los varones.

Crecí escuchando que las mujeres madurábamos más rápido, que por esa razón era natural que tuviéramos parejas mayores que nosotras, pero sobre todo, que por esto debíamos tener más paciencia y entender a los varones que solían ser «más infantiles». Un discurso que nos ponía a muy temprana edad en el lugar de tener que entender, ser pacientes y amables.

Nunca escuché, por el contrario, que se les dijera a los varones que, justamente, como nosotras «madurábamos más rápido», debíamos ser tomadas como modelos de liderazgo y aprendizaje. Jamás escuché que les dijeran que se comportaran como una mujer, que se sintieran identificados con nosotras. Crecí con varones que, para reírse de sí mismos, se disfrazaban de mujeres: representar a una mujer en cualquier campo era a través de encarnaciones burlescas y ridículas.

Las instituciones que han regulado la vida amorosa —la religión en sus distintos cultos, la familia como espacio de aprendizaje normativo, la industria cultural y las instituciones educativas— nos han dicho y nos siguen diciendo cómo tenemos que amar en función de si somos mujeres u hombres. Nos siguen hablando del amor heterosexual como finalidad en el desarrollo de una persona. También, de la entrega emocional, física y psíquica, sin condiciones, como atributo de la femineidad y de la belleza, y de nuestro capital erótico y sexual como el mecanismo para «encontrar el amor». **Es decir, se nos sigue pidiendo a las mujeres que por amor**

entendamos el camino que hace Helena, el de ser la elegida entre otras diosas.

Como vimos, el amor se ha institucionalizado a lo largo de los años por medio de modelos como la familia tipo, o como la complementariedad heterosexual pensada en relación con un último fin: el de la reproducción. Es decir que el binomio papá-mamá desnuda el fin último de cómo se decodifica el amor a nivel social. Se considera por amor al «para toda la vida» o al menos el que tiene como resultado la conformación de una familia mediante la reproducción. Incluso he escuchado que a parejas que no quieren ser padres les cuestionen la veracidad de su amor.

Ahí aparecen las verdaderas conceptualizaciones que se tienen sobre qué es el amor: tiempo, reproducción, entrega.

Esto es clave porque, entonces, **el amor verdadero en el que fuimos educadas y educados tiene de fondo el mandato reproductivo**. El punto es que en ningún momento se discute. Si bien los feminismos lo vienen haciendo hace largo tiempo, a nivel popular aún cuesta entender las implicancias que estos conceptos sobre el amor tienen para las mujeres, que son en los números las desfavorecidas.

Si somos educadas para amar sin condiciones y «para toda la vida», de alguna manera hay un camino obligado hacia la maternidad que tampoco se pone en discusión, algo que por supuesto tensiona a un montón de mujeres que se cuestionan si quieren o no ser madres, o si quieren terminar con una pareja cuando el reloj biológico y las miradas sociales las persiguen. Esto también influye a la hora de divorciarse si tienen hijos, básicamente porque el concepto de amor-familia-abnegación las obliga a aguantar ahí en nombre de algo que es más grande que ellas mismas: la divinidad y la sacralidad del amor.

Es tan fuerte esto que incluso hoy en día a las mujeres que no quieren ser madres se las trata de desamoradas y egoístas, porque socialmente nosotras no somos aún las

que decidimos sino las que, por invocación divina, inercia del destino, mandato heterosexual y símbolo de la felicidad, traemos hijos al mundo para «sellar ese amor». La cantidad de mujeres que terminan eligiendo ser madres por primera vez —o incluso volver a serlo luego de ya tener una hija o un hijo— como prueba de amor sigue imperando.

La relación de los conceptos amor-mujer-maternidad es tan fuerte que, por ejemplo, a las madres solteras y a las madres adolescentes aún hoy se las discrimina socialmente.

Incluso la familia que debería amar y cuidar a sus hijas es capaz de echarlas de la casa para no arrastrar la vergüenza que les significa un embarazo adolescente o por fuera de una relación formal-tradicional.

¿El amor? Bien, gracias. Los varones no viven «esa vergüenza», por el contrario, se sigue ponderando como algo del orden del poder el dejar embarazada a una mujer.

Ellos no son echados de sus casas, y ni siquiera se les exige socialmente que paguen alimentos a sus hijos cuando son incumplidores. Ni siquiera sobre esto último arrastran el costo de la vergüenza. Insisto, el concepto de amor y de mandato reproductivo para las mujeres están

absolutamente arraigados, pero también el de familia y formación de la pareja heterosexual. Esa reproducción, ese

«fruto del amor» como de hecho se dice, debe darse en el contexto de una pareja. Nosotras encarnamos el amor, reproducimos su fruto, y debemos sostenerlo, a pesar de todo.

Las antiguas razones por las que nos hemos unido en pareja desde hace siglos —mantenimiento del linaje, hacedoras de la reproducción para la trascendencia de esa familia, cuidado y servicio hacia el otro— siguen en pie, demostrando cómo esos mandatos siguen imperando y han tenido escasa transformación, aun cuando las dinámicas entre los distintos vínculos de pareja hoy son más variadas.

Redefinir qué es el amor dista mucho de un esfuerzo teórico caprichoso, lo que se busca es entender todos estos

mecanismos donde se ha distribuido, concentrado y reproducido de forma desigual el poder entre hombres y mujeres, y animarse a poner en palabras cómo nos relacionamos.

Los ámbitos de decisión en nombre del amor todavía están muy supeditados a las tradiciones, sobre todo para nosotras. Las dependencias que se dan en torno a las parejas también en los bienes económicos y patrimoniales

—como veremos en la parte IV de este libro— nos demuestran que «el amor» y todo lo que se desprende de ese concepto sigue pujando para que las mujeres terminemos en una posición de servicio hacia los demás.

1- El concepto «capital simbólico» aparece en el desarrollo teórico del sociólogo Pierre Bourdieu, y remite a una forma de poder y de concentración del mismo. El intelectual dedicó su obra a investigar las razones que permitían la dominación de algunos grupos sociales sobre otros. Por esta razón es importante entender su terminología para realizar abordajes que puedan dilucidar una de las relaciones de dominación histórica más importante; y la primera: la relación asimétrica entre hombres y mujeres. Para Bourdieu, el capital es una fuerza —de diferentes dimensiones e intensidades— que opera en el universo de las relaciones de poder. El capital simbólico es la acumulación de recursos, no físicos, sino los derivados de las oportunidades que tiene una persona y la depositan en un lugar de privilegio respecto a otras; por ejemplo, la reputación.

La reputación, o el valor social, se deriva además de la acumulación

de otros capitales: el económico, el educativo, *etc.* Es decir que el concepto capital simbólico nos demuestra además su naturaleza relacional. Para que exista, deben existir otros recursos que se acumulan y dotan a esa persona de un lugar de privilegio. Como autora, a veces trato de no elegir conceptos que puedan ser difíciles de explicar para personas que no están acostumbradas a leer teoría sociológica, pero decidí incorporar este concepto por una razón especial: la firme convicción de que entender qué es lo que propicia la concentración de poder en los vínculos nos permitirá distribuir de mejor manera y equilibrar las relaciones que tenemos con el entorno.

2- Hechos y cifras: Poner fin a la violencia contra las mujeres, en www.unwomen.org/es/what-we-do/ending-violence-against-women/facts-and-figures.

CAPÍTULO III

El amor como forma de control social

sobre las mujeres

La historia de la oposición de los hombres

a la emancipación de las mujeres es más interesante que la historia de esa emancipación.

VIRGINIA WOOLF

Creo fehacientemente, como expresé en el capítulo anterior, que lo más importante acerca de las tensiones que se encuentran entre el pasado y el futuro en este campo no está relacionado con «cómo vivimos el amor y los vínculos las personas», sino con la distancia que hay entre cómo viven estos vínculos los hombres y las mujeres, porque existe una desigualdad en la diversidad de opciones en este campo a la hora de elegir.

Los varones crecieron con modelos de mujeres que estaban disponibles (la madre, la seño del cole, la abuela, etc.) y esta división social de las tareas también sigue socavando las figuras de proyección que tenemos para luego elegir a quiénes amar. Ellos aún esperan esta segregación horizontal en sus parejas: esperan un «modelo»

de madre, un «modelo» de mujer en la cama, un «modelo»

de novia/esposa.

No de forma consciente, pero cuando se les pregunta sobre los atributos de sus parejas, seguramente responderán con una verdadera oda a la mujer que todo lo

puede… todo lo doméstico, claro. Y también, seguramente, rechacen a aquellas mujeres que alzan la voz por lo que les gusta y lo que no les gusta, que no buscan decirlo con una sonrisa en la boca para que suene más suave, aquellas mujeres que se animan a hablar de dinero y de cómo su vida se empobrece, por ejemplo, cuando maternan. En general, esas mujeres que enuncian la desigualdad no son atractivas para la mayoría de los varones.

Esta es una sociedad que sigue rechazando a las mujeres que se manifiestan enojadas con sus condiciones materiales y sociales de existencia. A las que **están decididas a poner en jaque lo que se espera de ellas, aquellas que deciden no callarse más, las espera el castigo de la mirada social inquisidora. Serán las jodidas, las**

resentidas, las vividoras, las infelices, ya que

«calladita te ves más bonita».

Los números nos hablan de una violencia sin

restricciones hacia nuestras vidas, pero las «malas» somos nosotras cuando buscamos poner límites. Y no es que esté estableciendo que en contraposición somos «las buenas», como una especie de binomio donde los varones son los villanos de esta historia. Sencillamente expreso lo que sucede con las mujeres que deciden poner límites.

Mientras las «buenas mujeres» sigan siendo las que no ponen límites, las que aguantan, etc., pero sobre todo mientras las mujeres sigamos aceptando ser las disponibles, las que agradamos para no quedar por fuera del mercado sentimental, existirán tensiones que no serán suficientes para modificar socialmente esta estructura. Los varones seguirán teniendo más opciones y más recursos para decidir porque, incluso aunque los límites los pongamos nosotras, las que tenemos menos opciones de negociación también seremos nosotras.

Los vínculos, de la Antigüedad a hoy

En diferentes partes de mi libro (Mal) Educadas abordé perspectivas históricas sobre los conceptos de familia y de la institucionalización del matrimonio como forma de control de las mujeres y la pérdida de sus propiedades, en el sentido del sostenimiento de la vida material.

Según la historiadora austríaca Gerda Lerner, desde la Antigüedad la jerarquización entre los hombres —es decir, quiénes obtenían más reconocimiento que otros— partió de las relaciones de propiedad material y fue reforzada por la fuerza militar y política. Es decir que ellos se medían por sus logros y, por supuesto, por las herencias. En el caso de las mujeres, su lugar dentro de la jerarquía estaba mediatizado por el estatus de los varones de quienes dependían. Algo que aún hoy sigue vigente de alguna manera: ¿a cuántas nos han presentado alguna vez como «la mujer de…», por ejemplo?

El código de Hammurabi, que regulaba el

comportamiento social y comercial, tallado en piedra durante el siglo XVIII a.C. por el rey de Babilonia, es una de las primeras referencias explícitas, como ya vimos, donde se encuentra cómo la relación matrimonial era una relación de gestión y administración de los varones, de las propiedades —y condiciones de vida— de la mujer que desposara.

De hecho, en el apartado donde se regulan las relaciones comerciales con los esclavos es también donde se encuentra la regulación de las relaciones con las esposas, que estaban jurídicamente obligadas a cumplir su papel económico; caso contrario, corrían el riesgo de ser relegadas a la condición de esclava. **Son los hombres quienes van a tener la potestad de regular la administración de nuestros bienes.**

Tanto en el Imperio Romano como en las numerosas dinastías chinas podemos encontrar la figura de las concubinas. También esclavas, cuyos servicios estaban orientados al placer sexual, al igual que a complementar la

servidumbre que se desprendía de una estructura matrimonial. Es importante notar que **las diferencias por estratos de todas las mujeres en todas las culturas (esposas, concubinas, prostitutas, geishas, damas de compañía, odaliscas, hetairas, etc) se daba a partir de la línea del clan al que pertenecían. La familia es la institución que regulaba la supervivencia y una mejor calidad de vida de las mujeres, así como también el acceso a la educación que podían tener y, por ende, la capacidad de aspirar a ciertos cargos.**

Esto deja al desnudo una relación de dependencia fundamental de las mujeres con los varones, que determinaban su destino.

Dependiendo de la cultura, por ejemplo, las esposas respetables tenían una mayor protección que las esclavas, siervas, cortesanas o concubinas. Dentro de las similitudes, se encontraba el castigo máximo si esas mujeres se vinculaban sexualmente con otros hombres por fuera de aquellos a quienes debían servir en exclusividad. Una pena que era el exilio por fuera del imperio o la posibilidad de ser vendida.

Lo más importante en el contrato marital de la esposa o concubina era cómo ella actuaba bajo la potestad del hombre, por eso la virginidad fue (y lamentablemente es aún hoy) considerada una reliquia, un valor que resguardar.

En el Imperio Otomano, el sultán custodiaba a las mujeres con hombres esclavos —eunucos, es decir sin pene—, en general traídos de África, buscando intimidar con su aspecto fornido. Esto a nivel simbólico es claro: no había que custodiar solo el encierro de esas mujeres, sino también su virginidad y su vida sexual. El control no se ajustaba solo a sus actividades, sino también a su patrimonio. Ellas no hacían uso de su dinero o sus riquezas, sino que estas pasaban del

padre y/o los hermanos de la mujer al hombre que la desposaba.

Entender cómo se construyeron los vínculos del orden de la pareja, de la familia y, por efecto derrame, de lo que luego se llamará «amor» y «libertad» o «elección propia» es darnos cuenta de que **el código en el que se ha programado nuestro comportamiento, y por**

consiguiente nuestras elecciones, ese corset que nos ha ajustado sobre lo que «debemos querer», no ha sido otra cosa que el relato desde una mirada masculina que ha definido y diseñado las relaciones de poder en el mundo. La escritora feminista Kate Millet lo expresa así en su libro Política sexual: «El hombre creó la imagen de la mujer que todos conocemos, adaptándola a sus necesidades… la implantación del varón como norma humana, como sujeto absoluto respecto del cual la mujer no es sino el "otro"; es decir, un extraño».

En general se nos ha retratado a las mujeres cómo

«embriagadas de amor», perdiendo la cabeza y no hablando de otra cosa, pero ¿cómo hablar de otra cosa si todo en nuestra vida dependía de eso? ¿Cómo no nos íbamos a sentir lo suficientemente motivadas si lo que se llamaba el camino del amor no era otra cosa que el camino de la supervivencia? **A través de los siglos las mujeres hemos amado por supervivencia, por la búsqueda de la libertad y, sobre todo, como forma de ascenso social.**

Las formas de control hacia la vida de las mujeres se institucionalizaron con las distintas organizaciones sociales que se fueron complejizando a través de los años: la familia, el matrimonio, la religión formaron parte clave de la bajada de un código de comportamiento que definiera a las buenas mujeres. **Un proceso necesario de domesticación si se necesitaba que, básicamente, la mitad de la población se quedara en casa cuidando. Ellos hacían el mundo, nosotras el almuerzo.**

Muchas autoras y autores encuentran la sedimentación sobre el control de las vidas de las mujeres durante el

Paleolítico, definidas como «relaciones diplomáticas de intercambio», algo que va a complejizarse y mucho durante el Neolítico y el surgimiento de las civilizaciones antiguas con la institucionalización de la esclavitud.

Gerda Lerner, en La creación del patriarcado, explica la inauguración del concepto de propiedad privada a través de nuestro cuerpo, ya que hemos sido intercambiadas o compradas en uniones en provecho de

los clanes familiares.

Dice allí: «Hacia el segundo milenio a.C. en las sociedades mesopotámicas, las hijas de los pobres eran vendidas en matrimonio o para prostituirlas a fin de aumentar las posibilidades económicas de su familia. Las hijas de hombres acaudalados podían exigir un precio de la novia, que era pagado a su familia por la del novio, y que frecuentemente permitía a la familia de ella concertar matrimonios financieramente ventajosos a los hijos varones, lo que mejoraba la posición económica de la familia. Si un marido o un padre no podían devolver una deuda, podían dejar en fianza a su esposa y sus hijos, que se convertían en esclavos por deudas del acreedor. (…) Los hombres se apropiaban del producto de ese valor de cambio dado a las mujeres: el precio de la novia, el precio de venta y los niños.

Puede perfectamente ser la primera acumulación de propiedad privada».

Lerner será taxativa sobre la cuestión del matrimonio en relación a las mujeres: nosotras éramos las intercambiadas; ellos, los que hacían el intercambio o definían sus términos.

CAPÍTULO IV

De la violencia vicaria a la simbólica:

extorsión y carga mental

Las lógicas del «amor abnegado» en las «buenas mujeres»

como control social no tuvo solo una función de complementariedad entre hombres y mujeres, sino que además les proporcionó a los varones una carta irrefutable para la negociación. Este tipo de amor, que está relacionado con el mandato maternal del amor por los hijos pese a todo, exige que nosotras seamos el sostén de la familia y su estructura tradicional. Las mujeres siempre somos las

«rompe hogares» si decidimos rebelarnos, ya sea divorciándonos o, por ejemplo, teniendo una relación con un hombre casado. Y es que somos nosotras las que venimos a encarnar la figura del sacrificio que debe sostener la unidad familiar, por eso también somos las culpables de su disolución. Esto último ha generado que aguantemos muchas violencias.

Según las Naciones Unidas, en 2018 se estimó que una de cada siete mujeres ha experimentado violencia física y/o sexual por parte de su pareja o marido durante ese año.

Cifras que aún no dimensionaban el impacto de la pandemia de Covid-19, que ha aumentado los factores de riesgo de violencia contra las mujeres. Según los datos del portal de UNWomen (1), el 37 % de las mujeres de entre 15 y 49 años que viven en países clasificados por los Objetivos de Desarrollo Sostenible como «menos desarrollados» han sido objeto de violencia física y/o sexual por parte de su

pareja. Aunque en todo el mundo más del 80 % de las mujeres esgrime haber sufrido algún tipo de violencia dentro de sus esquemas de pareja. Entonces los datos nos están diciendo que hay, evidentemente, algo subyacente en las lógicas del amor.

Es claro que la pareja y el amor están sedimentados en su filosofía con formas y lógicas de control hacia nosotras.

La cara más temible de esto **es la violencia vicaria, un tipo de violencia que utiliza la extorsión mediante el miedo y las amenazas —que muchas veces sí son llevadas a cabo— de que, si la mujer no se comporta según lo que exige el varón, les hará daño a sus hijos y/o familiares.**

La mujer, ante el terror, por supuesto sostiene y se queda. Ella —que

encima se siente culpable por haber elegido esa pareja, como si además tuviera que ser adivina

— termina sosteniendo un círculo sin salida y temiendo por el bienestar de los suyos. Mientras tanto, si va a la justicia, esta interpreta que son conflictos de pareja.

Hay razones subyacentes de por qué nos quedamos ahí en esas situaciones, más allá de las violencias explícitas que recibimos, y es que nosotras sabemos que los varones matan. ¿Todos los varones? No, por supuesto que no. Es un poco molesto tener que aclararlo siempre. Pero sabemos efectivamente que es una posibilidad ante cualquier momento en que ellos pierdan la razón. Sabemos que matan los hombres de cualquier clase social y que esgrimirán que nosotras fallamos en nuestra manera de dar amor. Seremos las culpables, incluso para los medios de comunicación, por lo tanto, no parece haber margen de salida, o al menos una esperanza de que algo nos proteja cuando estamos sufriendo conductas extorsivas.

La tensión es grande porque las amenazas están, pero

¿qué podemos denunciar? Si muchas veces, en lo concreto, no hay hechos violatorios a los códigos procesales de cada país. En ese sentido, hay una deuda enorme con las mujeres

para que estas formas de violencia sean penadas, aunque la solución, por supuesto, no acaba ahí.

Por momentos es como si viviéramos en una película de suspenso, sabemos que puede pasar pero, mientras tanto, tratamos de hacer todo lo posible para que esa violencia contenida no estalle: en realidad, lo que hay es **una violencia simbólica que involucra violencia psicológica oficiando de canal para la violencia vicaria. Es como si eligiéramos la menor de las violencias para seguir resguardando nuestra vida, o al menos un mínimo bienestar.**

Esta violencia psicológica inicial suele denominarse gaslighting o luz de gas, y es la punta del ovillo de cualquier tipo de violencia de género que podamos atravesar.

Consiste básicamente en un proceso psicológico donde las lógicas del victimario se introducen mediante conductas repetitivas: maltratos, momentos de tensión, etc., que no solo van mareando o encegueciendo a la víctima, sino que la violencia se comienza a naturalizar, muchas veces creyendo que ellas también son agresoras o que el vínculo es tóxico por igual.

De alguna manera, el agresor utiliza los sesgos de confirmación, que ya vimos en la parte I, para obtener información del entorno que le posibilite dar una «prueba»

de la percepción que él está teniendo, y justifique que la que está errada es la víctima. Por ejemplo, si ella alza la voz ante una situación de violencia, el agresor toma esa situación y le indica: «Ves, la violenta sos vos».

El gaslighting es peligroso, entre otras cosas, porque la violencia se naturaliza dentro del propio vínculo y desde el entorno. La víctima termina sintiéndose muy sola, y lamentablemente parte de no poder siquiera poner en palabras lo que está viviendo tiene que ver con que comienza a sentir que la que está equivocada es ella. Veo esta situación en los mensajes que me llegan a diario, incluso de adolescentes, chicas a quienes sus propios

padres no les creen o las tratan de exageradas, o les dicen que los vínculos entre los jóvenes son así.

La pareja como ámbito de peligro

La violencia vicaria no es solo la promesa de que se les va a hacer daño a quienes amamos, sino que es una cadena de violencias que nos hacen prever que el agresor es capaz de hacer literalmente cualquier cosa: «Te voy a quitar lo que más querés» es una de sus frases más características de esto. Los agresores se obsesionan y destinan la fuerza de la masculinidad contenida —en la que han sido educados por años, ellos y los varones de su entorno— para dirigirla hacia una mujer. Van a la justicia, plantean todos los estereotipos de la mala mujer que existen: que es irresponsable como madre, inestable, violenta, etc., y la justicia les cree.

Al final del día ellos terminan pudiendo obtener visitas judiciales —que serán los entretelones para seguir violentando a las mujeres, muchas veces como castigo por haberse separado— y, en el peor de los casos, esas visitas terminan en maltrato a los menores, la desaparición por un tiempo o el traslado geográfico de los niños, e incluso la muerte.

Durante abril de 2021, en Tenerife, España, el caso de Olivia y Anna fue portada de todos los medios. La madre de las niñas se había separado debido a la violencia que ejercía su padre. Él le juró castigo por tener una nueva pareja y secuestró a sus hijas. El castigo fue asesinarlas de una forma cruel, indescriptible y dolorosa.

Mientras la noticia estaba en la televisión, millones de mujeres la recibían entendiendo que eso también podía pasarles a ellas. Y es que cada una de estas noticias nos hace saber y nos educa en que eso puede pasarnos, y que de hecho pasa porque no hay un perfil puntual del agresor, algo que podamos advertir, sino que simplemente es algo con lo que las mujeres debemos «aprender a convivir». Una

ruleta rusa donde no sabemos qué tipo de pareja nos va a tocar, porque además muchas veces los indicios son imperceptibles, o porque la violencia simbólica y psicológica ya lleva tantos años ocurriendo que llega a un punto muy complejo como para ser desarticulada.

Sonia Vaccaro es una psicóloga argentina residente en España y ha sido quien acuñó el término **violencia vicaria.**

Con una experiencia de más de treinta años, es la voz más lúcida sobre estos tipos de violencias. Ha elaborado informes en base a más de 400 casos en los que pudo establecer **un perfil muy claro de cómo son los agresores: hombres de mediana edad —entre los 30 y los 50 años— sin enfermedades mentales.**

Esto es clave porque los asesinos no son personas con patologías preexistentes, sino que son varones educados en demostrar que pueden ejercer ese poder hacia sus víctimas.

Hay excitación en el victimario al ver que es capaz de infligir ese dolor y de generar control. No tienen antecedentes penales previos, salvo las denuncias por violencia de género, y es que este tipo de violencia no está relacionada con conductas delictivas en cualquier otro ámbito, sino con uno que los varones tienen tan naturalizado que, para las mujeres, el camino de la denuncia es muy complejo porque, además, el sistema de justicia y de seguridad tampoco ven la gravedad en estos hechos. Para el sistema, nuestras vidas y la de nuestros hijos valen poco.

La violencia vicaria es sin duda el vértice de lo que en nombre del amor han vivido muchas mujeres. Por supuesto que no todas las parejas se configuran sobre estas lógicas, pero la que sí sigue imperando en todas es la relacionada con dar mucho por amor, y esto es peligroso, sencillamente porque borra del mapa todo lo que se debe negociar en una situación vincular. **La exigencia de ser mujeres dispuestas —profundizaremos este concepto en el capítulo que sigue— nos sigue llevando a estos lugares, porque además el comienzo de una relación**

suele obnubilarnos y no nos permite ver todos los indicios que nos pueden estar advirtiendo sobre situaciones de violencia a futuro.

Creo que es fundamental ver los datos: las mujeres dentro del contexto de pareja no están seguras. Insisto,

¿todas? No, no todas, pero un porcentaje lo suficientemente representativo en todo el mundo como para que sea necesario prevenir y advertir cómo comienzan esas prácticas. Estoy segura de que las mujeres que recibieron violencia no lo vieron sino hasta mucho tiempo después. No podemos creer que, si no nos pasó, es porque somos «más astutas», un pensamiento que además vuelve a hacer recaer la responsabilidad en nosotras.

A través de estos años he visto a mujeres formadas, académicas, incluso expertas en materia de género, salir de estas situaciones rotas. Mujeres que creían que a ellas no les iba a pasar, y un día se dieron cuenta de que estaban ahí dentro. Por eso siempre es mejor tener los datos, saber cómo funcionan estas cosas, ir con aplomo en una relación estableciendo nuestras propias reglas, y **saber que, muy a nuestro pesar, incluso en la relación más amorosa, las relaciones asimétricas de género también estarán presentes, básicamente porque la sociedad está consolidada de acuerdo con estas lógicas.**

1- «La violencia contra la mujer es omnipresente y devastadora: la sufren una de cada tres mujeres», en www.who.int/es/news/item/09-03-2021-devastatingly-pervasive-1-in-3-women-globally-experience-violence.

CAPÍTULO V

Las mujeres disponibles

Cuando (la mujer) hacía las camas, la compra, ajustaba las fundas de los muebles, comía

sándwiches de crema de cacahuate con sus hijos (…) y se acostaba junto a su marido por las noches, le daba miedo hacer, incluso hacerse a sí misma, la pregunta nunca pronunciada: «¿Es esto todo?».

BETTY FRIEDAN

El concepto de la disposición de los cuerpos de las mujeres en este rol social de intercambio que mencionamos podría ser cuestionado si se contrapone con la utilización del cuerpo —es decir, de la vida— de los varones, que también han tenido que estar disponibles como fuerza de guerra o como fuerza de trabajo. Es decir, efectivamente hubo —y subsisten— divisiones sexuales y sociales que han producido jerarquizaciones en la sociedad. Pero la diferencia sustancial es que quienes han dispuesto de nuestros cuerpos para esos intercambios han sido los varones, y quienes han escrito las normas y leyes que diseñaban las conductas sociales, también.

Sin duda, en los albores de las civilizaciones no se pensó esto como un instrumento de dominación in situ, como una guerra, **pero ha ido construyendo en el imaginario social, en el saber colectivo, quiénes eran los que tomaban decisiones y quiénes las que aceptaban esas decisiones.**

Relegarnos del poder de decisión ha sido la piedra angular que aún hoy está edificada pero queremos correr.

Salir de los distintos mecanismos de control que existen sobre nosotras, en función de las relaciones asimétricas vinculadas al género, nos exige tener muy en claro los factores históricos y los que imperan en la actualidad.

Luego, es importante poder redefinir el sentido simbólico de algunas palabras como amor, poder, vínculos, afecto, etc., que nos marquen el camino real de la independencia en la toma de decisiones. Por supuesto que sería muy idealista si creyera que podemos emanciparnos de la cultura en la que fuimos educadas, y tomar decisiones por fuera de lo normativo. Pero lo que sí podemos empezar a cambiar es la falta de opciones que tenemos en la toma de

decisiones.

Cuando hablo de libertad, o en contraposición, del amor como forma de control histórica sobre nosotras, en realidad hablo de la falta de oportunidades para elegir otros caminos. Sin duda aún hoy hay limitaciones, pero es un deber social ampliar las opciones que tenemos. ¿Cómo podemos ser decididas si, como en la Antigüedad, seguimos sujetas de diversas maneras a ser una propiedad de los varones? ¿Cómo podemos ser decididas si seguimos siendo bombardeadas con las imágenes de las mujeres disponibles, que nos dicen desde chicas que la belleza —como vimos en el mito de Helena y Paris— sigue siendo nuestra forma de capitalizar el poder que tenemos y que podemos intercambiar con un varón? ¿Por qué todavía no podemos negociar de igual a igual con un hombre, y los espacios de intercambio en los vínculos se dan por un supuesto enfoque de complementariedad; es decir, lo que hace o brinda uno no lo posee el otro, etc.?

Y en este sentido, ¿qué pasa en nombre del relato del amor, cuando la mayoría de los varones se sienten absolutamente disfuncionales frente a una mujer en una posición jerárquica alta, con poder adquisitivo, y sin la

necesidad de estar agradando todo el tiempo? Por último,

¿qué cambió si siguen existiendo varones que se muestran con una mujer al lado como señal de poder y prestigio?

Probablemente muchas personas me dirán: «Es que la mujer quiere estar ahí». Bueno, mi abuela también quiso casarse con mi abuelo, y sin embargo tengo serias dudas acerca de algún tipo de decisión consciente y manifiesta de dedicarse a las tareas domésticas toda su vida, repito: toda su vida.

Es necesario que nos metamos en las preguntas que en la intimidad nos estamos haciendo. ¿Soy menos feminista si quiero una pareja? ¿Estoy menos empoderada? Y es que estas preguntas que nos hacemos están mal formuladas, por consiguiente no podemos llegar a respuestas que nos sirvan para esclarecer la realidad, o mejor dicho, las enormes contradicciones que tenemos. Las preguntas que nos debemos hacer tienen que estar orientadas a aquellas cuestiones que queremos que el amor nos proporcione y nos potencie: ¿Qué quiero que me aporte una pareja? ¿Qué estoy dispuesta a ceder y qué no? ¿Para qué quiero una pareja, para compartir o para llenar un mandato que nos dice que en pareja estamos mejor?

El problema no está en querer vincularse y tener historias amorosas, eso no nos hace menos

independientes. Lo que nos hace menos

independientes es la energía dirigida, sostenida y unidireccional hacia el amor como «carrera». La falta de diversificación de intereses es lo que marca una seudoobsesión que nos distrae, nos vuelve menos asertivas, y nos deposita en situaciones de dependencia, muchas veces generadas por nosotras mismas.

Creo con firmeza que la prohibición tácita que hoy existe para poder manifestar que **las mujeres siguen mostrándose disponibles para venderse en el mercado del amor** —jugando un poco con los términos que utiliza Eva Illouz en Por qué duele el amor (2012)

cuando habla del mercado del matrimonio— no es más que el triunfo de una cultura que tiene como prioridad los deseos masculinos, y donde está enquistada la educación que recibimos: la de las mujeres serviciales.

Este libro es sobre el poder, el dinero, el liderazgo y sobre cómo estos les son administrados, en un mundo de hombres, a las mujeres. En esos escenarios nos encontramos todas las mujeres, con más o menos oportunidades. Aunque ahora sea cool decir que somos **todas mujeres emancipadas, y que decidimos lo que decidimos porque queremos, en la práctica seguimos con los mismos problemas del pasado:** amamos mucho, amamos abnegadamente, somos inseguras en una relación, seguimos teniendo un profundo miedo a la soledad y al abandono, ocupamos gran parte de nuestro tiempo en nuestros intereses románticos y en la industria de la belleza para mantenernos jóvenes en la búsqueda de ese objetivo, y por sobre todas las cosas, relegamos casi de manera anestesiada, por un supuesto amor que nos domina, nuestras más profundas aspiraciones.

Y además, nuestra libertad de decidir no depende solo de nosotras y nuestras actitudes más o menos distantes de lo que la cultura nos ha ofrecido, sino que depende muchas veces de factores externos —que veremos más adelante—

que no podemos controlar: la violencia diaria que recibimos (desde una subestimación pequeña a un acoso callejero o una violencia física), las desigualdades estructurales económicas, la falta de acceso a la información sobre nuestros derechos sexuales y reproductivos, *etc.*

En algún momento de nuestras vidas, las retóricas de la libertad

colisionan con un contexto y una educación que reflejan esa carrera imparable que hacemos entre obsesiones y pasiones, donde terminamos distraídas por amor.

Ya vimos que las mujeres fuimos relegadas por siglos del control de nuestras vidas por parte de los varones. Pero esto

no puede ser planteado como una «guerra de sexos», porque, aunque efectivamente podamos encontrar elementos de dominación o pasividad, un análisis breve nos haría definirnos como sujetas de una elección que verdaderamente no hacemos.

Esclarecer que esto se ha dado por un intercambio del orden de ganancias materiales y simbólicas nos hace ver si realmente elegimos, ya que, al menos en los números, sostener estas formas de vinculaciones sociales ha dejado al descubierto que el amor nos empobrece, nos quita tiempo, nos obnubila. ¿Es «el amor» o son las vagas definiciones del amor que han permitido una síntesis conceptual errada y forjada en los mandatos sociales y sexuales?

Todavía el concepto de **mujeres disponibles, es decir aquellas que concentran lo que se cree por mandato que son bienes intercambiables en una mujer —**

juventud y belleza, risas y amabilidad, aceptación y entrega—, sigue imperando no solo en el universo de las relaciones, sino en lo que se nos exige, y ni hablar en el contenido curado para las redes sociales. Todavía encuentro cientos, miles de perfiles de mujeres disponibles en redes que ejercen —en general de manera no intencional— una educación constante hacia otras sobre estos bienes intercambiables, en contraposición a los que concentran los varones: experiencia, liderazgo, prestigio, dinero, propiedades, carácter, dominación entendida como una supuesta protección.

Veo a los nuevos ídolos musicales de turno o a los streamers más famosos posando vestidos con marcas caras y llenos de cadenas de oro, y al lado una mujer disponible, con poca ropa, en general más joven que ellos, a veces mucho más joven. **La corporalidad que se manifiesta también ejemplifica:** siempre son mujeres delgadas y muchas con una cantidad de cirugías inimaginables para tanta juventud. Hombres que concentran y disponen de la

distribución del dinero, y mujeres que los acompañan en sus carreras.

Observo cómo se implementó con gracia hablar de los sugar daddy y un montón de cuentas en redes de mujeres que les explican a otras

cómo atraer a un hombre con dinero. El término sugar daddy, tan en boga, remite a un concepto utilizado para definir la búsqueda de un hombre que ponga a disposición dinero —entre otros beneficios del orden material y reputacional— a cambio de una relación romántica y/o sexual, usualmente mediando una diferencia de edad importante. Daddy es el diminutivo de papito, haciendo referencia a la voz pasiva de una mujer más joven

—la hija— que le pide a su papá ciertas concesiones.

Mientras tanto, no se cuestionan las asimetrías de poder que propician estas relaciones, y sobre todo, los lugares de dependencia en los que quedamos expuestas.

Seguramente muchas y muchos se sentirán incómodos con lo que acabo de expresar, y es que de alguna forma decir estas cosas hoy se cuestiona como una mirada retrógrada. Pero me animo a meterme en estos terrenos, a riesgo de —como me han dicho alguna vez— parecer que

«subestimo» a las mujeres.

Está bien dilucidar las asimetrías, es decir, la desigualdad que aún experimentamos frente a un varón, pero también hay que mencionar a todas estas mujeres, muchísimas muy jóvenes, que juegan a ser mujeres disponibles que buscan a un hombre con dinero, descansando en las luchas históricas de aquellas a quienes la ley no las amparó absolutamente en nada.

Hay que hablar y problematizar las decisiones de muchas mujeres a permanecer en esos lugares. Decisiones que, por supuesto, considero que parten de una educación, como explico en (Mal) Educadas, que tiene poco de elecciones emancipadas. Por eso es indispensable analizar cómo decidimos, y con qué recursos lo hacemos.

No se trata de juzgar, ni de generar una guerra entre nosotras, pero hay que entender cuáles son las modas en estos relatos que generan una especie de contradicción colectiva, donde por un lado hemos armado una narrativa relacionada con el empoderamiento, la libertad y la emancipación, y por el otro lado no educamos a otras mujeres para que generen su propia concentración de bienes de intercambio —como definí más arriba—, sino que volvemos a plantear una complementariedad del orden de la supervivencia, como en la Antigüedad, pero con una diferencia: ahora parece que esa disponibilidad es consentida, porque las leyes nos dan la libertad para

hacerlo.

Sospecho de estos nuevos esquemas porque sé que los cambios sociales llevan mucho tiempo —y sobre todo los que necesitan erradicar desigualdades sociales— y sospecho de la supuesta libertad que disfraza a este discurso.

En lo personal, soy partidaria de que las limitaciones estén al descubierto, porque de todas maneras saldrán a la luz todos los días: así lo muestran las estadísticas que nos hablan de que tanta lucha no ha tenido aún resultados tan significativos si la medimos en función de la cantidad de años que llevamos vociferando esto.

Lamentablemente, al final del día las asimetrías de poder en las relaciones no nos van a poner en un lugar ni de prestigio ni de privilegio. Van a salir a la luz, y a veces de la peor manera, en la peor de las estadísticas. Es urgente que las mujeres capitalicemos otras cosas en esta sociedad y dejemos de estar distraídas en lugares, situaciones y consumos que no nos van a depositar en lugares de poder, o no nos van a ampliar los abanicos de posibilidades.

Me parece importante seguir visualizando cómo se sigue conservando una educación del pasado en este estar disponibles, seguir puntualizando sobre la enorme oferta que ofrecemos —como un conocimiento concentrado— en el

arte de ser geishas, buenas amantes, bellas, diosas, y dejar al descubierto cuánto de esto no solo no rompe con el pasado sino que lo reproduce.

Parte III

Sexo. La puerta hacia la libertad que

no fue

Cuando conocí a Facundo en una app de citas ya era activamente feminista y con formación suficiente para conceptualizar palabras como deseo, consentimiento y placer. Facundo era abogado y fiscal, había quedado huérfano a temprana edad. ¿Qué podría hacerme un adulto huérfano desesperado por buscar afecto y mostrarse cariñoso?

Es extraño cómo muchas veces forzamos relatos y sacamos conclusiones que se ajustan en realidad a lo que queremos creer. De un momento al otro se borra toda la información que está en nuestras cabezas sobre lo que vivimos las mujeres a diario, y de alguna forma seguimos creyendo que «a nosotras no nos va a suceder».

Subimos a su departamento y me invitó a tomar algo en el sillón. Empecé a molestarme, esa noche quería estar en mi casa. Me impuse, agarró las llaves y prometió llevarme.

Nos dimos algunos besos que rápidamente escalaron a sus manos manoseando mi cuerpo sin ningún tipo de construcción de la reciprocidad o el deseo sexual que yo hubiera podido manifestar. Pero en ese momento no lo vi, y no me importó, porque Facundo me gustaba y yo prefería pensar que era yo la exagerada que no entendía que él no podía resistirse. Con sus manos ya en cualquier lado fui hacia la puerta y le dije que me llamara un taxi. Finalmente me llevó a mi casa.

En algún momento, durante el camino, pensé por qué me había expuesto a eso, pero preferí seguir construyendo la narrativa romántica de sentirme deseada y considerada

«única» ante su mirada. Facundo me hacía sentir que yo era un descubrimiento para él, y el sentirme deseada me hacía sentir deseo a mí.

Salimos un par de veces más y tuvimos sexo otras tantas. Había que insistir —siempre— en que se pusiera el

preservativo o en que no me penetrara durante el juego previo sin protección. Nada de eso me parecía ni violento ni molesto. A decir verdad, la mayoría de las veces que me había vinculado con varones de forma sexual había existido ese momento de tensión donde yo debía sugerir la puesta del preservativo.

Es algo ya cuasi consensuado socialmente que sucede, y elegimos pensar que es normal que sea así. No importa cuántos abortos tengamos, cuántas infecciones de transmisión sexual hayamos contraído nosotras o nuestras amigas, no importa cuántas veces tuvimos miedo de estar embarazadas por un atraso… en ningún momento

relacionamos eso con las situaciones recurrentes en las distintas prácticas sexuales donde el preservativo se usa de principio a fin solo si la mujer insiste.

Lamentablemente, cuando mis lecturas sobre feminismo y prácticas sexuales lograron converger y atravesar lo que estaba pasando con Facundo, fue demasiado tarde. Había algo que no me cerraba, pero en general preferimos sospechar de nosotras mismas y nos miramos con los mismos sesgos que nos mira el mundo: pensás que sos vos la exagerada, la que está mal, y seguís adelante.

Aquella última noche fui a la casa de Facundo y, mientras teníamos sexo, insistió de forma explícita en tener sexo anal. No tenía interés en ese momento y le pedí que por favor continuáramos de otra manera.

El manoseo seguía, como en aquella primera cita, y me sentí visiblemente incómoda, pero no me animé a interrumpir la relación sexual. Estamos tan educadas en que el amor y la historia romántica funcionen que forzamos incluso situaciones de alerta y decidimos muchas veces no ver. Aún recuerdo como él me dio vuelta en la cama, con mi cara contra la almohada, y me penetró a la fuerza analmente, en un microsegundo que no me dio tiempo ni de sospechar la maniobra que haría.

Había vivido muchas violencias con varones, como todas las mujeres, pero esa situación solo se comparaba con cuando mi primer novio me forzó a hacerle sexo oral, porque eso es lo que hacían las buenas novias y no una virgen como yo.

El alarido de dolor asustó a Facundo y automáticamente comenzó a pedirme perdón porque no se había dado cuenta. No esperé a escuchar sus excusas, me vestí y me fui. Al día siguiente lo hablé con mi hermana y una amiga, que me dijo con claridad: «Flor, eso es una violación». Los límites entre el consentimiento y esa práctica quedaron muy claros, pero a la vez muy difusos de transmitir a quienes no entienden las violencias que vivimos en situaciones que no son las que esperamos convencionalmente. A Facundo lo bloqueé y por suerte nunca más me lo crucé.

Las herramientas que tenía hasta ese momento no me ayudaron a evitar esa situación, pero sí me ayudaron a entender lo que me había pasado y a no quedarme pegada a ella de forma traumática. También me ayudaron a entender que **el camino de la denuncia es solo uno de todos los caminos posibles y eso no significa que el hecho haya sido menos grave o no haya sido relevante en mi historia personal, psíquica y emocional**.

Dadas mis opciones en ese momento, yo elegí hacer algo distinto con lo que me había sucedido. Conté esto una vez públicamente y lo que muchas me preguntaban era si no me daba vergüenza. ¿Por qué habría de sentir vergüenza de tener sexo, de decir que en ese momento no quería realizar determinada práctica o de que me penetraran analmente?

¡Aún hoy hay países cuyas legislaciones obligan a las mujeres a casarse con sus violadores para no perder el estatus social y caer en desgracia! Ellos violan y abusan y ni siquiera tienen el peso de la vergüenza encima.

Para mí, contar esta historia —y otras— con la frente en alto es un acto de resistencia y de orgullo de una magnitud

enorme. Por eso también recuerdo cuando Matías se sacó el preservativo en pleno acto sexual y no me avisó, o cuando Marcos eyaculó adentro dejándome embarazada y exponiéndome a un aborto a los 16 años. Recuerdo las veces que le tuve que insistir a Sergio para que se pusiera un preservativo y —como en ese momento era bastante más ignorante— la vergüenza que me daba hacerlo. Y la cita con Agustín, que me manoseó en su casa, mientras yo reía y forzaba simpatía porque no entendía que no quería tener sexo, y esa situación me daba mucho miedo.

Son muchas las prácticas que recuerdo, mías y de mis amigas. Sin embargo, cuando las expresás, la gente se muestra sorprendida. Sigo sosteniendo que es extraño, todas y todos conocemos mujeres que han atravesado estas violencias pero —como dice una frase que circula últimamente— ninguna conoce en su círculo a un hombre que lo haya hecho… ¡No dan los números!

La sexualidad y el sexo no lo vivimos de igual manera hombres y mujeres, se configura de forma distinta a partir de que somos nosotras las educadas para estar disponibles y ser las femme fatale que permiten todo. Lo que decidimos a la hora del sexo también está determinado por la información que se nos brinda y es mi deseo

profundo brindar herramientas para que cada mujer pueda vivir una vida plena en lo sexual, con un marco en la construcción de consentimiento gradual y recíproco.

Además, la sexualidad no son solo las prácticas sexuales, también abarca otros aspectos, como la salud sexual y reproductiva, y las barreras que tenemos en su acceso. Por eso desnudar cómo vivimos la sexualidad en función de lo que decidimos, y el porqué de esas decisiones, es fundamental para tener mejores experiencias en estos aspectos.

CAPÍTULO I

La brecha orgásmica

Aun cuando las mujeres no quieren «ir a la cama»

con alguien —porque son vírgenes, porque no

están excitadas, porque tienen temor de quedar embarazadas, porque sienten repulsión hacia su cónyuge, por cualquier razón—, de todas maneras en muchas situaciones lo hacen.

MARCELA LAGARDE Y DE LOS RÍOS

El rol sexual que cumplimos las mujeres es la otra cara de la misma moneda: de un lado las que cuidan, del otro lado las disponibles sexualmente. A veces cumplimos con ambos roles, a veces los varones tienen la posibilidad de abastecerse de un harén de mujeres: las esposas cansadas que cuidan full time, y las amantes —a través del consumo de prostitución, o no—, que sirven para mantener ese mandato de la masculinidad que les exige altos estándares en sus performances sexuales.

Por supuesto que esto no es absoluto, pero sí es el modelo heredado desde la Antigüedad. Es cierto, las mujeres en algunas partes del mundo ya no sujetamos nuestro deseo sexual a las convenciones institucionales, pero la novela construida en nuestra cabeza por las narrativas de qué es el amor y de cómo debemos conquistarlo aún están presentes en cómo decidimos tener sexo, con quién y con qué frecuencia.

Lamentablemente esto es tan prevalente aún hoy en día, aunque se hable de revolución sexual de las mujeres, que **los datos nos arrojan resultados esclarecedores de cuánto más predominante sigue siendo el seguir disponibles como objetos de placer que como garantes de nuestro propio deseo y cuidados personales**. Mientras la ecuación sobre estas dos cosas siga siendo tan desequilibrada, permítanme sospechar que más que de libertad hay que hablar de transformación de los mandatos a los cuales seguimos sometidas. Sí, sometidas.

Durante 2018 se publicó un estudio en Archives of Sexual Behavior (1), realizado a más de 50 000 adultos en Estados Unidos sobre expresiones que indicaban la afirmación de los distintos encuestados sobre el placer sexual. Los hombres heterosexuales fueron más

propensos a afirmar que usualmente siempre tienen orgasmos en sus relaciones sexuales en un 95 % de los casos. Los hombres homosexuales lo determinaron en un 89 %, seguidos por los bisexuales en un 88 %. En el caso de las mujeres lesbianas, en un 86 %, las mujeres bisexuales en un 66 %, y **por último las mujeres heterosexuales, que tienen orgasmos apenas en el 65 % de los casos**.

A esta distancia entre hombres y mujeres heterosexuales se la denomina «brecha orgásmica» u Orgasm Gap por sus cifras en inglés. En el mismo sentido, en agosto de 2017, la marca de preservativos Durex realizó un estudio sobre las relaciones sexuales, del cual resultó que el 75 % de las mujeres encuestadas de los Países Bajos y Bélgica no tiene un orgasmo durante el sexo, mientras que solo el 28 % de los hombres dice que no siempre alcanza el clímax. **Es decir que tres de cada cuatro mujeres belgas y holandesas no han tenido orgasmos durante sus relaciones en pareja** (2). Y esto lo podemos extrapolar con cifras similares, sin duda, a cualquier otro país.

Las razones son varias. Una de ellas podemos encontrarla en la industria del porno y en cómo, ante la falta de educación sexual, se erige como escuela fundamental en los primeros años donde se inician las relaciones sexuales.

La mayoría de las prácticas sexuales que nos ofrece el mundo del entretenimiento están orientadas y centradas al placer y los deseos del hombre. Durante 2018, el famoso sitio de contenido erótico y pornográfico Pornhub publicó sus estadísticas de consumo. Por año, unos 92 millones de personas consumen porno y en el sitio hay más de 115 años ininterrumpidos de contenido. El 61 % de su público son personas de 18 a 35 años, un dato que posiblemente no tenga en cuenta —por las restricciones de edad— que su consumo se da cada vez a edades más tempranas. En cuanto a la segmentación por sexo de sus consumidores, las mujeres representamos el 26 % de las usuarias de ese portal, algo bastante menor a la representación del 74 % masculina.

Dentro de las categorías buscadas, la diferencia entre hombres y mujeres también se hace notar. Mientras ellas buscan contenidos relacionados con el sexo entre mujeres, ellos buscan las denominadas «categorías interraciales» y existe una fuerte preponderancia en los conceptos de teen, daddy o baby, así como también raped —violación — o

«dormida». Las reflexiones no tardan en aparecer. Las mujeres

heterosexuales buscan un porno donde su placer sea protagonista, y también alejarse de la enorme exposición a contenido violento que hay en esos sitios hacia nuestros cuerpos.

Pero lo que se nos ofrece también está condicionado, porque incluso técnicas relacionadas con el BDSM (3) o con

categorías como el HardCore tampoco están orientadas a la excitación de las mujeres como espectadoras o como protagonistas activas, deduciendo que per se nos interesa ocupar el rol de sometidas o que las mujeres consumimos porno más soft porque somos más emocionales y

románticas. Si queremos consumir contenido con nosotras como ejecutoras de un sexo que podríamos llamar más intenso en algunas prácticas —a veces nosotras también queremos ser el Sr. Grey—, también nos veremos restringidas en la oferta de ese contenido.

La radiografía del consumo del porno, la información que se nos brinda —y la que se nos restringe—, el lugar donde se nos pone y, sobre todo, ver lo que consumen los varones **habla de cómo se vive la sexualidad socialmente, pero también habla de una educación en lo que nos debe excitar y en cómo nos tenemos que comportar.**

La pantalla nos enseña cómo deben ser nuestros cuerpos, cómo debemos gemir, cómo debemos actuar hombres y mujeres a la hora de tener sexo. **La escuela en la construcción del erotismo nos atraviesa a temprana edad, marca de forma determinante los roles, pero sobre todo restringe nuestra libertad debajo de las sábanas.**

Violar como mandato

Me parece fundamental, pese a que no encontré datos significativos, mencionar la enorme disponibilidad que existe de contenido porno con dramatizaciones de violaciones, mujeres dormidas, padres y profesores que les

«enseñan» prácticas a chicas muy jóvenes que al principio se muestran reticentes, *etc.* Un porno consumido masivamente, sustentado sobre la base de las asimetrías de poder, muchas de las cuales incluso atraviesan lo penal, claro. Sobre estas categorías de consumo en el porno no hay datos concretos por una necesidad imperiosa de las compañías de que su nombre no quede asociado a estas prácticas, pero son las que se ven con mayor disponibilidad de contenido y mayor número de reproducciones en este tipo de sitios.

Y no es que no entienda que en el ámbito de las fantasías eróticas el mundo material y por supuesto el jurídico se desdibujan, sino que quiero resaltar cómo esto enseña desde temprana edad a los varones sobre cuál es el rol de la masculinidad y lo que los tiene que excitar. No son casualidad las causalidades encontradas entre lo que los varones consumen en el porno y el mundo real. Por ejemplo, en Medio Oriente y en África del Norte, entre el 40 y el 60 %

de las mujeres han experimentado acoso sexual en la calle.

En el estudio multipaís, las mujeres afirmaron que el acoso consistía principalmente en comentarios sexuales, persecución o seguimientos, miradas fijas o morbosas. Entre

el 31 y el 64 % (4) de los hombres dijeron haber realizado tales actos. Actos que tienen que ver con lo intimidatorio y con la imposición de su poder en la vía pública. La violencia sexual en todo el mundo es feroz, y en la pantalla se transforma en fantasía, una fantasía masculina que a nosotras en el mundo real, en el peor de los casos, nos mata.

Rita Segato, en su libro La guerra contra las mujeres (2016), lo deja muy claro: los varones obedecen a un mandato de masculinidad que refiere a la potencia, y la forma de detentar ese poder para ponerlo a prueba con otras miradas de autoridad, que también son masculinas, es a través de la utilización del cuerpo de las mujeres. A la inversa, el deseo femenino se construye mediante la rendición y la aceptación de

prácticas sexuales no propuestas por nosotras. La industria del sexo no está sola, existe porque tenemos una educación basada en el excesivo erotismo y en la desnudez a mansalva de las mujeres, a través de la idea de que eso es «empoderante».

Aclaro que no tengo ninguna consideración especial sobre el uso del cuerpo como conductor erótico, sino que critico que todo esto forma parte de una educación relacionada con disponer de nuestro cuerpo para el placer externo, o de que

los varones dispongan de nuestro cuerpo más allá de nuestro consentimiento.

Hay algo de la construcción de sentido que estas prácticas tienen, que se decodifican como la capacidad de dotar de poder o de fuerza a las mujeres, pero terminan construyendo un espejismo sobre un supuesto mundo que nos pertenece y que en los datos lo único concreto es que parece que solo tenemos destinado el protagonismo como musas. Hoy se cree cool que estemos exponiéndonos en portales como Only Fans, o vendiendo fotografías nuestras cada vez a edades más tempranas, porque se nos vende que la pantalla funciona como una barrera de seguridad, y lo más grave es que sobre todo las mujeres menores de edad lo creen.

En Holanda, el fenómeno denominado loveers (amantes) consiste en la captación de mujeres adolescentes por parte de varones apenas unos años más grandes. Estos varones las enamoran, construyen vínculos de confianza y luego les piden a las víctimas asociarse con ellos por «amor»

esgrimiendo conflictos económicos, les piden un «sacrificio»

—no hace falta que aclare lo construida que está la idea del uso del cuerpo de las mujeres como «sacrificio» y «prueba de amor» hasta el día de hoy—. Este esquema es común y se puso de moda por una razón: Holanda tiene legalizado el ejercicio de la prostitución, y pese a que no permite esta actividad en menores de edad, hay algunas lagunas para que los proxenetas no puedan ser penados. Los loveers comienzan a involucrar a las víctimas en drogas e historias falsas alrededor de los 16 o 17 años, y a los 18 el Estado holandés ya no las considera víctimas, sino que asume que actuaron con su consentimiento ya que las relaciones de prostitución se daban entre ellas y sus parejas, vendiéndoles el servicio a terceros.

Durante 2017 el diario El Confidencial (5) de España publicó una

investigación con la voz de víctimas que años después decidieron hablar y pudieron ayudar a los

investigadores a dilucidar cómo era la metodología de captación. Allí, una de ellas relata que un señor mayor, un día y supuestamente de forma desprevenida, le ofreció a ella, delante del novio, tener sexo a cambio de muchísimo dinero. El novio le dijo: «Hazlo, no tiene nada de malo», y ella, bajo el efecto de las drogas, de las cuales se había vuelto dependiente ya hacía tiempo porque su novio se las suministraba, cayó rehén de esa red. Tiempo después él no la dejaba salir de la casa, y el dinero jamás pasaba por sus manos. **Todas las víctimas esgrimen haber comenzado con estos varones porque eran chicos «cool», que las hacían sentir con poder.**

Es importante saber, por otro lado, que la cultura de la violación también tiene en cuenta que puede existir la decisión de tener sexo, pero no necesariamente construida sobre la base del placer mutuo o la excitación. Según los datos de la brecha orgásmica, las mujeres no están llegando al orgasmo con sus parejas sexuales, lo que no siempre significaría no sentir placer, pero entre los números de la violencia sexual que las mujeres recibimos en todas partes del mundo y los que reflejan que los varones, para excitarse, buscan en el porno categorías basadas en una gran asimetría de poder con las mujeres, hay una verdad que sale a la luz. **Pese a un montón de avances, en el campo de lo sexual nuestros deseos siguen estando relegados,**

básicamente porque se educa a los varones en que les excite que justamente nosotras estemos en una posición de subalternidad y no de disfrute.

Beatriz Preciado, en su libro Manifiesto contrasexual (2011), explica de forma muy concreta esto: «Los roles y las prácticas sexuales que naturalmente se atribuyen a los géneros masculino y femenino son un conjunto arbitrario de regulaciones inscritas en los cuerpos que aseguran la explotación material de un sexo sobre el otro».

Quiero que quede claro que estas no son afirmaciones con tintes morales sobre lo que nos debe excitar a través del binomio «lo que está bien y lo que está mal». Estos son datos que nos demuestran que, efectivamente, lo que decidimos que nos excite tiene mucho de educación que absorbemos pasivamente no solo a través de la industria del porno, sino de la industria del entretenimiento en su conjunto, y se transforma en una práctica que tiene más de performance y coreografía que de encuentro con el otro y con ¡una misma!

Es lógico que nos sintamos con poder sexual cuanto más geishas nos mostremos en la cama, priorizando el placer del otro, si todo lo que vemos alrededor nos ubica como objetos y no como sujetos deseantes, incluso aunque estas prácticas efectivamente las deseemos.

Al final del día, fingimos un orgasmo y una sonrisa de satisfacción que nunca ocurrieron. La brecha orgásmica es una realidad, y las explicaciones que han tratado de dar la psicología o la medicina sobre una supuesta anorgasmia natural en las mujeres no han hecho más que

sobremedicalizar y estigmatizar una supuesta respuesta femenina que no es más que el síntoma cultural de la falta de atención que se les da al cuerpo de las mujeres y su placer durante el sexo.

No somos más complicadas, somos diferentes La sexóloga argentina Cecilia Ce, en su libro Sexo ATR: A todo ritmo (2019), explica que la anorgasmia ocurre por la falta de información sobre la anatomía femenina y sobre cómo estimularla. Una de las diferencias más grandes que tenemos con los varones es el desconocimiento que existe sobre el funcionamiento de la vulva y la vagina, ya que en muchos casos las mujeres ni siquiera pueden definir la diferencia entre ambas.

La construcción del erotismo y la excitación durante el acto sexual se ha centrado en una mirada exclusivamente relacionada con la penetración y esto ha borrado del mapa del encuentro al clítoris y toda la superficie vulvar, que necesita de tanta estimulación como el pene. ¿Te gusta cómo te penetro?, ¿Te gusta que te duela?, ¿La sentís? son diálogos que se dan en la vida real y en el porno, acompañados de un primer plano de la cara de dolor de ella, o una cara infantilizada, y otro plano del mete-saca entre el falo y la cavidad vaginal, que está exhausta e irritada ante la ausencia de estímulos acordes a su propio placer.

La anorgasmia femenina es básicamente la culpa que se echa sobre nosotras de lo que el mandato de la masculinidad no tiene permitido aprender: a excitarnos. **Por eso es tan importante volvernos sujetas activas de nuestra sexualidad. Esto comienza, en principio, por dejar de fingir orgasmos, asumiendo el peso que nos genera sentir que el otro pueda pensar que somos**

«frígidas». Nosotras sabemos cómo gozamos; de hecho, los estudios sobre la brecha orgásmica encuentran que en la masturbación tanto hombres como mujeres no tienen distancias significativas respecto al

alcance de orgasmos.

Tenemos que volvernos decididas para pedir lo que deseamos y para eso debemos conocernos. No nos merecemos menos.

El erotismo de la sumisión

Lo erótico surge como algo del orden de lo social pero también de lo particular. **Lo que construye erotismo, lo que nos excita no está escindido de lo que se nos ofrece para esa excitación.** Con esto quiero decir que mucho de lo que nos hace sentir atraídas y atraídos por otra persona tiene más que ver con la información social que nos

es dada sobre qué es lo que nos debe gustar antes que con una verdadera búsqueda personal.

Por ejemplo, si yo veo videos donde las mujeres son mostradas como diosas en la cama, y donde los hombres están excitados, esto representa un modelo muy determinado de comportamiento y, por supuesto, de imagen corporal: es probable que sienta excitación conforme más se asemeje mi propia experiencia —e incluso mis propias fantasías— a esas prácticas en las que fuimos educadas a través del porno.

De la misma forma los varones, educados para exaltar la masculinidad mediante el sometimiento de las mujeres en la cama, y sobre todo para centrarse en su propio placer, seguramente se sientan excitados al cumplimentar ese mandato, porque reproducir esas prácticas opera como un mecanismo de recompensa social, es decir, recompensa del sentimiento de pertenencia al grupo de varones, a la masculinidad exigida.

Sentir que estamos cerca de lo que se espera socialmente y de lo que se decodifica como «éxito», por supuesto, excita. No solo sexualmente, sino la excitación que se desprende de quien logra reproducir un modelo de comportamiento muy puntual, muy determinado.

Para ejemplificarlo: hace un tiempo dialogué en mis redes sociales sobre esto y me sorprendió la cantidad de mujeres que referían no tener deseo sexual porque no se sentían atractivas. Es decir que lo que las atraía era ver cómo eran consideradas por el otro. En este sentido, todas y todos nos sentimos más cómodos cuando la mirada del otro nos refleja deseo, **pero que la excitación de las mujeres esté determinada por el hecho de ubicarse en un lugar de deseabilidad borra la propia construcción que podemos hacer como agentes también de deseo**.

Destruye de un plumazo la propia agencia sobre nuestras vidas, sobre la búsqueda y la decisión de qué es lo que nos excita y, sobre todo, lo que no nos gusta.

Que quede claro, es cierto que todas y todos estamos determinados por las expectativas sociales, pero **los varones no tienen la presión social de ser deseables para tener sexo.** Las razones de esto son muy claras: a ellos se los educa para que el sexo —conseguirlo— sea una forma de demostrar su poder; a nosotras se nos educa para ser las conquistadas, las deseadas. **Nuestro poder se centra en cuanto más deseadas seamos sexualmente, y el vehículo para lograr eso es nuestro cuerpo**. Desde chicas aprendemos que nuestro cuerpo tiene un valor de seducción, y que si no lo tiene —porque no se lo considera atractivo— nuestra responsabilidad será transformarlo en un cuerpo deseado. De ahí en más, hay billones de videos en Tik Tok que funcionarán como pedagogía en la escuela de la seducción, como pedagogía acerca de lo que tendrá que atravesar una mujer preadolescente para mostrarse erótica y atractiva.

Por supuesto que esta es una radiografía de cómo funcionan los mandatos en la superficie. Por debajo no hay verdaderamente algo del orden del poder y la autonomía de las mujeres en el ejercicio de ser deseadas, así como tampoco lo hay en el mandato de que tener más sexo es tener más libertad. Veo con preocupación que las mujeres encontremos excitación y afirmación en nuestros deseos cuando solo cumplimentamos el placer del otro. **Esto refleja una lobotomía total que disocia nuestras pulsiones más profundas de los modelos sociales, donde lamentablemente estos últimos ganan la pulseada.**

1- Frederick, D. A., y otros, «Differences in Orgasm Frequency Among Gay, Lesbian, Bisexual, and Heterosexual Men and Women in a U.S. National Sample», Archives of Sexual Behavir 47, 273-288, 2018, en doi.org/10.1007/s10508-017-0939-z.

2- «La brecha orgásmica: qué es y por qué ha llegado el momento de decirle adiós», Harper's Bazaar, agosto, 2018.

3- Sigla en inglés que incluye diferentes prácticas sexuales relacionadas con el establecimiento de roles de poder. La B significa bondage, o esclavitud en español; la D, dominancia; la S, sadismo, y la M, masoquismo.

4- Hechos y cifras: Poner fin a la violencia contra las mujeres, en www.unwomen.org/es/what-we-do/ending-violence-against-women/

facts-and-figures.

5- «Los “loverboys” que prostituyen a menores en Holanda aprovechando un vacío legal», El Confidencial, 2017; en www.elconfidencial.com/mundo/2017-08-15/explotacion-sexual-loverboys-holanda_1428973.

CAPÍTULO II

La información es placer

Ninguna mujer tiene un orgasmo

abrillantando el suelo de la cocina.

BETTY FRIEDAN

Es verdaderamente increíble que, con todos los datos que existen hoy en día sobre la violencia que recibimos, las sociedades naturalicen las probabilidades que tenemos en todo el mundo de recibir violencia de cualquier tipo en una relación heterosexual.

Como vimos, nosotras aún estamos esperando algo del orden del romanticismo, la empatía y la construcción del consentimiento en nuestras primeras experiencias sexuales, pero muchos varones, por la escasa educación sexual que reciben, no podrán responder con reciprocidad, o lo que es peor, responderán con la educación basada en la violencia como práctica asociada al erotismo.

Nos enseñan a mostrarnos decididas en la cama, pero nadie nos da la información que necesitamos para que esas decisiones sean genuinas. Si no hay deseo, no hay decisión. Si no hay información, no hay elección.

Creímos que tener sexo por fuera del matrimonio era una conquista para nosotras, pero la realidad es que no ha cambiado sustancialmente el rol en el que nos han puesto históricamente si todavía no nos animamos a exigir el uso

del preservativo, o tenemos miedo de negarnos a determinada práctica sexual porque eso demostraría que somos malas esposas, novias o malas amantes. Creímos, y todavía sostenemos, que la revolución sexual de las mujeres era poder acceder a las prácticas sexuales con la misma libertad con la que acceden los varones, pero nosotras quedamos más expuestas a enfermedades, a situaciones violentas dentro del sexo, a ceder nuestra propia integridad, y por supuesto, a ni siquiera disfrutar.

Obviamente, esto no nos pasa todo el tiempo, ni a todas, pero incluso aquellas que más disfrutan del sexo tienen en algún momento miedo de que alguna de sus parejas sexuales pueda ser un potencial violento. **Si no tenemos las mismas condiciones frente a lo sexual, no hay**

libertad de la que podamos empezar a hablar, ni verdadera transformación de los mandatos.

Seguimos siendo las geishas, las cortesanas, las concubinas, porque mientras nosotras aprendimos —a través de las revistas femeninas, por ejemplo— a desplegar una serie de «técnicas infalibles» para el otro, los varones siguen sin preocuparse demasiado en hacernos sexo oral o en tomarse el tiempo que merece nuestra estimulación.

Dentro de los recursos con los que no contamos para vivir el sexo tranquilas se encuentra, sin duda, el acceso a la información, o a una información que sea correcta. **Es importante entender que no contar con información, no abordar nuestra salud sexual y reproductiva restringe el placer de y con nuestro cuerpo, lo encorseta y ahoga.**

Disfrutamos plenamente con información y con cuidados. Nuestro bienestar, no solo sexual, sino el de la salud integral, del afecto hacia nosotras mismas, de cómo ocupamos los espacios corporalmente, de cómo nos percibimos y consideramos, es fundamental para construir mujeres cuyo acceso al placer no se vea coartado por el miedo, el desconocimiento o la simbiosis con el mandato.

El disfrute sexual va de la mano de información sobre nuestra salud sexual y reproductiva, pero muchas mujeres, a la hora de realizarse controles ginecológicos, atraviesan muchísima vergüenza y miedo. La primera razón tiene que ver con esa educación sobre que hay algo en nuestra vulva y vagina que está mal.

No es solo desnudarnos en el sentido figurado de la palabra, es quedar expuestas ante la mirada del otro u otra:

¿y si doy olor? ¿Y si estoy sucia? ¿Y si mi vulva y vagina son feas? ¿Y si me dice algo porque tengo vello púbico? Pero también el miedo a ser juzgadas: ¿soy una puta por ir a la ginecóloga siendo chica? ¿Y si se da cuenta de que ya no soy virgen? ¿Cómo le digo que soy virgen y que no quiero que me introduzca el espéculo?

Por último, también tenemos miedo a la violencia médica. **La violencia ginecológica son aquellas prácticas que pueden implicar una atención o un tratamiento deshumanizado, el uso de**

procedimientos innecesarios o intencionalmente dolorosos, la sobremedicalización, o la subestimación de problemáticas, los comentarios desubicados, *etc.*

Muchas veces se combina con otras violencias, como situaciones abusivas sexualmente por parte de profesionales varones. Sabemos que pasa, y no solo eso, es muy posible que conozcamos a alguien a quien le haya sucedido. Eso al final del día nos pesa, esas historias construyen nuestra propia historia, y nos inhabilitan a priorizar nuestra salud. De nuevo, como protagonista, el miedo.

La violencia ginecológica también abarca la violencia

obstétrica (1). Los datos del Observatorio de Violencia Obstétrica en España reflejan que casi un 40 % de mujeres identifica haber sufrido este tipo de violencia, aunque se sospecha que ese porcentaje es todavía mayor.

Un 44,4 % considera que fue sometida a procedimientos innecesarios o dolorosos y, de estas, un 83,4 % no los había

aceptado mediante un consentimiento informado. De hecho, algunos estudios muestran que este consentimiento apenas se practica. En la Argentina, la tasa de episiotomías es del 90 % pese a que la Organización Mundial de la Salud recomienda que no supere el 10 %. En los Países Bajos la episiotomía se practica en menos del 8 % de los casos, y en Inglaterra, del 1 al 7 %.

Durante los controles ginecológicos u obstétricos, muchas veces no contamos con información, se nos restringe nuestro derecho a saber lo que harán con nosotras, o se nos subestima por las preguntas que hacemos. Esa mirada distante que busca empequeñecer a las mujeres en el derecho que tienen a contar con información clara, es violencia, como también lo son las prácticas sobre sus cuerpos sin consentimiento que muchas veces ocurren por parte de profesionales.

Datos que dan miedo

Durante 2020 se publicó un estudio denominado Tracking women's decision-making for sexual and reproductive health and reproductive rights, dirigido por la agencia UNFPA, un organismo de las Naciones Unidas sobre salud sexual y reproductiva (2). La publicación buscaba generar una evaluación sobre los objetivos de desarrollo que buscan reducir las brechas de género.

El informe midió en 57 países las siguientes tres variables: atención de la salud reproductiva, uso de anticonceptivos y decisiones tomadas por las mujeres durante las relaciones sexuales. **Los resultados distan mucho de un empoderamiento de las mujeres en materia sexual**. Respecto a los niveles en la toma de decisiones de las mujeres sobre salud sexual y reproductiva solo el 55 % de las mujeres casadas o unidas, de entre 15 y 49 años, toman decisiones autónomas. Los tres factores mencionados que se midieron encontraron

variaciones dependiendo de la edad, la edad al primer matrimonio, el nivel de educación, la riqueza, el lugar de residencia y la región. Los datos revelan grandes disparidades entre regiones. En África Central y África Occidental menos del 40 % administraba sus decisiones en estas áreas, mientras que, por ejemplo, en algunos países de Europa ese índice subía al 80 %.

Los indicadores demostraron que, si bien las mujeres parecen tener más autonomía en la decisión de usar métodos anticonceptivos, por ejemplo, solo tres de cada cuatro mujeres pueden decidir por sí mismas el cuidado de la salud o decir no al sexo. Entre los 57 países con datos, Ecuador tiene el mayor nivel, con un 87 %, seguido por Filipinas y Ucrania, donde el 81 % de las mujeres casadas o unidas deciden el cuidado de la salud sexual y reproductiva por sí mismas. En países como Malí, Níger y Senegal se encontraron los niveles más bajos, donde menos del 10 %

de las mujeres casadas o unidas participan en las decisiones sobre salud sexual y reproductiva.

El aumento de los niveles de educación ha sido la principal variable que ha generado diferencias significativas en el acceso de las mujeres a mayores o menores niveles de independencia en la toma de decisiones en materia sexual y reproductiva. Recibir al menos

educación primaria impulsa a las mujeres a ser más autónomas en sus decisiones, teniendo un 38 % más de probabilidades de acceder a información respecto a las mujeres que no tienen ese nivel de formación básico. Se demostró que las mujeres a partir de los 24 años se vuelven más autónomas en sus procesos de decisiones; es decir que las mujeres más jóvenes se encuentran más vulnerables a perder niveles de autonomía en estas áreas, y esto se acrecienta si contrajeron matrimonio, se embarazaron o conviven antes de los 18

años.

Los niveles de ingreso no han tenido un efecto significativo respecto a la autonomía de las mujeres en las

decisiones respecto a su vida sexual y reproductiva, como sí lo tuvo la variable educación. Es decir que las mujeres pobres que acceden a niveles de formación pública gracias a los Estados presentes pueden alcanzar niveles de emancipación en torno a estas áreas similares a los de una mujer con mayores recursos económicos. Otra variable que no influyó demasiado ha sido la exposición a medios de comunicación, ya que no se encontraban variaciones significativas entre las mujeres que vivían en entornos rurales o en ciudades.

Los resultados son muy claros: solo el 62 % de los países informantes cuentan con leyes, reglamentos o políticas que hacen de la educación sexual un componente obligatorio de la currícula escolar. Solo el 79 % de los países encuestados tienen leyes o reglamentos que garantizan el acceso a la atención postaborto independientemente de la situación legal del aborto, y en el 54 % de los países informantes las mujeres pueden ser acusadas penalmente por tener un aborto ilegal.

En el 28 % de los países donde el aborto inducido es legal por alguna o por todas las causales, para que mujeres casadas accedan a un aborto se requiere el consentimiento del esposo. Además, el 9 % tiene restricciones por estado civil para acceder a los servicios de atención de la maternidad, el 28 % tiene requisitos de edad mínima para acceder a los servicios de anticoncepción y en estos Estados es donde justamente las tasas de embarazo adolescente son más altas. Por otra parte, el 21 % tiene restricciones basadas en la autorización de terceros para acceder a los servicios de anticoncepción.

Al día de hoy los datos son muy claros sobre todo lo que falta en materia de inversión cuando hablamos de derechos sexuales y reproductivos, pero sobre todo estos datos marcan la distancia entre

varones y mujeres en el camino de la emancipación sexual. **Todavía hay países que consideran que el varón debe formar parte de las**

decisiones sobre el cuerpo de la mujer, ya sea porque es su padre, su hermano o su esposo/pareja. En la Argentina, durante el año 2017, en la localidad de Puerto Madryn —provincia de Chubut— una obra social le solicitó el consentimiento al marido de una mujer que había ido a la clínica para una ligadura de trompas de Falopio, pese a que desde 2006 rige una ley expresa sobre la autonomía de las mujeres para hacerlo (3). De todas maneras, su pedido fue rechazado y entró en revisión al estar ausente la firma en cuestión. Pero esto no es todo, sino que al menos en la Argentina jamás se pide la firma expresa de las esposas o cónyuges en el caso de que los varones soliciten una vasectomía. El mensaje es claro.

Un ejemplo concreto sobre cómo el acceso a la información y el poder sobre nuestros cuerpos están cercenados si contamos con menores niveles educativos es el caso de Perú. Allí, entre 1996 y 2001, unas 270 000

mujeres fueron sometidas a procedimientos irreversibles para controlar la natalidad, de las cuales al menos más de 2000 fueron intervenidas quirúrgicamente a la fuerza. El programa de control de la natalidad, conocido como Anticoncepción Quirúrgica Voluntaria, fue implementado como una medida para combatir la pobreza, según el gobierno a cargo, con el fin de reducir las tasas de natalidad en sectores de escasos recursos.

Una investigación que proveyó el Congreso peruano en 2002 (4) encontró que había suficiente evidencia que demostraba que los funcionarios de la salud habían sido presionados para alcanzar cuotas o metas de

esterilizaciones y que muchos procedimientos médicos se habían llevado a cabo de manera rutinaria sin el consentimiento de las mujeres. El reporte indicaba que las mujeres indígenas, muchas de las cuales solo hablan quechua, fueron desproporcionadamente afectadas por el programa.

Los relatos de las víctimas son abrumadores: iban a parir y, si no se sometían a la operación, no les entregaban a sus hijos; a muchas otras les hacían el procedimiento sin anestesia. «Ahora vas a dejar de parir como un animal», esgrimían algunos de los médicos en los centros cuestionados. Todas ellas terminaron en una situación de vulnerabilidad atroz por no contar con información, por estar en

condiciones de pobreza y contar con bajos niveles educativos, que hicieron que las denuncias tomaran curso mucho tiempo después.

La información sexual sigue en falta y su acceso hace una gran diferencia para las mujeres. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (5), casi el 30 % de las jóvenes en América Latina ha sido madre antes de cumplir los 20 años. Según otro informe de la Organización Panamericana de la Salud, en nuestra región las madres adolescentes —de entre 10 y 19

años— enfrentan un mayor riesgo de tener endometriosis puerperal e infecciones sistémicas que las mujeres de entre 20 y 24 años.

Entender que las mujeres nos encontramos en una situación de vulnerabilidad mundial respecto a nuestra salud ginecológica, de planificación familiar y, por ende, de acceso a métodos anticonceptivos, etc., nos permite comprender no solo algo que es necesario para nuestra subsistencia, sino —y me parece lo más importante— para que efectivamente vivamos el sexo de forma placentera e informada.

Lamentablemente, los Estados siguen tomando medidas restrictivas respecto a nuestro acceso a la información y por eso son tan esenciales las organizaciones de mujeres locales, nuestra propia curiosidad para buscar medios que nos provean la información que nos falta y que cada una, desde su lugar, pueda también difundir datos claves que nos insten a la reflexión, o que nos brinden herramientas en el acceso, por ejemplo, a métodos anticonceptivos.

La condición de desigualdad para nosotras jamás terminará si seguimos pariendo por mandato o

desinformación, si llegamos a parir sin siquiera haber tenido un orgasmo, si tenemos miedo. No hay nada, ni bailes con poca ropa en las redes sociales ni discursos feministas, que pueda reflejar agencia sobre nuestros cuerpos si, en el fondo, no conocemos todos los factores que aún imperan en nuestra vida y la vuelven absolutamente frágil. Asumir la autoridad sobre nuestro cuerpo es un acto que nos emancipa de muchos de los condicionantes que hemos atravesado por siglos. **Creernos potentes para priorizarnos, cuidarnos, buscar información y elegir nos otorga, sin duda, la capacidad de transformar nuestras vidas.**

1- «La violencia obstétrica en España», en observatorioviolencia.org/ la-violencia-obstetrica-en-espana.

2- «Tracking women's decision-making for sexual and reproductive health and reproductive rights», en unfpa.org.

3- «Fue a ligarse las trompas y le pidieron la firma de un hombre para autorizar la operación», Infobae, junio, 2018, en

www.infobae.com/sociedad/2018/06/04/fue-a-ligarse-las-trompas-y-le-pidieron-la-firma-de-un-hombre-para-autorizar-la-operacion.

4- «Esterilización forzosa en Perú: "Me abrieron la barriga cuando aún no estaba dormida"», BBC, marzo, 2021, en www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-56243650#:~:text=Una%20investigación%20del%20Congreso%20peruano,sin

%20el%20consentimiento%20de%20las.

5- «Casi 30 % de las jóvenes latinoamericanas ha sido madre adolescente», CEPAL, abril, 2014, en www.cepal.org/es/comunicados/casi-30-de-las-jovenes-latinoamericanas-ha-sido-madre-adolescente.

CAPÍTULO III

Pagar el costo de ser decidida en la

cama

—¿Qué es lo que llevas en la cama?

—Yo solo me pongo Chanel Nº 5.

Entrevista a Marilyn Monroe en lax revista Life Es muy difícil hablar de mujeres decididas en la cama cuando aún un sinfín de mandatos nos llevan a temprana edad a estar más preparadas para el sexo que excitadas. Es decir, nos educan para estar siempre depiladas, sin menstruar, sin ningún tipo de olor corporal, para bajar las luces, adoptar posiciones en las que nos veamos de determinada manera, acceder a todas las prácticas que se nos proponen para no parecer «pacatas» y un largo etcétera por el cual, por supuesto, es muy difícil llegar al sexo motivadas y no estresadas.

Motivadas no solo para pedir lo que nos gusta o descubrirlo, sino también con el carácter que se necesita para ejercitar el autocuidado y pedir/exigir el uso del preservativo. **La brecha orgásmica no es un «clítoris difícil», es el estrés sobre nuestro cuerpo, y la poca información y voluntad que muestran los varones en ver a una mujer gozando.**

De alguna forma, sentimos una supuesta excitación en ser las deseadas y no las que deseamos, pero en lo concreto y dados los números que existen sobre lo relegado que está

nuestro placer, me hace pensar que **tampoco cumpliendo con ese mandato se garantiza nuestro placer.**

Lo verdaderamente alarmante no es solo que la brecha orgásmica nos esté demostrando que el mandato de más sexo no conlleva necesariamente más libertad, como mencioné, sino que hay otros datos que nos demuestran que esta educación en la docilidad, en ser las geishas eternas, nos perjudica.

En España, según la Asociación Gallega para Personas Afectadas por VIH en Vigo (Agavih), basados en un estudio

(1) sobre los diagnósticos anuales, encontraron que por cada diagnóstico de presencia del virus VIH que se da entre hombres y mujeres, en el caso de los hombres tiene prevalencia la transmisión entre los grupos de varones homosexuales, con una representación del 65,5 % de los diagnósticos totales. El 17,6 % refiere a hombres

heterosexuales y el resto del total se reparte entre personas que se inyectan drogas o no se encuentra información de la fuente de transmisión.

Ahora bien, cuando las diagnosticadas son las mujeres, esta cifra en mujeres heterosexuales escala al 76,6 %. Es decir que las mujeres adquieren el virus por relaciones heterosexuales con otros hombres, y no por relaciones homosexuales con las mujeres; exactamente a la inversa.

Los varones son de forma prevalente los

transmisores del VIH hacia sus parejas mujeres en los encuentros sexoafectivos.

Esto abre un mirada mucho más profunda, más allá de la brecha orgásmica. Porque hay que prestar especial atención a la narrativa que se construyó para hablar de mujeres

«decididas» y libres en el amor y en la cama, ya que a la hora de ver los datos estos reflejan que no mucho ha cambiado en pos de mejores condiciones de vida para nosotras.

El cambio más significativo estuvo liderado por la revolución de la píldora y el bombardeo de la industria

cultural. Novelas, revistas, etc., sobre amores que podían vivirse por fuera de las relaciones tradicionales conocidas. A partir de los años 60, las mujeres logramos construir un discurso que nos permitió disfrutar del sexo por fuera del matrimonio sin ser moralmente cuestionadas, aunque sabemos que aún hoy pasa de todas formas. Las mujeres pudimos besarnos y coger con alguien con quien no necesariamente nos íbamos a casar, pero solo si construíamos en nuestra cabeza una novela romántica, que no atentaba contra nuestra reputación ya que estaba implícita una fidelidad relacionada con el enamoramiento sacrificado.

La libertad no fue completa: las restricciones siguieron mientras, por otro lado, los discursos construían castillos de cristal, de igualdad y más poder en la toma de decisiones, que en lo concreto por lo general no existieron para nosotras.

Aún hoy, más de sesenta años después de la pastillita que nos posibilitó gozar por fuera del mandato de la maternidad, se busca en todo el mundo restringir el placer de las mujeres a ciertos condicionamientos sociales. **Las restricciones son culturales y**

también políticas. Sobre las primeras, encontramos las mencionadas acerca de los mandatos, los conceptos del amor o de cómo tenemos que ser nosotras en la cama. También, por supuesto, esa educación que tienen los varones de que la performance sexual tiene que ver con una mujer que asiente a todo lo propuesto y que sobre todo es muy poco estimulada durante la práctica sexual.

La falta de información que tenemos las mujeres, el tabú a la hora de hablar de esto en algunas culturas, la falta de información referida a la masturbación, entre otras situaciones —como las mencionadas sobre los métodos anticonceptivos— son todas barreras que encontramos a la hora de poder ejercer nuestro pleno derecho al goce sin miedos.

Coger con miedo

Dentro de las restricciones políticas se encuentran la de los Estados que legislan específicamente para fortalecer el mero rol reproductivo de las mujeres, no solo con leyes restrictivas respecto al aborto, incluso por causales (es decir, en caso de violación o riesgo de la vida de la madre), sino también en la provisión de anticonceptivos e información sobre su uso en los colegios o salas médicas.

Se calcula que en todo el mundo, uno de cada cuatro embarazos termina en aborto (2). Según el informe de la organización Guttmacher, en conjunto con la Organización Mundial para la Salud, y publicado en la revista The Lancet, en América Latina, por ejemplo, el 95 % de los abortos se lleva a cabo en condiciones inseguras, con graves consecuencias para la salud de la mujer en términos de morbilidad y mortalidad. Además, más del 97 % de las mujeres en edad reproductiva en América Latina y el Caribe viven en países con leyes de aborto restrictivas.

Por otro lado, acceder a datos relacionados con la salud sexual y reproductiva es también difícil justamente en los países donde las mujeres sufren más restricciones y necesidades básicas de todo tipo. La disponibilidad de datos fiables oscila en un 12 % en Asia occidental y África septentrional hasta el 73 % en Europa y Norteamérica. Por consiguiente, nos encontramos con una desprotección por parte de los Estados en torno a la salud sexual y reproductiva de las mujeres que condiciona un rol activo en las vivencias de nuestro mundo sexual.

Más allá de las opiniones que se puedan tener sobre métodos anticonceptivos o sobre el aborto, las políticas públicas nos reflejan cómo los Estados intervienen para seguir reproduciendo el miedo en las mujeres y la gestión de nuestros cuerpos. **En los países donde el**

aborto es restrictivo por cualquier causal, tu violador pasará

menos tiempo en la cárcel que si vos decidís hacerte un aborto.

Los Estados legislan de manera desigual, porque les importa seguir sometiendo a las mujeres al control de nuestras vidas sexoafectivas y, sobre todo, al rol que tenemos en función del servicio hacia los hombres. Es cierto que hay mujeres en gestiones de gobierno que procuran activamente que el aborto no se legalice, o que no haya servicios de provisión de métodos anticonceptivos. Pero las cifras relacionadas con la participación política de las mujeres es notablemente inferior, como hemos visto, respecto a los varones, y lo ha sido históricamente. **Por consiguiente, estas decisiones se arrastran desde un mundo de varones en el poder que han podido decidir sobre nuestros cuerpos, y sobre todo proveer y administrarnos miedo.**

Miedo a quedar embarazadas, miedo a contraer alguna infección de transmisión sexual, miedo a abortar en secreto, miedo a morir por abortar, miedo a traer hijos al mundo que no podremos mantener… entendiendo que el peso de esa decisión estará en nosotras, que seremos las que pondremos el cuerpo, la distribución de nuestro tiempo y los recursos económicos.

Las mujeres quedamos embarazadas por muchas

razones que distan de la búsqueda de un hijo: falta de información, de acceso a los métodos de barrera, la inocencia de pensar que no nos iba a suceder, una violación dentro o fuera de una pareja, *etc.* Frente a todas esas prácticas que los hombres realizan históricamente sobre nuestros cuerpos, frente a la resistencia que aún tenemos que atravesar ante el uso del preservativo, entre otros etcéteras, las mujeres cogemos con miedo. Nuestro día después jamás es igual al de un varón, y estas cosas hacen justamente que nuestro placer se vea restringido.

No hay mujer decidida que, en lo personal, pueda resolver la falta de estructuras estatales que

garanticen su seguridad e igualdad. No hay femme fatales si, en el fondo, estamos sintiendo miedo.

Miedo a decir que no, y miedo a las consecuencias de decir que sí.

La línea roja de largada

Desde chicas, las mujeres descubrimos con la llegada de la menstruación que hay algo tabú en nuestra corporalidad.

Aunque en la actualidad la menstruación se va liberando de prejuicios históricos, muchas de nosotras seguimos sintiéndonos incómodas, por ejemplo, a la hora de tener relaciones sexuales mientras menstruamos, incluso aunque manifestemos en esos días sentir más placer porque las hormonas hacen lo suyo. Dentro de las razones de esto se encuentra que la **menstruación es un momento inaugural referido a la reproducción, quedando disociada la posibilidad de explorar en nuestras vulvas y vaginas el placer sexual porque por un lado**

«ahí abajo» hay algo que está sucio, y por otro, porque el misterio que rodea a la información sobre qué es la menstruación —ya sea por tabú social o por vergüenza— y la mirada familiar de «la niña ya es una mujer» convierten ese evento en un ritual de pasaje de lo mundano a lo sagrado. **Lo sacraliza y lo separa de la naturaleza carnal, que se presenta como algo que las buenas señoritas deben abandonar**. **La menstruación se vuelve sagrada porque la institución de la maternidad todavía lo es.**

Nada nos habla de placer. En contraposición, las erecciones en los niños se asocian con el placer, con la masturbación y con sus primeras experiencias sexuales.

Nosotras somos niñas como para que nos hablen de masturbación, placer y hormonas, pero somos señoritas para hablar de que «ahora podemos ser madres». Los esfuerzos en los países más desarrollados para hablarles a

las mujeres de su propio placer dentro de los ámbitos institucionales siguen siendo escasos, y así el único medio con el que contamos para entender qué es el sexo y cómo descubrir qué nos da placer, son fuentes de información alternas como el porno, las redes sociales o nuestras parejas, que están enfocadas en el placer del varón y no en nuestros cuerpos. Esto se suma a lo expresado en el apartado II sobre el amor, donde además veíamos la relación entre los conceptos de amor-reproducción que están intrínsecos socialmente.

Hay una línea divisoria inicial donde perdemos la autonomía y agencia del placer de nuestros cuerpos, que es el de ligarlo

directamente con el mandato de la maternidad.

Por un lado, el miedo a disfrutar del sexo y quedar embarazadas, o peor, evidenciando la cantidad de situaciones de abuso a las que estamos expuestas, terminamos viendo el terreno de lo sexual como un espacio donde corremos peligro. Las mujeres tendremos dos caminos: el de restringir nuestro placer o el de ir a su descubrimiento aun a costa del miedo y la culpa. Es decir, el camino de ser sumisas ante el miedo como mecanismo coercitivo propiciado por la sociedad y el Estado, o el de rebelarnos a esos mandatos y transitar nuestro descubrimiento sexual con la convicción de que la autonomía de nuestros cuerpos no puede ser dilema de debate público.

La costurerita que dio el mal paso

Ser decidida en la cama y saber lo que queremos no será un lugar que podamos habitar cómodamente. Es muy probable que seamos juzgadas por nuestras parejas sexuales, y que los varones miren con desconfianza a esas mujeres. De esta forma, sigue siendo la mirada del varón la que segmenta las buenas mujeres de las malas. Ser decididas en lo que deseamos en la cama —sea porque

queremos algo o porque no lo queremos— tiene el costo de ser catalogadas como malas mujeres. Una mujer no apta para integrar la institucionalización del amor a través del noviazgo o el casamiento.

Pero esto parece un callejón sin salida, porque las buenas novias y esposas también serán las malas si no cumplen con los deseos sexuales masculinos, ya cansadas de ser ignoradas una y otra vez en su placer. **¿Qué deseo de practicar sexo vamos a construir si nuestra pareja está constantemente orientando el ejercicio del placer sobre él mismo?** Más temprano que tarde nos cansaremos, pero seremos lo suficientemente buenas como para seguir sosteniendo las tareas de cuidados, el rol servicial. Las malas, las que se muestran sexuales —es decir, las buenas en la cama—, tendrán el castigo de ser ridiculizadas, tomadas como objeto, y hasta incluso convertirse en malas víctimas.

Las malas víctimas son las brujas del siglo XXI: las mujeres deseantes y decididas que se animaron a estar en la calle de noche «a cualquier hora», o a tener sexo con un desconocido, o aquellas —según la justicia— que no estaban en el lugar que debían estar —su casa— si hubieran sido buenas mujeres.

La mala víctima es la conceptualización de la dimensión simbólica y concreta que deposita el peso de la culpa en nosotras

cuando recibimos violencia sexual, o física mediando la violencia sexual. Yo, por ejemplo, fui la mala víctima por tener sexo con alguien de Tinder y ser penetrada sin consentimiento en una relación sexual que sí había comenzado consentida. En 2014, en la Argentina, mientras Melina Romero se encontraba desaparecida, el diario Clarín titulaba: «Una fanática de los boliches, que abandonó la secundaria». La nota comenzaba así: «La vida de Melina Romero, de 17 años, no tiene rumbo.

Hija de padres separados, dejó de estudiar hace dos años y desde entonces nunca trabajó. Según sus amigos, suele

pasarse la mayoría del tiempo en la calle con chicas de su edad o yendo a bailar, con amigos más grandes. En su casa nadie controló jamás sus horarios y más de una vez se peleó con su mamá y desapareció unos días». La nota era acompañada por una selfie de Melina con una remera escotada.

Los comentarios de las personas no tardaron en llenar los portales culpándola a ella de su destino. Melina había sido violada, drogada y tirada en un arroyo. Estaba con una amiga que no se animó a denunciar porque «no iban a creerme». Las malas víctimas son históricas, y con ellas se ha construido la industria del entretenimiento, de la noticia y del mundo del espectáculo, que ha alimentado la voracidad social que pide mujeres en la hoguera mediática como fusible de descarga ante el odio social.

Marilyn Monroe, sin duda, ha sido el símbolo mundial de la femme fatale, de la revolución sexual de las mujeres a partir de los años 60 y, por supuesto, también de las malas víctimas. Al día de hoy seguimos utilizando su imagen como ícono no solo de la cultura pop sino de lo que significaba una mujer decidida o libre, algo con lo que en lo personal tengo más reserva.

Sus películas más taquilleras fueron Los caballeros las prefieren rubias y Cómo casarse con un millonario, dos tramas orientadas a capitalizar el valor de la sexualidad femenina para conseguir estatus económico. Marilyn fundó su propia productora —aunque le ofrecían malos contratos económicos—, negociaba sus propias condiciones y estaba pendiente de la dirección artística de su trabajo. De tonta tenía poco, pero en Los caballeros…, donde interpretaba a una rubia inocente, exclamaba: «Puedo ser inteligente cuando es importante, pero a la mayoría de los hombres no les gusta».

La misma sociedad americana que la explotó al máximo y la usó como

entretenimiento fue la que la señaló con el dedo como la responsable de conflictos políticos que se

suscitaron alrededor de la familia Kennedy, así como también se le dio la espalda a una investigación contundente y exhaustiva de su muerte —un supuesto suicidio que no dejó pruebas concretas—. ¿Quién iba a reclamar por la mujer que buscaba problemas y originaba disputas entre los hombres? ¿Quiénes iban a reclamar por una mujer que terminó siendo solo un cuerpo a disposición de la mirada masculina y de la industria cinematográfica de Hollywood? Esclarecer las razones de su muerte ya no era relevante, porque ese cuerpo muerto ya no les servía a los intereses económicos de ningún varón. Presentada como un símbolo del poder femenino, no fue más que un símbolo de cuán determinantes pueden ser los hombres en posiciones de decisión y autoridad sobre nuestras vidas. Aunque creyó tener un lugar de poder, no lo tuvo en lo absoluto.

Para finalizar este capítulo quiero hacer una propuesta, o mejor dicho hacer extensiva la propuesta que Marcela Lagarde hace en Los cautiverios de las mujeres. Allí dice que, si el cuerpo de las mujeres está destinado al placer de los otros, una definición muy interesante porque no abarca solo lo sexual, sino que habla del cuerpo femenino a disposición del sostenimiento de la vida de los demás en varios aspectos, **las mujeres necesitaremos adueñarnos de nuestro cuerpo como propietarias y no como mediadores —el cuerpo como medio para un fin—:** «Se trata de la apropiación integral del cuerpo femenino por las mujeres mediante la vivencia corporal y subjetiva del cuerpo integrado en la identidad (…) dispuesto a movilizarse para lograr como totalidad la realización del deseo erótico, intelectual, social, laboral, estético, afectivo, político de la propia mujer». Lagarde hace hincapié en reconstruir nuestra relación con nuestro cuerpo y para eso se enfoca en el concepto de identidad.

Sobre los procesos biológicos relacionados con la menstruación, en primer lugar, y con la maternidad, luego, se ha construido una concepción social de nuestro cuerpo

como un medio para un fin, y a raíz de esto se ha determinado el proceso de construcción de nuestras identidades: la definición de quiénes somos está sujeta a nuestros roles sexuales y reproductivos. **Cuando construimos narrativas sobre cómo tenemos que ser, sobre cuán disponibles tenemos que estar, sobre cómo ser para gustar o ser aceptadas —algo que sabemos que nos cuesta muchísimo más que a los hombres, en todos los ámbitos—, estamos**

renunciando a nuestra identidad.

Es ahí donde tenemos que hacer el quiebre y, para eso, hay que romper primero con nuestras propias barreras subjetivas, las que parten de nuestras concepciones o percepciones limitadas. Aquellas creencias que generan una restricción que no nos permite hacer algo, como por ejemplo: «no soy buena para hablar en público». La filósofa argentina Diana Maffia (3) explica que estas barreras son las más complejas de romper, dado que tienen un aspecto de autoafirmación, de mirada interna sobre la autoestima que nos tenemos. En lo personal, creo que esas barreras subjetivas, además, están encadenadas al miedo. El miedo a la soledad, abonado —como vimos — por lo que se nos enseña a desear en nombre del amor.

Sé que no es fácil, son procesos que, por supuesto, también he tenido que atravesar como mujer, pero valen la pena. Hay un reconocimiento de nosotras mismas por fuera de los mandatos de la disponibilidad. Vamos a apropiarnos de nuestro cuerpo, a darle tiempo, a pedir tiempo también y paciencia en el encuentro con el otro.

A veces ese proceso tiene un costo, transitar la soledad.

Saber que las mujeres «con poder» y decididas pagamos el costo de la desaprobación social si ya no somos amorosas con cada una de las personas que buscan aplacarnos. Hay momentos en los que vamos a tener que elegir, ceder, negociar o partir de esas situaciones, ya sea con la pareja, la familia o las amistades.

Hay una frase que dice: «Las personas que se molestan cuando ponés límites son las que estaban cómodas y se beneficiaban porque no los ponías». Creo que en esto prefiero seguir siendo la costurerita que dio el mal paso, como se titula este capítulo. De alguna forma prefiero construir el camino para poder comunicarle al otro qué quiero y cómo, cuáles son los roles que me interesa transitar y cuáles no, y también pelear por aquellos lugares que todavía se nos niegan. **Esto es una afirmación sobre nuestra identidad y la construcción de nuestros deseos, para vivir en plenitud con un deseo más autónomo de las expectativas de los demás, y más cercano a nuestras decisiones.**

1- Vigilancia epidemiológica del VIH y sida en España en 2020, Ministerio de Sanidad, datos actualizados a 30 de junio de 2021.

2- Unintended Pregnancy and Abortion Worldwide, Guttmacher.org, marzo, 2022; en www.guttmacher.org/fact-sheet/induced-abortion-worldwide.

3- Maffía, Diana, Derechos sexuales y reproductivos: Algo más que procreación, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Universidad de Buenos Aires, 2019.

Parte IV

Dinero. De propiedad a propietarias

Nací en un país absolutamente inestable respecto al manejo de su moneda. A mis 14 años, durante 2001, ocurrió un fenómeno que se denominó la caída de la convertibilidad, que sumió a la Argentina en una crisis extrema. Las personas subsistían gracias al trueque y la solidaridad, millones perdieron sus ahorros de toda la vida, y muchas, muchísimas personas se suicidaron. Lo que recuerdo con mayor claridad fue cómo las mujeres salieron a reorganizarse en barrios y ampliar una red de solidaridad —

que en muchos casos ya existía debido a la pobreza extrema— para el intercambio de bienes.

En este país se habla mucho de los movimientos de mujeres que tienen relevancia a nivel mundial, pero pocas miradas sitúan como fundante en esa crisis que vivimos el surgimiento de **mujeres líderes que, ante el conflicto, salieron a defender nada más y nada menos que la subsistencia y la dignidad humana. Mientras tanto, en la televisión, los hombres hablaban con términos relacionados con las finanzas y los dólares que nadie entendía.**

Ese mismo año, unos meses antes del estallido social, mi mamá se divorciaba de su segundo marido. La inestabilidad en casa era angustiante. Recuerdo que ella lloraba constantemente, y crecían los conflictos para resolver los aspectos legales y económicos. Mi mamá solo pedía que ese divorcio no significara volver a tener que vivir en la casa de sus padres. El panorama económico no era nada prometedor, y las preocupaciones nos asfixiaban.

Recuerdo que, cuando cobró el acuerdo de disolución del vínculo marital, señó con ese dinero un departamento, apenas cinco días antes de que la crisis rompiera nuestro sistema monetario y la devaluación del peso hiciera imposible su compra. Tuvimos, como quien dice, un ángel

aparte. Siempre pienso que, si mi hermana de 19 años no hubiera encontrado ese departamento en el diario, y no se hubiera definido rápido la compra, mi mamá jamás habría tenido la posibilidad de ser propietaria.

Igualmente, el proceso de separación no fue nada fácil.

Las separaciones nunca lo son, pero a veces hay un punto durante esas tensiones e indefiniciones afectivas en que se advierte la inminente ruptura. Un punto de no retorno que grita a voces «se acabó», y es para siempre. Una lo siente adentro, ese punto de ebullición cuando sabés que ya llegaste a un lugar del que no se vuelve.

Ese momento ocurrió una noche de esas en que el frío de la ciudad de Mar del Plata hace imposible que funcione la calefacción. Yo estaba en el altillo, jugando a los videojuegos en la computadora y escuché un golpe muy fuerte, seguido de ruidos de cosas rotas y gritos. Bajé rapidísimo, llena de miedo al escuchar a mi mamá llorar.

Sentía que las piernas se me aflojaban, que el cuerpo no me respondía.

Ahí estaba ella, llorando en un sillón de pana rosa que había comprado tres años antes, con la ilusión de salir del hogar de sus padres y formar un matrimonio. Sus hombros encogidos con miedo, y él que ferozmente le gritaba cosas espantosas, después de haberle pegado y de haberle revoleado el control remoto por la cabeza. Los gritos no pararon y la situación escaló. Sentí miedo, y sé que ella también lo sintió. Llamé desde la puerta y a través de la reja a mi hermana, que estaba fuera de la casa con su novio y les pedí que vinieran a ayudarnos. El novio de ella bajó rápidamente del auto y la situación de violencia se volvió más intensa cuando el ex marido de mi mamá lo amenazó y lo echó, mientras nosotras quedábamos encerradas adentro. Creo que ahí supimos que lo que sucedía era grave, que esa noche podía pasar cualquier cosa.

Subimos con mi mamá a su habitación, y escuchamos los pasos de él desde el garaje tras nosotras, gritando que iba a

matarnos, que si total le íbamos a sacar toda su plata porque la había golpeado, entonces que mejor nos mataba y ya. Recuerdo sus reiteradas menciones al dinero.

Salí de esa habitación y vi que él subía las escaleras con el trabavolante del auto. En sus ojos la reverberación del mismísimo Satán, con ese odio de quien está dispuesto a traspasar cualquier límite. Hubo un microsegundo en que nuestras miradas se cruzaron, mientras ascendía por los escalones. En el pasillo, tirado, estaba el manojo de llaves de toda la planta alta, que cerraban también la puerta de la habitación donde mi madre no podía salir del terror y la angustia. A mi derecha él, cerca, casi que lo podía oír respirar. Entonces sentí —yo que no creo en nada que no sean hechos a simple vista— que una verdadera fuerza que no provenía de mi cuerpo pudo

correr a la velocidad de la luz, agarrar esas llaves, encontrar la que pertenecía a la puerta, volver a la habitación y comenzar un forcejeo con él, que con sus más de cien kilos trataba de empujarla para abrirla. En ese instante, con mis esqueléticos brazos, que tenían más de niña que de adolescente, logré torcer esa cerradura oxidada imposible y cerrarla.

La llave dio vuelta y con esa fuerza intempestiva le rompí la mano al agresor de mi mamá. Elijo pensar que en ese caos hubo algo de momento inaugural en mi vida. Una puerta que se cerraba con fuerza, pero una que en mi interior se abrió para siempre.

Lo que vino después no fue mejor. El fatídico circuito de la denuncia que se lleva la vida de tantas mujeres, porque ni el sistema judicial ni el sistema de seguridad nunca llegan a tiempo, algunos días en la casa de mis abuelos y una ley que le impedía a la víctima salir de la casa donde había sido maltratada porque, si no, se la acusaba del delito de

«abandono de hogar» y no podía reclamar nada. Una ley que por suerte dejaría de regir a partir de 2005.

Recuerdo que dormíamos con mi mamá encerradas, con un cuchillo en la habitación, y una escalera enorme de

pintor que trababa la puerta pese a que la habíamos cerrado con llave. Hoy lo recuerdo, muchos años después, y todavía me asombra lo naturalizado que tuvimos que la agresión e incluso la muerte eran una posibilidad. Sin embargo, permanecimos ahí.

Finalmente, y acortando un poco esta historia, nos fuimos a vivir a nuestro propio departamento. Al momento de adquirirlo, mi madre exclamó: «Hay que agradecerle mucho a él porque, más allá de todo lo que pasó, si no fuera por él nunca hubiéramos tenido una casa». Me costó años de terapia —y lecturas feministas— entender por qué eso me causaba tanto enojo.

Habíamos puesto en riesgo nuestra integridad, mi mamá había dedicado años de su vida a servirle en las tareas domésticas a un hombre que trabajaba muchas menos horas que ella, que era docente doble turno. Sin embargo, teníamos lo que teníamos gracias a un varón que, además, no se había cansado de violentarnos. Sin duda me sentí muy poca cosa, pero sobre todo entendí que **el dinero, que se considera socialmente importante porque te permite comprarte un departamento e irte de un vínculo violento, siempre viene de los varones, siempre está en sus manos, y las mujeres hacemos**

«artilugios» para ganarlo. No importa cuánto mi mamá trabajaba fuera y dentro del hogar, ella jamás iba a obtener ese dinero que tienen «los señores importantes».

Entendí que la única forma en que éramos merecedoras del alto valor que implicaba comprar un inmueble era si antes atravesábamos el sacrificio de poner en riesgo nuestras propias vidas y empujar nuestros límites al borde de la supervivencia. ¡Felicitaciones, pasamos la prueba!

Estamos vivas y con las llaves de un cuatro ambientes en la mano… Por supuesto que fue muy difícil trabajar los aspectos subjetivos que se desencadenaron en mí después de esos sucesos.

En la escala de los comentarios más tétricos que recibimos también se encontraban los que hacían referencia a que al menos gracias a ese hombre que nos había martirizado teníamos un departamento, y no como con mi padre biológico, que nos había dejado en la calle y jamás nos pasó alimentos. Parece que, de alguna manera, tenía que elegir el mal menor, por así decirlo, y además sentirme agradecida porque un varón ajeno a mi cadena genética nos había convertido en princesas propietarias con su beso de hiel. No es extraño que haya publicado un libro que se llama (Mal) Educadas…

Imagínense todo el trabajo personal que he tenido que hacer para, en principio, sentirme merecedora de algo, y luego, para reclamar lo que me correspondía de acuerdo con los esfuerzos brindados. El desarrollo de mi vida amorosa durante la adolescencia fue un completo desastre.

Varón que me invitaba al cine, varón al que sentía que le debía mi cuerpo, las sonrisas y el festejo indiscriminado de cualquiera de sus chistes sin sentido.

Cuando un hombre pagaba, yo sufría. Se desencadenaba en mí una especie de tensión y de agradecimiento desequilibrado. Tensión porque sentía culpa de haberme expuesto, de haber aceptado estar ahí y además de ser una ingrata a la que le pagan por su compañía y tiene el descaro de decir que no. Mis amigas sentían lo mismo: ante las propuestas de salidas, decidíamos pedir ir a tomar algo a un lugar simple porque sentíamos que una cena significaba un mayor nivel de compromiso… de nuestros cuerpos, claro.

Es extraño y muy injusto cómo se nos presenta el dinero a las mujeres. Por un lado, históricamente la forma que teníamos de obtenerlo era a través de vínculos heterosexuales, quedando bajo la protección

económica de ese marido o pareja, a cambio por supuesto del agradecimiento y de la imposición de sus reglas. **Como ley primera, decide el que paga.**

Por otro lado, **el dinero también se nos presenta como castigo.** Y este castigo tiene dos dimensiones. La primera es que, si queremos separarnos «del proveedor» y salir de esos lugares ilesas, o al menos sin tantas marcas psíquicas, emocionales y físicas, el castigo es el destierro físico o simbólico, que se traduce en pérdidas de todo tipo.

Todos los días me escriben mujeres diciendo «no le reclamo alimentos por mi paz mental», «me fui de mi casa con lo justo porque, si no, me mataba», «decidí que se quede con el auto él, para no verlo más, porque me estaba volviendo loca». **¿Decidimos? Y… si no nos queda otra, mucha decisión no hay. Si lo que hay es**

supervivencia, no hay decisión, hay instinto y urgencia.

Nuestra llegada masiva al mercado laboral no cambió las reglas del juego. Nuestros trabajos siguen siendo peores pagos, y a esto se suma que el discurso de la mujer empoderada nos hace creer que somos independientes por trabajar, cuando en realidad, en la mayoría de los casos, lo hacemos para «tener nuestra propia platita» y que la pareja no controle los gastos personales, o para sobrevivir, o para alimentar a los hijos. Por supuesto que no todas, claro, pero la feminización de la pobreza —que explicaré a lo largo de los siguientes capítulos— nos demuestra que nuestra llegada a la economía como fuerza de trabajo, a algunas las emancipó, claro, pero en general lo que hizo fue facilitarles la vida a los hombres y a los Estados, dado que ahora estos últimos no tienen la obligación de sostenernos económicamente.

No estoy diciendo que eso sería una buena posibilidad, estoy diciendo que **sospecho que estamos agotadas, con una jornada laboral en el mercado de trabajo y otra en el mercado de nuestras vidas, dentro de los hogares; y pese a esto, seguimos empobrecidas o dependientes de otros hombres, porque nunca alcanza**. Es un sistema armado a la perfección para que

sigamos sintiéndonos como me sentía yo a mis 15 años.

Una sociedad liderada por varones que nos ha violentado, pero que al final del día, por alguna razón, el saldo siempre les da a favor y nosotras quedamos como deudoras, el equilibrio justo entre sociedades con mujeres que pueden sostenerse a sí mismas, pero no lo suficiente como para que se vuelvan propietarias o ricas, y puedan

verdaderamente disputar los lugares de poder que te da el concentrar dinero.

Las cuentas a nosotras no nos cierran.

La dimensión del castigo del dinero tiene una segunda cara, y es la de la soledad. La soledad como castigo a la mujer que efectivamente tenga la posibilidad de contar con el dinero como recurso de poder. La soledad devenida en la incomodidad de los varones al vincularse con mujeres que son independientes en las áreas profesionales y comerciales.

Las mujeres que efectivamente no necesitan de ningún tipo de sociedad conyugal, pero que además están en posiciones de poder económico y financiero para disputarlo con otros varones, sufren el escarnio social. La cantidad de prejuicios y sesgos que atraviesan las depositan siempre como la villana de los cuentos que merece ser vista con sospecha porque algo habrá hecho para estar donde está.

En el medio de estas distinciones también está el silencio entre nosotras mismas para hablar de dinero, de acuerdos, de posibilidades de crecimiento económico, *etc.* Las mujeres, todos los días, peleamos las calles de la pobreza acompañando a organizaciones sin fines de lucro, lideramos los índices de voluntarias en todo el mundo por causas sociales diversas y extremas, somos las jefas en los hogares donde después del divorcio los hijos quedan a cargo nuestro, sostenemos enormes jornadas de trabajo, pero no hablamos de dinero.

No lo hacemos entre nosotras, y nos sentimos incómodas incluso de hacerlo en nuestros espacios de trabajo. Le tenemos miedo, vergüenza, o lo tomamos como un medio

para «ser más bellas» endeudándonos, creyendo que

«nosotras lo valemos». Repetimos este jingle publicitario como mantra para justificar una educación basada en adormecer los verdaderos mecanismos de poder que tenemos que desandar para encontrarnos disputando espacios que, por otro lado, ¡nos merecemos disputar!

Los capítulos que siguen son un resumen no solo teórico, sino muy personal, de todo lo que tuve que atravesar para entender el valor del dinero como herramienta, no para comprar cosas, sino para concentrar y generar una estabilidad que en todos y cada uno de los casos me permite negociar mejor ante cualquier situación que se me presente.

Sé que las mujeres en el mundo lideramos los índices de pobreza. Mi objetivo no es, en lo más mínimo, construir reflexiones ligadas a ciertos gurús económicos que prometen oro. Solo quiero que las mujeres empecemos a hablar de dinero, nos asociemos, le perdamos el miedo, afrontemos nuestras deudas, reduzcamos los consumos innecesarios con promesas vacías y, por sobre todo, entendamos que el valor social y el sostenimiento de los cuidados debe medirse de forma económica, y que tengamos conciencia del tiempo que perdemos y relegamos por una pareja. **El truco estuvo en hacernos creer que amar nos enriquecía y nos volvía vividoras cuando, en realidad, hace siglos que amar nos empobrece.**

CAPÍTULO I

Las mentiras que nos empobrecieron

Si hubiera sido un hombre, la autoestima,

la presión de la familia y de la opinión pública de mi clase me hubieran empujado a una profesión para hacer dinero. Como una simple mujer,

pude labrarme una carrera de investigación

desinteresada.

BEATRICE WEBB

Me encantaría poder decir que el dinero es un bien de intercambio al que todas y todos podemos acceder por igual. Sin embargo, el dinero como moneda legitimada para absolutamente todas las transacciones que hacemos en el mundo tiene una línea histórica que debemos desandar para saber por qué se ha concentrado en manos de unas personas y no en las de otras. No me ocupa aquí las lecturas que pueden hacerse sobre las clases sociales, entre la riqueza y la pobreza en términos generales, pero sí hay una lectura acerca del sexo del dinero, citando el célebre libro (1986) de la psicóloga argentina Clara Coria, que me interesa para entender por qué **en todo el mundo los varones lideran los puestos de percepción de ingresos elevados, y las mujeres —con sus hijos a cuestas— lideran las cifras de la pobreza**. Las dos caras de una moneda son masculinas.

El **carácter sexuado del dinero** tiene una complejidad diría que enunciativa, y es que está muy naturalizado en la sociedad quiénes tienen la potestad de su uso, y con eso se

inaugura el principal medio o insumo en el que se basan las relaciones de poder e influencia.

Naturalizamos que en las conversaciones familiares las mujeres hablemos de la escolaridad de los hijos, de los embates románticos entre amigas, de algún chisme mediático, y ver que los varones en la otra punta de la mesa analizan los mercados, la política, los pases millonarios de jugadores de fútbol, *etc.* Hemos naturalizado históricamente que ellos ganen más, que ellos administren lo que se provee dentro del entorno familiar, que sean los que tengan la última decisión porque son quienes pagan.

Las redes sociales se han llenado de tips o «chistes» de adolescentes y mujeres adultas sobre cómo atraer hombres con dinero, en el medio de un escenario de lucha donde grupos organizados de mujeres en todo el mundo piden por políticas claras sobre la brecha salarial, el ascenso en sus puestos de trabajo o el reclamo de la cuota alimentaria que mayormente adeudan los padres en todo el mundo.

Crecí con una frase en mi cabeza que escuchaba muy a menudo: «El hombre propone y la mujer dispone», algo así como si nosotras no tuviéramos la capacidad de agencia sobre nuestras propias vidas como para crear los escenarios deseados. Una frase que parte de la consideración de que el hombre gesta el entorno y nosotras solo lo aceptamos o no, así como se nos es dado. Esta frase es el reflejo de cómo se ha naturalizado socialmente que los varones concentren el dinero o los recursos materiales y simbólicos que devienen de este: tener un auto, un departamento, una reputación, etc., y que les permiten ser quienes adecuan el entorno a sus deseos, donde nosotras aceptamos estar disponibles o no.

Sin embargo, no hay que analizar este fenómeno con ingenuidad. Para nosotras, no haber tenido estos recursos materiales y simbólicos nos ha significado justamente no ser autónomas en nuestras decisiones. **No ser «las que podíamos proponer» nos ha costado la libertad, y a**

muchas, la vida, dentro de hogares violentos donde aún hoy muchas tienen que elegir entre la posibilidad de morir adentro o morir afuera, de hambre. Según el observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe, para el año 2020 (1), el 28,6 % de las mujeres de la región no contaban con ingresos propios, en relación al 10,4 % de los varones. Esto significa que casi un tercio de las mujeres de la región dependen de otros —en general varones— para su subsistencia.

La concentración histórica del dinero por parte de los varones tiene otro componente y es que poseerlo les permite generar más recursos para seguir reproduciendo más oportunidades en su desarrollo, mientras que la falta de ese poder adquisitivo a las mujeres, como veremos, nos ha anclado en las consecuencias de la desigualdad por siglos.

¿Cómo lo lograron?

Según datos de la organización Oxfam de 2017 (2), ocho

varones ricos de todo el mundo poseen la misma riqueza que la mitad más pobre de la humanidad. Todos los años en la revista Forbes

circulan muchos hombres de camisa y corbata como los CEO reconocidos o los magnates del mundo, y a nadie le parece un escándalo la ínfima participación de mujeres en esas listas.

Los varones ganaron ventaja económica con la llegada de un sistema productivo y económico industrializado a principios del siglo XVIII. Allí se institucionalizó, a través de la economía asalariada, un pago unificado y legitimado que, por supuesto, generó una nueva división de los estratos sociales y, sobre todo, una **nueva concepción de familia que fue clave en el relego de las mujeres en la participación económica, como trabajadoras y administradoras.** Silvia Federici, socióloga ítalo-estadounidense explica este fenómeno con datos y

muchísima claridad en su obra Calibán y la bruja (2004), y revela en esto uno de los momentos históricos donde se formalizó y enfatizó la asimetría de poder entre hombres y mujeres.

Los hombres concentraron la producción de las normas y reglas sociales, con una participación exclusiva en el desarrollo de las políticas y su regulación, así como de las actividades comerciales. Además, pudieron liderar la gestión de sus hogares como rectores autorizados por esa nueva forma de Estado moderno que se gestaba y que les proveía el carácter de ciudadanos, con más derechos sociales, civiles y políticos, y por encima de las mujeres.

En todo el mundo, las mujeres hemos tenido que luchar por nuestro derecho a la herencia —a heredar y también a disponer de ella, ya que no siempre ambas cosas iban de la mano—, a la división de bienes en caso de ruptura de las nupcias matrimoniales, y por nuestros derechos sociales, políticos y civiles. **Los varones diseñaron de primera mano quiénes eran beneficiarios de los derechos que ellos mismos se sentaron a escribir, y nos excluyeron.**

El traspaso de las economías campesinas, domésticas y regionales a la economía fabril y del dinero fue, sin duda, la piedra de plomo que recayó sobre nuestras cabezas y nuestra libertad, sepultando los pocos atisbos de ella que habíamos logrado en el sistema económico comunal que había reinado hasta ese momento, y que nos había permitido formar parte de la toma de decisiones dentro de nuestras tierras o trabajos artesanales, y también de la socialización de las tareas de cuidado entre otras mujeres.

El surgimiento de esta nueva familia atomizada, que hoy conocemos como la familia nuclear o «tipo», nos aisló brutalmente de poder

compartir las tareas domésticas y de crianza, nos silenció de poder defendernos o tener una estructura de contención, y por sobre todas las cosas, se nos fue impuesto un tipo de dependencia económica y política sin precedentes y de manera global. Este modelo

sería replicado en toda Europa y luego sería importado por las diferentes colonias de América que comenzaban distintos procesos independentistas, donde el carácter militar y político de los varones se exacerbó por las necesidades de lucha de la época.

Las políticas pronatalistas fueron características, además, de la creación de leyes que buscaban el crecimiento poblacional a gran escala. Este Estado moderno que institucionaliza la familia nuclear en una nueva economía capitalista estará caracterizado por la supervisión de la sexualidad, de la procreación y de cómo deben ser las relaciones de la vida familiar. **El nuevo contrato tácito y sexual del que no formamos parte, en el sentido de que no pudimos decidir, redefinió las relaciones sociales olvidando nuestra histórica condición como trabajadoras, y relegándonos a ser la madre de, la esposa de, la hija de, e incluso la viuda de.**

La expulsión sistemática y organizada del poder político para relegarnos del trabajo de la tierra, de la comercialización de algunos productos que producíamos, de la amplia experiencia en trabajos relacionados con la manufactura y artesanías que históricamente estaban feminizados sumió a las mujeres en la pobreza. Algo que podía mejorar si hacíamos carreras para ser buenas señoritas y formábamos una familia.

Nuestra dedicación exclusiva a las labores domésticas, lejos de la participación en el mercado industrial-laboral, nos depositó en una relación de dependencia sin precedente ante los varones, pero sobre todo les permitió a ellos ganar años de ventaja en la concentración económica y simbólica de los mecanismos que les permitieron posiciones de poder.

Los dueños

La situación más depreciativa para nuestras vidas no fue esta nueva organización formal del mundo político y económico, sino las concepciones simbólicas que acarrearon sobre el rol de los varones y mujeres, y la división sexual de una economía que ha encontrado su éxito en **hacernos creer que nuestro trabajo doméstico y de cuidados tenía que ver con un carácter propio de las mujeres, relacionado con el amor y la entrega, y no como una actividad productiva de enorme valor social.**

También existe una contracara del efecto de este proceso que debemos mencionar y es que se reforzó la idea del varón proveedor como sinónimo de masculinidad y «hombre bueno», algo que se arrastra al día de hoy cuando algunas mujeres manifiestan: «Es bueno, trabaja un montón para que no nos falte nada».

Esto también va a generar una percepción basada en una masculinidad que ve su potencial en la administración de la vida de las mujeres y de los recursos económicos dentro y fuera de ese hogar.

Esto es clave porque al día de hoy sigue imperando que los varones crean que son más hombres si logran disponer, concentrar y controlar la mayor cantidad de recursos que estén asociados al poder: además del dinero, el mayor número de prácticas sexuales que puedan «coleccionar», reflejando su control a través del cuerpo de las mujeres (como vimos en el apartado sobre Sexo) y de la disposición de una mujer que cuide y limpie, que se refleja en su propia disposición de tiempo para seguir ejerciendo sus actividades económicas, y también de reputación y liderazgo.

Los varones encontraron —y aún hoy lo hacen— en los recursos económicos, financieros y simbólicos la posibilidad de reforzar sus características identitarias. Respecto a nuestras características identitarias, fueron reforzadas por **el mandato de la buena mujer, aquella que es más**

«buena» cuanto más amorosa se muestra, mientras que los varones han centrado su identidad de

«buenos hombres» en el ser proveedores de las condiciones materiales de subsistencia.

La mentira de la complementariedad —que cada uno aporta «algo distinto» a la relación, como ya vimos en otros apartados— ha disfrazado una relación de domesticación y dominio, donde se sedimentó la idea de que nuestro ámbito de acción como mujeres no era solo el hogar sino «el amor». El amor era nuestra fuente de satisfacción, actuación, el lugar donde destacarnos y ser «especialistas».

Al instaurarse como dicotomía (y oposición) el binomio AMOR/ DINERO**, las mujeres quedamos presas en la creencia de que, si hacíamos algo por amor, no podíamos mezclar en eso las cuestiones relacionadas con el dinero**, y así, ser una buena mujer justamente tendrá como característica principal ser «desinteresadas», es decir que no nos importen los bienes materiales de los que disponga el varón o cómo los administre con nosotras.

Una creencia que nos ha desgastado por siglos si tenemos en cuenta que amar era nuestra única fuente de subsistencia y de acceso a recursos en un mundo que nos los negaba.

Esta relación disfrazada de complementariedad, en realidad, nos ha puesto en lugares asimétricos frente a la posibilidad y al nivel de autonomía en la toma de decisiones al interior de las parejas sexoafectivas. En el pasado, las mujeres veíamos restringida nuestra libertad no solo con las parejas dentro del núcleo de la familia formal, sino también, por ejemplo, las hijas mujeres en función de sus hermanos varones frente al padre de familia.

En la actualidad, mucho de esto sigue vigente y la falta de recursos materiales en un mundo capitalista nos ha encontrado en la necesidad de desarrollar historias en nuestra cabeza relacionadas con épicas románticas que permitieran justificar cuánto de nuestras decisiones sobre las elecciones de pareja se ha basado en la imperiosa necesidad de supervivencia.

Nos aferramos al amor para no ver y afrontar la dura verdad del poco margen de acción que hemos tenido por siglos. Al día de hoy escucho mujeres que naturalizan «buscar a través del amor» a un hombre proveedor, porque de esa forma ellas se sienten más cuidadas. Lo que niegan es que, según los datos, **las mujeres más vulnerables a recibir violencia son justamente las que no están emancipadas**

económicamente. Sacar a las mujeres del escenario de la concentración del dinero y hacernos sentir que éramos protagonistas y dueñas de un saber (el referido al amor) del que los hombres no

podían acceder por su naturaleza y nosotras sí por la nuestra ha generado un enorme disvalor sobre la percepción que tenemos de nosotras mismas.

Hemos creído que les debíamos entrega incuestionable a los varones y que quedábamos en deuda porque ellos traían ese dinero, fruto de su trabajo por fuera del hogar, que tenía un gran valor social en contraposición a nuestro trabajo dentro del hogar. Se nos imprimió un carácter relacionado con la abnegación afectiva como ofrenda por el sacrificio que hacían ellos, ya que no tenían la posibilidad de

«disfrutar del calor del hogar» durante todo el día.

Esto generó que las mujeres pensáramos —y muchas lo sostienen al día de hoy— que no merecíamos cuestionar a los varones ni disponer del dinero dentro del hogar sin su aprobación, y también se consolidó el arquetipo de las mujeres vividoras o vagas, aquellas que, mientras los varones trabajan, miran la novela o generan chismes con otras mujeres. **Estas creencias minaron la idea de que la labor doméstica —y sus derivados— merecía ser valorada y destacada socialmente, y como pertenecía a un ámbito de acción relacionado con el amor incuestionable que nos era propio a las mujeres por nuestra naturaleza afectiva —por encima de la racional—, tampoco merecíamos reconocimiento económico.**

1- Ver oig.cepal.org/es/indicadores/poblacion-sin-ingresos-propios-sexo.

2- Informe anual «Una economía al servicio del 99 %», OXFAM, 2017.

CAPÍTULO II

Amar empobrece: violencia

económica y patrimonial

Aquello que llaman amor

es trabajo doméstico no pago.

SILVIA FEDERICI

El mensaje que me llega a mi casilla en Instagram es de Emilce. Me cuenta que llegó a mi Instagram por su hija. Por las noches, antes de cenar, miran lo que puse durante el día y lo conversan. Emilce se separó hace tres años, cuando terminó de leer (Mal) Educadas. Me aclara —como si yo pudiera pensar lo contrario— que no se separó por el libro, pero que ahí descubrió algo que le hizo tomar la decisión final. Al separarse, no recordaba haber tenido otra vida que no hubiera sido la de servicio. «Todavía me quedan años de vida como para darme por vencida», escribió en el mensaje.

Tengo grabada esa frase a fuego.

Me cuenta que crio dos hijos desde muy chica y cuidó a su ex esposo, más las tareas del hogar. Él salía a trabajar y era la buena persona que traía el dinero para que todos estuvieran bien. Emilce sintió por mucho tiempo que él le había hecho un favor a ella, que tenía un techo gracias a él.

Las conversaciones con su hija la fueron llevando a identificar que ellos eran chicos cuando se juntaron, es decir, no se casaron legalmente —algo no tan normal en esa época— y que lo que tenían era gracias al trabajo de los

dos. «Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que yo había trabajado, nena», me dice a modo de confesión. Para ella, las cosas cambiaron rápidamente cuando decidió empezar a poner algunos límites: «Él cambió mucho cuando yo empecé a tener la platita de mi jubilación y empecé a hacer cosas sola o con amigas». Mientras leo su mensaje fascinada, pienso en que, en realidad, la que había cambiado era ella.

Emilce se separó. La casa, las cajas de ahorro, los ahorros, todo estaba a nombre de él. Según la legislación argentina, ella podría haber pedido algún tipo de compensación económica por los años que estuvieron juntos, pero ella tenía que demostrar que sus posibilidades

económicas se habían visto deterioradas. Su hija y su otro hijo le alquilaron un departamento y la apoyaron, y subsiste con eso y una jubilación mínima que pudo conseguir por una ley que permite que las amas de casa se jubilen. «No me doy lujos, pero como lo que quiero a la hora que yo quiero», dice. No puedo evitar sentir ternura.

Le agradezco su mensaje enormemente, y al despedirme le pregunto de dónde es. Me responde: «De acá, de la capital». Había dado por seguro que era de alguna localidad humilde de mi país. Ese sesgo de creer que las mujeres en la capital de la Argentina están mejor que en el resto del país también impera en mí. Intercambiamos algunos mensajes más y me guardo para siempre esa conversación.

Esa semana decidí abordar en mis redes, a raíz de ese mensaje, el tema de la violencia económica y patrimonial. Emilce se había ido de esa relación sin nada porque le generaba más carga mental y estrés reclamar e iniciar un proceso legal, además de que no tenía dinero para hacerlo. No se había llevado nada de lo que le correspondía por derecho luego de tantos años de servicio. La legislación argentina no colabora, no hay años de convivencia que equipare lo que en derecho sí corresponde ante una unión matrimonial.

Entiendo que cada país tiene leyes distintas sobre esto, pero en todos los mensajes que recibía de varias regiones hispanohablantes había una constante: **las mujeres que estaban en pareja NO sabían el (corto) alcance de sus derechos.** Eran miles de mensajes preguntándome cuál era la protección legal que tenían en función del tipo de vínculo afectivo que atravesaban.

Durante 2022 comencé una campaña en redes para informar sobre la situación legal de las mujeres, que depende del vínculo sexoafectivo que tienen: una convivencia sin ningún tipo de registro legal, el registro legal de la convivencia o el registro matrimonial. Abogadas del país se sumaban y me arrobaban para subir información legal que protegían a las mujeres, o herramientas de negociación para una separación donde no quedaran desamparadas, así como también cosas a tener en cuenta cuando estamos conviviendo con otro, *etc.* Lo más llamativo fue la cantidad de mujeres que, esgrimiendo ser

«empoderadas e independientes», no querían casarse. Este sentimiento se diluía cuando les explicaba que, al menos en la Argentina, si no estás casada, una vez que se termina la unión, no hay separación de bienes, salvo los que estén legalmente registrados a tu nombre.

Recibí durante más de diez días seguidos comentarios de mujeres que

me contaban experiencias pasadas en las que se habían quedado en la calle, sin nada. Las mismas que muchas veces son señaladas como «vividoras»

mayoritariamente son aquellas que, al separarse, quedan en situación de desamparo. Por ejemplo, habían comprado autos pero, como estaban a nombre de su ahora expareja, lo perdían. Me resultó muy llamativo, también, la cantidad de créditos financieros que habían sacado para ellos. ¡Todo lo que estamos dispuestas a dar por un poco de amor!

En solo esa semana tuve 24 000 seguidoras más, que para Instagram son números muy altos. Las mujeres llegaban a mi cuenta también de lugares de América Latina,

y yo les explicaba que desconocía la legislación de su territorio. Muchas se dieron cuenta de que estaban en una relación de convivencia con hijos, y que eso no las protegía en nada, ya que por más que tengas hijos, frente a una separación que no estuvo registrada legalmente, no existe ninguna especie de resarcimiento significativo por todos los años de servicio en los que se relegó, por ejemplo, el propio crecimiento profesional. Hay un monto que una puede reclamar, en forma de compensación, que no suele ser significativo y es muy difícil de probar en una etapa de disolución, pero además tenés que acceder a una justicia que es muy costosa… Las propias demandas de alimentos y su ejecución resultan inaccesibles y tediosas para muchas mujeres, porque el sistema las desmotiva para que puedan hacerlo.

Ellas terminan separándose o tienen miedo de hacerlo, porque saben lo que se les viene con hijos a cuestas, sin trabajo, sin ingresos, y sin disponibilidad de tiempo para generarlos. Siempre advierto que estas frases de supuesta libertad donde el matrimonio quedó demodé, entre otros adjetivos, no reflejan la verdad: aún no hay leyes que nos protejan patrimonialmente por fuera del matrimonio. Por supuesto que cada caso es muy específico, pero mi consejo sigue siendo el asesoramiento con una abogada o abogado antes de que sea tarde.

Las mujeres gastamos dinero mensual en cosas que no nos generan ningún valor personal: pestañas, cejas, maquillaje nuevo, ropa, ropa y más ropa, pero cuando tenemos que pagar por alguien que nos asesore en lo legal e incluso lo contable, lo vemos «muy costoso». Sin lugar a duda esto es algo que tenemos que empezar a reflexionar para que nuestro camino a una emancipación sea más real.

¿Cómo se llega a decidir compartir una vida con alguien sin saber las reglas del juego? ¿En qué momento estamos tan distraídas que no nos

asesoramos legalmente sobre vínculos que van a

modificar toda nuestra vida a futuro? ¿En qué momento no registramos que una convivencia nos pone en un lugar de disposición, y más con hijos, que generará en nosotras un deterioro patrimonial? Y

más si tenemos en cuenta que a veces estaremos por años fuera del sistema laboral, educativo o de aportes previsionales. Las mujeres deciden unirse en pareja sin tener acuerdos previos de administración del dinero que ingresará o lo que les corresponderá a ellas si, por ejemplo, tienen que relegar su ocupación laboral. El proceso de esos días me sorprendió, porque parecía que yo hablaba por primera vez de un tema que es al menos, y con facilidad, googleable. ¿Por qué las mujeres estaban ahí sorprendidas ante esa información obvia?

Pero no lo es, y no porque seamos tontas. Recordé la clásica frase de Kate Millet en su ensayo Política sexual (1970): «El amor ha sido el opio de las mujeres, como la religión el de las masas. Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban. Tal vez no se trate de que el amor en sí sea malo, sino de la manera en que se empleó para engatusar a la mujer y hacerla dependiente, en todos los sentidos». Más de cincuenta años después, ese opio sigue sin ser evidente, pero bastó comenzar a hablar del tema para sacarlo a la luz.

Reconocer la desigualdad

En primer lugar hay que entender que hombres y mujeres partimos de una base estructural muy distinta. Hay barreras para nosotras que los varones no tienen: en el mercado laboral, en la educación que recibimos, y por supuesto también existen limitaciones culturales. Como vimos, el orden social basado en la falsa complementariedad nos ha relegado a nosotras de los lugares de poder, y uno de ellos es la posibilidad de concentración del dinero.

No todas las mujeres vamos a sufrir violencia económica o patrimonial a lo largo de nuestras vidas, pero es urgente que sí todas sepamos qué es y estemos advertidas, entendiendo no solo esta desigualdad estructural, sino el lugar histórico de vividoras o de ventajeras en que se nos puso para pensar mal de nosotras mismas mientras muchas veces estamos siendo engañadas.

La violencia económica nos habla de una relación asimétrica entre dos personas, de las cuales una, mediante la administración y posesión del dinero, ejerce manipulación y control sobre la otra. Ese dinero que es utilizado como medio para propiciar esa relación de desigualdad está disponible en el presente o mediano plazo, es el que se utiliza para todos los gastos relacionados con las necesidades básicas, por ejemplo. Pero no así en el largo plazo.

La diferencia entre valor económico y valor patrimonial básicamente radica en el tiempo y la acumulación a través de él, que me permite la disponibilidad de dinero. Cuanta más acumulación de dinero —y de los bienes materiales y simbólicos que se desprenden de poseerlo—, más posibilidades tiene una persona de hacer crecer su patrimonio, y por consiguiente, esa posibilidad acumulativa retroalimenta ese crecimiento económico.

La violencia patrimonial es aquella que nos empobrece a través del tiempo y limita nuestra capacidad de decisión al volvernos dependientes de ese ingreso que sostiene nuestras vidas. Esto, en la práctica, toma dimensiones como comprar un auto y ponerlo a nombre solo del victimario, no compartir los fondos de ahorro que se hacen en la pareja, la retención de documentación legal vital para, por ejemplo, la obtención de un trabajo y que ponen en una situación de dependencia a la víctima, *etc.*

El ejercicio de la violencia económica radica en restringirle a la

víctima recursos básicos que necesita diariamente, como por ejemplo dinero para comer, la tarjeta para usar el subte, poner una llave en la alacena para la comida, *etc.* También se suma el control de sus gastos: revisar uno por uno el detalle de la tarjeta de crédito con comentarios despectivos; decirle que, si quiere algo, deberá realizar una acción/orden que se impondrá aunque la otra parte esté en desacuerdo, darle solo el dinero justo para las compras básicas y pedir el ticket y el vuelto en formas obsesivas de intromisión que no son propias de los consensos básicos de una pareja.

Ambas violencias, la patrimonial y la económica, van de la mano. La económica es la que comienza a socavar el patrimonio a lo largo del tiempo, y ambas son peligrosas porque suelen pasan desapercibidas: «Me dijo que me quede cuidando al nene, y después me dejó, me quedé sin trabajo, sola, con un bebé y sin saber qué hacer»;

«Al principio me daba plata para todas mis necesidades, ahora ya no tengo ningún ingreso porque dejé de trabajar y me maltrata psicológicamente cada vez que le pido para algo básico», y así, muchísimos ejemplos.

En España, durante 2019, se publicó un estudio realizado por el gobierno a través de una macroencuesta, donde lograron identificar que el 11,5 % de las mujeres residentes en ese país de 16 o más años habían sufrido violencia económica por parte de alguna pareja o expareja a lo largo de sus vidas. Según las Naciones Unidas, dos de cada diez

(1) mujeres mexicanas mayores de 15 años han vivido violencia económica por parte de su pareja. Según datos oficiales, entre marzo y junio de 2020, casi todos los países de América Latina registraron un aumento en las llamadas a las líneas de emergencia por violencia de género. En algunos casos, como el de Venezuela, el incremento llegó a

ser del 80 % (2).

El encierro debido a la pandemia por Covid-19 recrudeció las formas de violencia económica, pues las mujeres sufrieron con mayor fuerza el desempleo o la baja de sus empleos temporales. En la Argentina, de las 2304 (3)

denuncias telefónicas por violencia económica entre marzo y fines de junio del primer año de pandemia, solo fueron denunciados efectivamente en la justicia 314 casos en el mismo período, es decir,

apenas un 13 %.

Por supuesto que estas violencias irán acompañadas de otras, como por ejemplo la sexual: te doy la tarjeta de crédito a cambio de sexo, *etc.* De hecho, no son pocas las mujeres que en todo el mundo creen que esto último es consentimiento, cuando en realidad es coerción explícita. La coerción a través del dinero es fundamental, porque todo lo que sostiene a los vínculos en este mundo capitalista funciona con el dinero como moneda de intercambio.

No obstante, no creo que tener dinero evite que una mujer caiga en situaciones de violencia, pero sí creo que posibilita salir más rápido muchas veces. No es una garantía, pero contar con un trabajo o con un ingreso muchas veces es lo que permite que las mujeres peguen el portazo ante los maltratos. Lamentablemente, y sobre todo en países tan pobres como la Argentina, u otros de América Latina —de hecho, el continente lidera las cifras de violencia

—, las mujeres tienen que elegir muchas veces entre vivir con la posibilidad latente de ser asesinadas o violentadas en cualquier momento pero tener un techo o salir de esa relación de abusos y vivir en la calle. No hay decisión o elección posible ante este tipo de necesidades.

El tiempo es dinero

Para que una persona pueda crecer económicamente hay tres factores principales: los relacionados con la herencia, es decir, de donde ya uno parte para generar sus propios recursos; los profesionales/ laborales, que van a ser la fuente

de obtención de recursos en el presente; y por último, el uso del tiempo. Time is money (el tiempo es dinero) reza el dicho… que no se hace extensivo a las agotadoras jornadas de trabajo que tenemos las mujeres.

El tiempo, como factor de acumulación, es clave porque el deterioro de la vida patrimonial de las mujeres no radica solo en el empobrecimiento en materia de dinero, sino también en la imposibilidad de acceder, por ejemplo, a una jubilación porque no están en el mercado formal de trabajo, o a mayores niveles de estudio y especialización que les permitirían acceder a mejores trabajos con mayor remuneración.

Dentro de todo lo que perdemos, también está la falta de tiempo para acumular contactos, vínculos claves para nuestra vida profesional o para el desarrollo de nuestro bienestar físico, psíquico y espiritual, que también impacta en el desarrollo de nuestra economía y patrimonio.

En la Argentina, durante 2013 se desarrolló una Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo, dependiente del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.

Esta mostró que, del total del tiempo aplicado al trabajo doméstico no remunerado, el 76 % corresponde a las mujeres y el 24 % a los varones. **Es decir que las mujeres argentinas, en promedio, destinamos 6,4 horas de nuestro día al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, mientras que los varones destinan 3,4**

horas a las mismas tareas (4).

En España las cifras no son distintas. El Instituto de

Estadística Nacional (5), en datos publicados durante 2016,

determinó que las mujeres dedicaban al cuidado de los hijos 38 horas semanales frente a las 23 horas que dedicaban los hombres. Además, también ocupaban más horas en cocinar y en labores domésticas, o el

cuidado de familiares y de personas adultas. La posibilidad de conciliación laboral luego de parir y sus barreras reflejan que en España el 92,3 % de las personas que en 2017 pidieron una

excedencia para cuidar a los hijos fueron mujeres. En el mismo orden, las españolas representan el 97 % de la fuerza laboral que está contratada por una jornada parcial para cuidar niños o adultos mayores.

Este escenario deja al descubierto que no es que nosotras no queramos trabajar, sino que lo hacemos pero, en la mayoría de los casos, a tiempo parcial e incluso sin percibir un salario, dado que trabajar dentro de nuestras casas o cuidando familiares es un trabajo, pero tan invisible que olvida ser reconocido como tal. Esto también deja reflejado que, para los varones, la disponibilidad que tienen de tiempo —a costa de nuestro trabajo— les resulta enormemente beneficiosa para seguir acumulando dinero.

Pueden dedicarles más horas a sus trabajos, especializarse, viajar o participar de actividades sociales, *etc.*

El Observatorio de Igualdad de Género para América Latina y el Caribe, dirigido por la CEPAL, en su informe La autonomía económica de las mujeres en la recuperación sostenible y con igualdad (2021) (6), recoge las cifras de la región sobre el uso del tiempo. En la Argentina, las mujeres dedican 42,4 horas semanales al trabajo no remunerado, mientras que los hombres dedican 17,3. En México, durante el segundo trimestre de 2019, las mujeres alcanzaban 30,8

horas semanales de trabajo con una paupérrima y nula participación de solo 9,2 horas para los hombres. En Uruguay, las mujeres dedican 42,1 horas semanales al trabajo no remunerado, mientras que los hombres dedican 19,0 horas. En Perú, las mujeres dedican 39,8 horas semanales al trabajo no remunerado, mientras que los hombres dedican 15,7. En Costa Rica esta diferencia es de 37,95 horas semanales versus 14,6…

En todos lados el mismo problema: las mujeres hemos ido a mansalva a participar del mercado de trabajo, pero no lo hemos hecho por libertad o empoderamiento, sino por la imperiosa necesidad de contar con recursos para salir de situaciones de estancamiento o dependencia. Pero, claro,

los varones no necesitaron socializar los cuidados, participar de ellos y formar parte de la vida familiar, ni por necesidad relacionada con la

supervivencia ni tampoco por motivación afectiva, porque esto último es incompatible con la acumulación de dinero que necesitan para alimentar su hombría.

Es importante que los varones que están en pareja entiendan que la asimetría en el uso del tiempo es violencia, ya que esta se traslada negativamente a la vida de las mujeres en forma de deterioro físico y cognitivo, debido a la carga mental y el menoscabo económico y patrimonial por las barreras que genera la falta de tiempo. Tal vez haya hombres que no perciban que ejercen violencia, y efectivamente sean amorosos en sus relaciones, pero naturalizan la dedicación de las mujeres a las tareas domésticas sin entender y visualizar lo que eso produce en sus vidas. De la misma manera, **las mujeres sentimos ese daño, pero tampoco logramos**

verbalizarlo o conceptualizarlo como algo del orden de la violencia y la desigualdad estructural. Reconocer este proceso nos permitirá tomar decisiones relacionadas con nuestro futuro económico.

Negociar al interior de la pareja

Para que los demás valoren nuestro trabajo, primero tenemos, en lo personal, que poder dimensionar el valor de lo que hacemos. Ver reflejadas todas estas tareas que realizamos y ponerle un valor monetario que deje a la luz lo que costaría contratar a alguien que hiciera esas actividades es una manera. **De esta forma se refleja que, si nosotras no estuviéramos ahí, alguien debería hacerlo.**

Esta lista de referencia que enumero a continuación permite visualizar con detalle muchas de las cosas que hacemos diariamente. Podemos utilizar el valor de una hora,

que suele estar acordado públicamente, multiplicarlo por la cantidad de hora/trabajo, y luego, por la cantidad de días que se realizan esas actividades (no todas se realizan todos los días).

• Ordenar

• Limpiar pisos y ventanas

• Lavar, tender, planchar, guardar ropa

• Ir a comprar alimentos

• Cuidar mascotas y plantas

• Amamantar

• Gestionar la escolaridad-tareas semanales

• Cuidar de adultos mayores dentro del hogar

• Realizar trámites del núcleo familiar

• Realizar trámites semanales de adultos mayores

• Preparar la comida

• Lavar los platos

• Llevar a terapias médicas a niños y ancianos

• Trasladar a niños y ancianos a actividades de formación y recreativas

• Realizar reparaciones en el hogar

• Gestionar la compra de ropa

• Cuidar a un familiar con alguna enfermedad

En general, luego de hacer este ejercicio, la mayoría entramos en crisis. El valor económico que suele mostrar hacer esta cuenta es muchas veces más alto que el salario principal (es decir, el de mayor valor) que ingresa al hogar, y ahí es cuando muchas decimos ¡EUREKA! ¡Nadie podría pagarme esto! **El problema no es solo que esto no tiene valor económico, sino que no tiene valor social**.

La sociedad —incluyéndonos— tiene muy arraigado que esto es un deber que tenemos nosotras porque nuestro campo de acción es el del «amor y la entrega». La

feminización de estos dos valores funciona, y diseña la venda en los ojos que nos va a acompañar de por vida.

Pero existe otra situación: aunque la estructura social nos hable de una desigualdad en el uso del tiempo entre hombres y mujeres dentro de sus hogares, esto no necesariamente refleja que las mujeres suframos violencia económica y patrimonial. Muchas veces el problema es que somos las mismas mujeres las que nos sentimos incómodas o contrariadas de disponer del dinero que entra en el hogar.

Sentimos que no trabajamos lo suficiente o de forma equitativa con la

pareja —porque él gana más— como para hacer un gasto extra o darnos un gustito, y preferimos administrar solo los gastos referidos al costo de la vida diaria, pero no utilizar ese dinero para gastos personales.

Este es otro tipo de barrera subjetiva, como ya he definido, porque radica en la concepción personal que la mujer tiene sobre sí misma acerca del aporte que hace en ese hogar y sobre la falta de entendimiento de que eso que hace es trabajo y es socialmente relevante.

Las vividoras

El estereotipo de la vividora, el de aquella mujer que, ávida de dinero o recursos, saca una ventaja desproporcionada de un varón proveedor, nos dice dos cosas: que las mujeres abusan del poder económico que tiene su pareja, y que su pareja es una víctima de la violencia doméstica.

Bueno, por supuesto que esto es un mito que se cae al contrastar con los datos que ya he expuesto sobre las asimetrías de poder que existen para nosotras al interior de los vínculos afectivos. Sin embargo, el estereotipo de la vividora sigue imperando, e incluso nosotras mismas seguimos diciendo «no reclamo para que no piense que me quiero aprovechar». Las mujeres que reclaman lo que les corresponde recurrentemente son puestas en tela de juicio por el entorno, muchas veces por las propias personas de

confianza, que les dicen que agradezcan el dinero que tienen sus parejas, que no se quejen, que no pidan, que no reclamen, que sean independientes y puedan solas con los hijos, *etc.*

Hesíodo, en su poema «Los trabajos y los días», 700 a.C., escribe: «No dejes que una mujer de trasero emperifollado te engañe con palabras engatusadoras y mimosas. Primero está tu granero»; es decir, la mujer hará perder al hombre sus bienes a través de sus engaños. La narrativa de Hesíodo refleja uno de los pilares en el origen de la desigualdad: **las mujeres seremos consideradas propiedad, no propietarias, y quien se corra de ese lugar o sea ambiciosa, o hable de dinero, será considerada una mujer ventajera.**

La vividora es la construcción cultural sobre la que se sustenta el discurso de que las mujeres son males que empobrecen a los hombres o que los obnubilan. Malas mujeres que «quedan embarazadas» solas, por arte de magia, o que les sacan plata a los hombres engatusándolos con su belleza. En el medio, los hombres, víctimas de nuestros engaños. En la realidad, la supuesta vividora es la mujer que en la casa gestiona el hogar, criando hijos y ancianos 24 × 7. La que incluso sale a trabajar afuera pero gana menos y, como los hijos viven con ella, el progenitor también tiene mayor posibilidad del uso del tiempo que le permita hacer crecer su capital económico y social. **La mirada social que condena a la vividora es una pantalla que busca ocultar la brecha salarial, la desigualdad en la distribución del tiempo dentro del hogar, el no pago de la cuota de alimentos**

de nuestros hijos, *etc.*

Para cerrar, me parece interesante un abordaje que hace Clara Coria en El sexo oculto del dinero (1986), donde señala que «el acceso al dinero por parte de las mujeres no ha modificado el modelo de poder imperante en la sociedad patriarcal. Es cierto que ha corrido mucha agua bajo el

puente en los últimos 25 años en cuanto al posicionamiento que no pocas mujeres tomaron respecto del dinero para ganarlo, administrarlo y gastarlo. Se produjeron grandes modificaciones que impactaron con fuerza en la subjetividad femenina y por lo tanto, también impactaron con fuerza en la subjetividad masculina…Con respecto a los varones, la también frecuente resistencia masculina para aceptar compartir las decisiones de fondo sobre el dinero ha generado conflictos de tal envergadura que terminaron atacando los cimientos profundos de los vínculos de pareja, salpicando, por supuesto, al amor. **Cada vez estoy más convencida de que no es el dinero lo que mata al amor sino el modelo de poder que esgrimen quienes lo comparten».**

1- Autonomía económica para salir de una situación de violencia, ONU Mujeres -

América Latina y el Caribe (unwomen.org).

2- Violencia económica. Violentadas en cuarentena, en distintaslatitudes.net.

3- Ídem.

4- Datos extraídos de (Mal) Educadas.

5- Las mujeres en España, en datos y gráficos, en www.epdata.es/datos/mujeres-datos-graficos/254.

6- «La autonomía económica de las mujeres en la recuperación sostenible y con igualdad», febrero, 2021, en www.cepal.org/es/publicaciones/46633-la-autonomia-economica-mujeres-la-recuperacion-sostenible-igualdad.

CAPÍTULO III

Mujeres solas a cargo de su hogar: el

no pago de alimentos y la

complicidad judicial

El carácter deudor de la cuota alimentaria para las y los hijas/os es un fenómeno de género muy extendido; la mayoría de los deudores alimentarios son varones, la mayoría de las acreedoras son las madres que conviven con sus hijas e hijos, y que demandan en representación de ellos. En este sentido, esta problemática saca a la luz una realidad escondida a voces, un problema relacionado exclusivamente con la desigualdad de género, que discrimina a las mujeres y a los infantes, y que genera un fenómeno estructural como es la feminización de la pobreza.

Se entiende por feminización de la pobreza aquellos mecanismos y barreras, sociales,

económicas, judiciales, culturales, que generan que las mujeres y otras identidades feminizadas estemos más expuestas al empobrecimiento en nuestra calidad de vida. Según un estudio de UNWomen para medir la feminización de la pobreza, con datos recolectados para 2014, se estimaba que por cada 100 hombres de los hogares más pobres había 155,3 mujeres, es decir más del 50 %, tomando como base 100 personas. La causa más notable de empobrecimiento refiere al hecho de estar al cuidado exclusivo de las crianzas, pero también de la

necesidad de mantener económicamente el hogar. Una dualidad muy difícil de sostener y que también se ve acompañada por el fenómeno de infantilización de la pobreza.

Las mujeres nos empobrecemos junto con nuestros hijos.

Los Estados son responsables, ya que a este panorama se le suma la ausencia de políticas de conciliación: licencias específicas, jardines de infantes, subsidios, urbanización de los espacios que carecen de infraestructura básica, facilidades en el acceso a la justicia, entre otras.

Durante 2022 se hizo un estudio en la Argentina, en la provincia/ estado de Buenos Aires, sobre deudores

alimentarios (1). Los resultados a quienes venimos denunciando esta situación no nos sorprenden pero son alarmantes: 7 de cada 10 madres separadas no recibe la cuota alimentaria; a 9 de cada 10 de las que

cuentan con algún aporte paterno no les alcanza para mantenerlos. Esta situación se ha visto recrudecida pospandemia, cuando muchas de estas madres perdieron sus principales ingresos económicos. Las mujeres, para poder salir a trabajar, quedamos atrapadas en otras redes, que si bien también son de cuidado y apoyo, no dejan de coartar nuestra autonomía en la toma de decisiones: familias que opinan, el miedo de dejar a los hijos con desconocidos, *etc.*

Creencias culturales: estereotipos que

funcionan como barreras

A la hora del reclamo de alimentos, las mujeres nos encontramos con barreras culturales que se trasladan al ámbito de la justicia y nos dejan expuestas a la violencia económica.

La primera es la falsa creencia de que los hijos y sus cuidados deben estar exclusivamente a cargo de la madre, ya que de esta manera «ellos estarán mejor».

Esta idea se arrastra hace siglos, aunque durante muchos

años —y no hasta hace tanto tiempo—, en los países occidentalizados, con una tradición heredada del Derecho romano, los hijos eran propiedad del varón mediante el concepto de tutela. Algo que fue mutando, pero que sigue imperando en las prácticas judiciales, donde a los varones se les permite el ejercicio de cualquier violencia por el derecho supremo de su vínculo filiatorio, pero a las mujeres no se nos apoya en los reclamos relacionados con el no pago de alimentos, e incluso cuando denunciamos violencia hacia nosotras y nuestros hijos.

Esto último refleja el criterio de una ética de la familia como valor incuestionable. De esta forma, los operadores judiciales, ante el reclamo de las mujeres, apelan a principios morales y valores socialmente compartidos para «negociar una solución en el conflicto»; de hecho, el concepto de «mediación» ya de por sí es discriminatorio, si entendemos que no hay un punto medio y de encuentro cuando se comienza en posiciones distintas desde la base por las relaciones asimétricas de poder entre hombres y mujeres. Por esta razón, todos estos procesos legales se ejecutan en la subjetividad de los distintos operadores judiciales, quienes consideran el concepto de

«familia» como bien supremo, y como un derecho que deben tener las infancias a pesar de todo. A pesar incluso de que ese padre incurra en violencia, ya sea física, psicológica y/o patrimonial.

Otras de las creencias que motivan la violencia económica por parte del sistema de justicia hacia las mujeres es cuando esgrimen que **los alimentos y el reclamo de estos no son tan importantes en las necesidades vitales de esas infancias, y su incumplimiento no representa necesariamente violencia hacia la mujer.** En la Argentina, aunque la ley de erradicación de la violencia de género (Ley 26 485) tiene un apartado sobre violencia económica, esta no es

considerada como agravante, y aún son muy excepcionales los fallos en esta materia.

En Colombia, la Ley 1257, de 2008, contempla el daño patrimonial y la violencia económica, esta última entendida como «cualquier acción u omisión orientada al abuso económico, el control abusivo de las finanzas, recompensas o castigos monetarios a las mujeres por razón de su condición social, económica o política». En Perú, en diciembre de 2015 se aprobó la Ley 30 364 para «Prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres y los integrantes del grupo familiar», que tipifica la violencia económica y patrimonial.

Cada vez son más los países que apuestan a

legislaciones que incluyen este tipo de violencia, como eje contra la violencia de género. No obstante, y aun sabiendo que la desarticulación de relaciones de apego económicas son complejas ante las necesidades básicas insatisfechas, los Estados no tienen programas abarcativos de oportunidades para esas mujeres, y entonces todo termina quedando en meras cuestiones enunciativas dentro de la ley.

En caso que los programas de asistencia existan, sucede algo que ha sabido ejemplificar muy bien la serie Las cosas por limpiar (2021), homónima del best seller Maid, sobre una madre joven que trabaja limpiando casas y lucha por sus derechos y los de su pequeña hija ante la violencia doméstica y económica: son programas que vuelven a violentar a esas mujeres, a hacerlas sentir nuevamente en relación de dependencia y con un Estado que controlará por qué las «sostiene económicamente», como si les estuviera regalando algo. De alguna forma, las mujeres terminamos cambiando de «patrón» pero seguimos expuestas a situaciones de desprecio social.

La violencia que ejercen los Estados y que busca controlar la vida de las mujeres es tan evidente que, si los progenitores realizan un incumplimiento continuo de sus

deberes económicos o en relación a las visitas acordadas, abogados, abogadas, juezas y jueces repetirán al unísono:

«La justicia tiene límites, no se puede obligar a un padre a querer a un hijo». Algo por lo menos inquietante, cuando vemos la cantidad de revinculaciones forzadas que hay de menores de edad con padres violentos, esgrimiendo la ética de la familia como pilar básico.

La falta de perspectiva de género en el sistema judicial profundiza la desigualdad, y favorece el desgaste que sufrimos las mujeres ante la

urgencia de reclamar por nuestros derechos. Entendemos rápidamente que el sistema de justicia no es un ámbito de protección hacia nosotras. **De esta forma, los sistemas de reclamo de derechos y reparación tradicionales no son usados por las mujeres en situación de vulnerabilidad.**

El objetivo del sistema de justicia desigual es generar una cultura de la no denuncia. Proceso que refleja el desgaste y descreimiento que vivenciamos las mujeres y que invisibiliza todas las formas de violencia patriarcales sobre nuestros cuerpos. **En el fondo, parece que el fin termina siendo el de controlar la vida de las mujeres, ya sea desde el Estado o desde nuestras relaciones íntimas.**

Pedir lo que nos corresponde: negociar el pago de alimentos

Negociar el pago de alimentos es complejo para muchas mujeres. En general solemos escuchar soluciones mágicas del tipo «reclamá» o «no hagas nada, no te conviene»

cuando una mujer se enfrenta a la decisión de tener que pedir por lo que les corresponde a sus hijas o hijos. **Lo que suelo aconsejar es que hay que revisar cada caso, y siempre es clave la consulta con una/o o más de un profesional.**

Pero, en primer lugar, consultar con un profesional tiene una barrera que es el poder contar con fondos económicos para hacerlo. En la Argentina al menos, el proceso para acceder al patrocinio gratuito de representación en estos casos es muy deficiente, está colapsado y muchas veces hay que demostrar que se está dentro de la línea de pobreza e indigencia para acceder a una consulta. Esto es una barrera enorme dado que tanto en la Argentina como en el resto del mundo las mujeres de clase media quedan solas al cuidado de sus hijos a tiempo completo y con trabajos muchas veces precarios para poder compatibilizar la crianza. No son mujeres pobres porque tienen trabajo, pero son mujeres empobrecidas por la carga mental y los trabajos flexibles y de menor carga horaria que les permiten cuidar. En el medio, no hay tiempo para reclamar, estar haciendo filas enormes para ser atendidas y encima tener respuestas esporádicas y poco expeditivas de un sistema judicial que, como último eslabón de protección, tiene a las mujeres y los niños.

Pero existe otra barrera, y es cuando efectivamente se cuenta con los recursos para tener una abogada o abogado, y es la famosa perspectiva de género (o falta de). Para que un profesional nos represente bien en estos casos tiene que tener una formación particular: que no lo

desgaste la cantidad de prejuicios que hay por parte de operarios judiciales hacia las mujeres que reclaman; y que además sea muy creativa o creativo en las formas de negociación, contando además con jurisprudencia —es decir, información de otros casos— para ejecutar, por ejemplo,

incumplimientos. Por último, que sea empática/empático porque muchas veces hay casos que además revisten de violencia, y no precisamente una violencia evidenciable, sino simbólica y psicológica. Un buen profesional debe detectar estas violencias y ponerlas sobre la mesa de la negociación para que quede demostrado frente a qué clase

de sujeto esa mujer se encuentra en situación de desigualdad.

Sí, el camino del no pago de alimentos y el reclamo es tortuoso. La finalidad de que sea tortuoso no es inocente. Busca, justamente, desmotivar a las mujeres pero, sobre todo, señalar a las mujeres que están ahí por su propia culpa, y que el empobrecimiento de ellas y de sus hijas e hijos es el castigo por no haber sido buenas mujeres. Las mujeres que quedan embarazadas por fuera de relaciones de pareja formales y deciden reclamar alimentos son, sin lugar a dudas, las pecadoras perfectas para que la justicia les diga «jodete por coger». Las mujeres que deciden divorciarse reciben como comentarios, incluso de sus familiares, «¿y para qué te separaste?» y la mayoría escucha «no necesitás nada de él».

Lo primero que hay que entender es que los alimentos son para los hijos, y que involucran no solo la comida del día/mes sino también otras actividades, pero que además deben contemplar el uso del tiempo del progenitor que mayoritariamente esté a cargo.

Muchas veces madre y padre tienen la misma cantidad de tiempo a sus hijas e hijos, y entonces hay que contemplar cómo es ese tiempo: ¿quién los lleva al médico?, ¿quién se ocupa de la tarea?, ¿quién cocina saludable?, ¿quién invita a las/los amigos? Estas cosas en general quedan desdibujadas en acuerdos expeditivos, donde nadie tiene en cuenta la carga mental que no solo se traduce en carga horaria.

Mismo tiempo de cuidados no es igual a equidad en la crianza, y todo eso vale, tiene un valor económico que sobrecarga a la persona que esté al cuidado y que en general la empobrece económica y patrimonialmente, como vimos a lo largo de esta parte.

¿Entonces qué hacer? Lamentablemente la justicia y la falta de

conocimiento de las y los operadores judiciales terminan, a través del reclamo de alimentos, generando situaciones de mayor dependencia con varones que son

agresivos y que incluso utilizan los acuerdos de alimentos para seguir manipulando a la madre que reclama. Por eso mi consejo es siempre analizar bien cuál es el mejor camino ante el reclamo y si conviene o no hacerlo. Por supuesto, los alimentos son un derecho de las hijas e hijos, y cualquier progenitor debería —en lo ideal— tener la obligación de velar por sus derechos. Pero lo que vemos en números es que la que queda expuesta y en situación de dependencia termina siendo la mujer.

Ahora bien, muchas —por no decir la mayoría de las mujeres que me escriben diariamente sobre este tema en mi Instagram— no reclaman porque sienten que, si no, serían «las vividoras» y **por eso insisto tanto en este estigma, porque este arquetipo está formado sobre la base de que las mujeres no nos adueñemos de nuestro poder económico.** ¿Por qué deberíamos poder con todo? ¿Por qué incluso, aunque pudiéramos con todo, deberíamos destinar todos nuestros recursos?

El reclamo de igualdad económica en la crianza —desde mi visión personal, mal llamado «de alimentos»— tiene que tener en cuenta a las mujeres que hace siglos no les queda otra que vivir económicamente en el día a día, no pudiendo ahorrar para convertirse en propietarias o tener mejores trabajos o formaciones profesionales por la falta de tiempo.

Si nosotras somos las que cuidamos —en números—, el reclamo de alimentos tiene que tener como dimensión principal que la mujer no se empobrezca.

Que la justicia siga hablando de que «es un derecho de los hijos» borra que en realidad la que termina perjudicada es la mujer. Como si la mujer tuviera que reclamar por su obligación como madre, pero que nadie vaya a pensar que algo de eso es para ella, ¿no? Bueno, hay que romper con ese prejuicio y reclamar ¡justamente por nosotras! Porque, de hecho, la mejor forma de que nuestros hijos estén bien es que nosotras lo estemos. La mejor forma de que ellos

crezcan libres es teniendo madres que no transitan el sacrificio de ver su vida drenada en las actividades diarias.

Tengo un mantra que es «los alimentos ordenan», y es que muchas

veces la vía judicial permite que un varón no ejerza violencia simbólica o psicológica en el «tira y afloje»

del control económico sobre las mujeres. Incluso en vínculos armoniosos, mantiene la armonía. **Reclamar alimentos, muchas veces, es un acto de reivindicación, de justicia restaurativa sobre años de desprestigio que han recibido esas madres que cuidaban solas, incluso aunque el padre estuviera con los hijos la mitad del tiempo**.

La negociación de alimentos debe incluir una dimensión objetiva, medida en tiempo y recursos y basada en los gastos, pero también una dimensión —la más importante—

simbólica. **Las hijas e hijos no deben tener un nivel de vida menor que el del progenitor que mejor esté económicamente, y además se debe tener en cuenta, sí o sí, el tiempo que esa mujer estará al cuidado, porque será tiempo que a futuro ella verá como**

«tiempo de descuento» para lo que no pudo hacer, y eso es invaluable. Las y los operadores judiciales deben tener en cuenta a la madre en el reclamo, y siempre como premisa una pregunta: **¿quién cuida a quién cuida?**

Las mujeres que decidan reclamar tienen que saber que el camino no es fácil, pero para muchas ha valido muchísimo la alegría y la libertad de estar no solo económicamente mejor, sino emocionalmente reivindicadas.

Como dije, hay casos en los que hay que analizar la conveniencia del reclamo, pero es hora de que los varones paguen, y lo digo con todo el rigor material que reviste esa frase. Paguen no solo por lo que no pagan, sino por lo que creen que pagan y ni siquiera tienen noción de los costos.

El costo de vida de una hija o hijo es muy alto, y la justicia insiste en arreglar cuotas que fijan un porcentaje del monto de ingresos sin tener en cuenta si ese monto

pondera verdaderamente los costos de vida básicos. A nadie le importa, total «las mujeres cuidan y pueden con todo». **Por eso insisto en hacer una lista no solo de los gastos que suelen cubrir, sino también ¡de los tiempos!** Y para eso hay que estar muy firmes en nuestro valor como madres, y dejar de naturalizar un montón de cosas que hacemos y que, si nosotras no las hacemos, nadie haría: comprar el regalo del amigo de tu hijo para su cumpleaños, por

ejemplo, también es tiempo y horas de trabajo que deben ser pagas.

Al menos en la Argentina, la reforma del Código Civil habla de responsabilidades compartidas y tiempos de cuidados, pero en los juzgados aún no se ve que esto se aplique con mucho criterio. Podés armarte una buena lista

—que probablemente te lleve más de una semana hacer— e ir anotando todo, incluso los contratiempos, porque si no valorás vos misma lo que hacés y lo sopesás, ningún juez, jueza, abogada, abogado ni operador judicial va a verlo.

En este último tiempo somos testigos de profesionales que se vuelven hábiles en la ejecución de los reclamos: niegan la entrada de los deudores a canchas de fútbol, les suspenden la licencia de conducir, la entrada a ciertos espacios culturales y de consumo, *etc.* Esta es la representación de un compromiso mancomunado de toda la sociedad, que busca que —tal vez— la desigualdad más histórica y estructural que vivimos las mujeres se revierta.

1- «La deuda de los padres: 7 de cada 10 madres separadas no recibe la cuota alimentaria», Infobae, junio, 2022, en www.infobae.com/sociedad/2022/06/30/la-deuda-de-los-padres-7-de-cada-10-madres-separadas-no-recibe-la-cuota-alimentaria.

CAPÍTULO IV

Líderes y propietarias: ¿por qué no

llegamos?

Todos los días haz algo que te dé miedo.

ELEANOR ROOSEVELT

Es fundamental analizar, cual radiografía, cómo es el panorama de nuestra participación en puestos de decisión en todo el mundo. Sobre todo si tenemos en cuenta los efectos catastróficos en nuestro nivel de vida luego de la pandemia, cuando la pérdida de puestos de trabajo fue impactante.

Los hombres y mujeres abocados sobre todo a puestos informales fueron los más afectados. En América Latina y el

Caribe, de los 23,6 millones (1) de puestos de trabajo de las

mujeres que se perdieron en el peor momento de la crisis, a fines de 2021 aún faltaban por recuperar unos 4,2 millones.

En el caso de los hombres, en cambio, ya se habían recuperado prácticamente por completo los 26 millones de puestos perdidos en ese momento. **Si tenemos en cuenta que la participación de hombres y mujeres no es equitativa en el ámbito del trabajo, podemos observar que nosotras hemos perdido muchísima más representación en el mercado laboral que ellos.**

En julio de 2021, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo elaboró un informe denominado Igualdad de género en la Administración pública (GEPA, por su sigla

en inglés), la primera investigación integral exhaustiva sobre la representación de las mujeres en los Estados, que cubre 170 países. Allí se observó que las mujeres representan el 46 % de las personas que se desempeñan en la Administración pública, pero solo el 31 % ocupa los cargos más altos de liderazgo y conforman únicamente el 30 % del personal directivo superior. Es decir que, **de cada 10 personas que toman decisiones**

fundamentales sobre la vida de las personas, solo 3

son mujeres. Un número más que representativo del porqué muchas veces nuestras problemáticas no son políticas públicas, y no llegan a formar una agenda que impacte en la opinión pública. **Las mujeres no estamos en puestos de decisión que nos permitan modificar la estructura de este sistema de desigualdades.**

El Mapa de mujeres de la política desarrollado durante

2020 por las Naciones Unidas (2) reflejó que solo el 21 % de quienes ocuparon ministerios durante ese período de estudio fueron mujeres y solo en 14 países formamos parte de los Gabinetes de gobierno alcanzando el 50 % de participación. Por supuesto que, además del techo de cristal, es decir esta imposibilidad metafórica de acceder a puestos de decisión, están también las barreras que nos hablan de que solo podemos dedicarnos a puestos de decisión en aquellos que están asociados a lo que se considera «el carácter de lo femenino». Allí lideramos nuestra representación en carteras ministeriales como Familia/Niñez/Juventud/Adultos Mayores/Discapacidad, seguidas por Asuntos Sociales; Medio Ambiente/Recursos Naturales/Energía; Empleo/Trabajo/Formación Vocacional, y Asuntos de la Mujer/ Igualdad de Género. En palabras de la periodista y escritora argentina

Ana Correa: «Nos siguen llevando a las cocinas», a esos puestos tradicionales que se esperan de nosotras, pero ahora en el área pública.

En el área privada nuestra representación en los ámbitos de decisión no mejora, de acuerdo con una publicación de

Catalyst (organización sin fines de lucro que se dedica a construir lugares de trabajo que funcionen para las mujeres): aquellas que ocupaban la posición de directora ejecutiva o CEO de la lista de empresas del S&P 500 (índice bursátil de los más importantes de Estados Unidos), a enero de 2021, eran 30, cifra que representa solo un 6 %. Las mujeres no lideramos espacios relacionados con la economía y las finanzas, y esto es aún peor si tenemos en cuenta —como vimos— los factores que llevan a que la pobreza tenga cara de mujer.

En un informe publicado por Deloitte, titulado «Mujeres en la Sala de Juntas» y retomado por Forbes, se refleja claramente que el porcentaje de mujeres CEO es mínimo, y prueba de ello es que los porcentajes más altos no alcanzan ni el 15 %. En Europa, con un 6,1 % de representación, y en América Latina y el Caribe, con 1,6 %.

Otro informe realizado en 2019 por la OIT (Organización Internacional del Trabajo), denominado Las mujeres en la gestión empresarial: Argumentos para un cambio, señaló que el 57 % de 13 000 empresas encuestadas en 70 países **indican que las mujeres constituyen menos del 30 %**

de sus cargos directivos superiores. En lo que respecta a cargos de máximo nivel, el porcentaje más amplio de empresas (35 %) **indicó que las mujeres ocupan entre el 1 % y el 10 % de estos puestos.**

Mientras tanto la sociedad dice que «ahora las mujeres lideran» porque en esporádicas situaciones llegamos a ser presidentas o CEO en una compañía de reconocimiento mundial. Los números nos muestran otro panorama: ¡aún falta y mucho!

Más mujeres decidiendo, un mundo mejor

La falta de posibilidades a la hora de tomar decisiones cruciales, no solo sobre nuestras vidas en el ámbito personal, sino también en el ámbito público, influye con

fuerza en la calidad de vida de otras mujeres.

Efectivamente, más mujeres en puestos estratégicos es cierto que no nos garantiza un enfoque basado en los derechos o la agenda de las deudas sociales hacia nosotras, pero sí que aumenta las posibilidades de que esa agenda se establezca.

Mariana Caminotti es una politóloga argentina que ha investigado el impacto de la representación de las mujeres en varias instancias y papers de divulgación. En su artículo de divulgación para la revista SAAP, «La representación política de las mujeres en el período democrático» (3), cita

un estudio realizado en la Argentina, donde se encontró que, entre 1989 y 2007, el 79 % de los proyectos sobre cuotas de género fueron presentados por mujeres, el 80 %

de las iniciativas sobre despenalización/legalización del aborto, y de acceso a la contracepción y derechos reproductivos, también. Así como el 69 % de las propuestas en materia de violencia de género. Además de la presentación de proyectos, el trabajo de las legisladoras nacionales fue fundamental para la aprobación de leyes que amplían derechos, como las de Cupo Sindical Femenino, Salud Sexual y Procreación Responsable, Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes, entre otras.

Las mujeres liderando, además, mejoran la condición de vida de toda la población, no solo de otras mujeres. Un estudio (4) llevado a cabo en Brasil demostró que las alcaldesas atraen el doble de transferencias discrecionales del gobierno federal que sus homólogos masculinos. Sus municipios también reportan que ellas son menos propensas a participar en actividades corruptas.

En el mismo sentido, en el artículo periodístico (5)

publicado por el medio digital La Vanguardia, el comentario que circulaba era claro: qué significativo que los países liderados por nosotras fueran los que se habían ubicado en

«el club de los bien encaminados» ante la situación de

emergencia generada por el Covid, teniendo en cuenta que somos menos del 7 % como líderes presidenciales/primeras ministras. Las líderes de países como Taiwan, Alemania, Islandia, Noruega, Finlandia o Dinamarca se han destacado por tomar medidas rápidas y efectivas, por brindar buenas comunicaciones, ruedas de prensa continuas y hasta dirigidas exclusivamente para niñas y niños. El resultado en números ha sido mejor, por encima del rendimiento de otros países.

El liderazgo femenino no solo mejora a la población en el ámbito público, también lo hace cuando se desarrolla en el ámbito privado. En otro informe (6) de la Oficina de Actividades para los Empleadores de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), titulado Las mujeres en la gestión empresarial: Argumentos para un cambio, figuran los resultados de encuestas realizadas en casi 13 000

empresas de 70 países. El estudio descubrió que casi tres cuartas partes de las empresas que promovieron la diversidad de género en cargos directivos registraron un aumento de sus beneficios económicos del 5 al 20 %, porcentaje que en la mayoría de las empresas osciló entre el 10 y el 15 %. Casi el 57 % de las empresas participantes en la encuesta señaló que dicha diversidad contribuyó de igual manera a atraer y retener a profesionales con talento.

En el informe también se pone de manifiesto que, a escala nacional, el aumento de la integración laboral de la mujer guarda relación directa con el desarrollo del PIB. Esa conclusión se apoya en el análisis de datos de 186 países para el período 1991-2017, donde por cada crecimiento de 1 punto en la participación de las mujeres en el mundo del trabajo se observaba un crecimiento en el PBI de los países de 1,5 puntos.

Sí, somos buenas negociando, pero no nos

escuchan

Las razones sobre las dificultades para romper estas barreras son variadas. Sin duda a lo largo de este libro vimos varias, como por ejemplo el funcionamiento de los sesgos, en el caso de John y Jennifer. No obstante, hay otras que dificultan nuestra autonomía y que nos destaquemos.

En primer lugar, en el ámbito de trabajo, la cultura de la exigencia y la productividad reclama una vida dedicada durante tiempos que las mujeres no podemos disponer. Esto se debe a la cantidad de horas que además debemos dedicar a las tareas de cuidado y las domésticas. Por esta razón hay una afectación desproporcionada respecto de los varones, que no tienen que lidiar con la famosa y mal llamada compatibilidad. El fenómeno de la «tubería con fugas», en virtud del cual la proporción de mujeres que desempeñan cargos directivos en las organizaciones es cada vez menor a medida que ascienden en la jerarquía de gestión, radica en todos los obstáculos: incompatibilidades en el tiempo, sesgos, dificultades para la negociación, que atraviesan.

Existe un mito sobre las dificultades para la negociación en el ámbito laboral que deposita la culpa en nosotras a la hora de negociar mejores condiciones económicas. Una investigación (7) realizada por la Cass Business School y la Universidad de Warwick en Reino Unido, y por la Universidad de Wisconsin en Estados Unidos, encontró que los hombres tienen hasta 25 % más probabilidades de conseguir un aumento de sueldo cuando lo piden. **Lo llamativo es que, cuando el informe se hizo noticia, los titulares decían: «Las mujeres fracasan más a la hora de negociar», o «Las mujeres son menos exitosas a la hora de pedir un aumento», y jamás se esbozaba algo del tipo «Los empleadores ponen más barreras al crecimiento económico de las mujeres».** ¿Por qué el peso de la problemática estaba en nosotras, incluso cuando había un estudio que respaldaba lo contrario?

En conclusión, el informe incluyó una muestra elegida al azar de 4600 trabajadores en más de 800 empleadores en Australia, donde se observaba que solo el 16 % de las mujeres tiene éxito cuando solicita un aumento de sueldo.

Algo que demuestra que la brecha salarial que sufrimos es netamente por factores discriminatorios (sesgos) hacia nosotras y refleja que

dentro de las razones por las **que no se nos permite gozar de una calidad de vida similar a la de los hombres es muchas veces porque la persona que está ahí, negociando con nosotras, considera que o no lo merecemos o no somos tan buenas para cobrar eso**.

Este informe desmontó la idea de que la brecha salarial se debe a que pedimos salarios más bajos, o de que somos más tímidas para hacerlo; es claro, incluso aunque lo hagamos el resultado será negativo, y tal vez sea esta la principal razón por la que después terminamos pidiendo menos, ¿no? Básicamente porque tenemos miedo, y porque sabemos que el mercado de trabajo es más exigente con nosotras.

El miedo a alzar la voz

¿Por qué, cuando queremos expresar una opinión, lo hacemos con titubeos, o hacemos aclaraciones previas en función del miedo que nos genera la mirada externa, el qué dirán? Pedimos disculpas o recitamos un preámbulo extenso que busca «atajar» una posible respuesta.

Victoria L. Brescoll, profesora asociada de

Comportamiento organizacional en la Yale School of Management, investigó cómo eran interpretadas las mismas emociones según quién las emitiera, un hombre o una mujer. En el paper (8) denominado «Can an Angry Woman Get Ahead?» (¿Puede una mujer enojada salir adelante?) concluyó que **los hombres que se enojan son vistos como figuras de autoridad y con un mejor desempeño**

para puestos más calificados: en los varones, la ira es bien valorada e interpretada como una emoción del orden del prestigio, mientras que las mujeres enojadas son percibidas como incompetentes y muy emocionales como para tener posiciones de poder en el lugar de trabajo.

Por otro lado, la investigadora encontró que, cuando los participantes del estudio tenían que explicar por qué una mujer estaba sintiendo enojo en el ámbito laboral, lo asociaban a características personales. Sin tener otras referencias ni conocerla, esgrimían opiniones que iban desde un «desequilibrio» hasta la maldad. Es decir, las explicaciones que daban eran todas basadas en la personalidad y no en el contexto. En ese sentido, a los varones se los justificaba mucho más. Algo que también ocurre fuera del ámbito laboral, como cuando se atribuyen reacciones violentas de ellos a un «mal día» personal, o a que algo externo «lo puso así».

El estudio también encontró que **las mujeres que promueven sus habilidades, hablan de sus logros y su experiencia profesional son percibidas como menos simpáticas y aptas que las mujeres que no las promueven**. Al mismo tiempo, las mujeres como grupo son vistas como cálidas, pero relativamente indiferentes. Los participantes, además, reflejaron que para que una mujer profesional alcance y mantenga un alto estatus social puede tener que comportarse «sin emociones» para ser vista como racional.

Se suele decir que hombres y mujeres que llegan a tener una voz de liderazgo tienen características distintivas asociadas a su sexo. Aquí nuevamente los sesgos y estereotipos hacen su parte. Los especialistas definen el liderazgo femenino como más democrático, conciliador y armónico, algo que claramente se espera del carácter de las

«buenas mujeres». Pero el problema radica en que el hecho de que las mujeres seamos así para liderar no está asociado

a capacidades innatas o biológicas, sino a que si lo hiciéramos de forma autoritaria, como vimos, seríamos condenadas por eso y perderíamos legitimidad (9).

Más interrumpidas y silenciadas

Durante el año 2012, académicos de la Universidad Brigham Young y Princeton en Estados Unidos examinaron (10) el

tiempo de conversación de varios grupos de personas —94

en total— que debían resolver una tarea hipotética, para lo cual se les daba dinero. Encontraron que, cuando había menos mujeres en los grupos, ellas se mantenían más calladas, entre otras cosas porque se iban resolviendo las problemáticas a partir de votaciones donde ellas sabían que eran minoría. En los momentos de discusión, las mujeres hablaban hasta un 75 % menos del tiempo que los varones que alzaban la voz.

Pero cuando las mujeres igualaban o superaban el número de participantes, así como también las votaciones se resolvían por consenso y no por mayorías, ellas intervenían con soluciones creativas y propuestas muy distintas a la visión de los grupos donde ellas no podían hablar.

En octubre de 2020, Claire McDonnel, una estudiante estadounidense que se está formando en un programa de posgrado en ciencias y finanzas en la Universidad de Iowa, hizo un video sobre la cantidad de veces que era interrumpida cada vez que buscaba expresarse en clases, que se volvió viral en la red social Tik Tok. Ella es una de las cuatro mujeres en el curso, junto con unos 60 hombres, que encuentran desafíos constantes frente a las tareas del ciclo de formación. En el video se observan no solo las interrupciones, sino que, cuando ellas proponen nuevas perspectivas, sus compañeros primero exclaman que «ya sabían» eso que ellas plantean para luego tomar sus ideas como propias y reclamar la autoría. A partir de este video

viral, otras mujeres se sumaron a mostrar lo que sucedía dentro de las aulas o los ámbitos de trabajo. La cantidad de experiencias similares fue apabullante.

Un experimento informal (11) del año 2014 que

monitoreó conversaciones en un lugar de trabajo del rubro tecnológico, realizado por Kieran Snyder, lingüista y escritora de Seattle, Estados Unidos, encontró que donde había cuatro o más personas los hombres interrumpían el doble que la tasa de las mujeres,

y tenían tres veces más probabilidades de interrumpir a mujeres que a otros hombres. En su experimento, Snyder descubrió que las mujeres interrumpen menos y muy rara vez interrumpen a los hombres: solo el 13 % de las veces.

Lo interesante fue observar que las mujeres que interrumpen a otras mujeres y también a otros hombres eran las únicas tres mujeres mayores en el estudio. Además, estas tres mujeres eran de las personas que más interrumpieron a todos y todas en todo el estudio. ¿Por qué?

La investigadora sugiere que las mujeres no avanzan en sus carreras más allá de cierto punto sin aprender a interrumpir, es decir que alzar la voz y hacerlo representa sin duda una herramienta fundamental que nosotras debemos aprender para lograr

posiciones de liderazgo y donde nos destaquemos.

1- Más de 4 millones de mujeres no han logrado retornar al trabajo en América Latina y el Caribe, marzo, 2022; en www.ilo.org/americas/sala-de-prensa/WCMS_838551/lang-es/index.htm.

2- Mujeres en la política: 2020, ONU Mujeres, en www.unwomen.org/es/digital-library/publications/2020/03/women-in-politics-map-2020.

3- Caminotti, Mariana, «La representación política de las mujeres en el período democrático», Revista SAAP. Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político, vol. 7, n. 2, 329-337, noviembre, 2013.

4- Brollo, Fernanda, y Troian, Ugo, What Happens When a Woman Wins an Election? Evidence from Close Races in Brazil, en papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1999067.

5- «¿Han gestionado mejor las mujeres la crisis del coronavirus?», en www.lavanguardia.com/internacional/20200504/48940916281/poderio-femenino-contra-la-pandemia.html.

6- Las mujeres en la gestión empresarial: Argumentos para un cambio, en www.ilo.org/actemp/lang-en/index.htm.

7- «Las peores excusas que las mujeres tienen que aguantar para no aumentarles el sueldo», septiembre, 2016, en

www.losreplicantes.com/articulos/peores-excusas-mujeres-no-aumentar-sueldo.

8- Can an Angry Woman Get Ahead?, en www.academia.edu/14163769/Can_an_angry_woman_get_ahead, 2012.

9- Eagly, Alice H., y Johnson, Blair T., «Gender and Leadership Style: A Meta-Analysis», CHIP Documents, 11, 1990; en

opencommons.uconn.edu/chip_docs/11.

10-Karpowitz, Christopher F.; Mendelberg, Tali; Shaker, Lee, «Desigualdad de género en la participación deliberativa», American Political Science Review, 2012.

11- How to Get Ahead as a Woman in Tech: Interrupt Men. Study: Men interrupt women more in tech workplaces, but high-ranking women learn to interrupt (slate.com).

EPÍLOGO

Alzar la voz: claves para las decididas

Nos damos cuenta de la importancia

de nuestras voces solo cuando somos silenciados.

Cuando todo el mundo está en silencio,

incluso una sola voz se vuelve poderosa.

MALALA YOUSAFZAI

Como vimos a lo largo del libro, las barreras que tenemos para ser escuchadas son muchas. Esto es un problema si además vemos, como dejó demostrado la pandemia, las enormes deudas que la sociedad aún tiene con nosotras.

Por otro lado, quiero ser muy concluyente con algo que no es una opinión, sino que hemos visto en muchas de las investigaciones: aunque en diferentes aspectos tanto hombres como mujeres somos ejecutores de mecanismos que reproducen la desigualdad, **los hombres siguen liderando las formas de control sobre nuestras vidas.**

Formas muchas veces imperceptibles, que se materializan en comentarios desubicados, interrupciones, o dividiéndose el poder entre ellos; y otras formas más crueles, como las que sufrimos dentro de las relaciones de pareja.

Hace años, siglos, las mujeres escribimos sobre lo que vivimos, pero ningún hombre se hace cargo o entiende su participación en esto. Este es un obstáculo enorme al que nos enfrentamos, porque básicamente en cada momento que nosotras tratemos de ser más asertivas, vamos a encontrar como limitación a un varón que va a oponerse y

vamos a tener que negociar, sin titubear y absolutamente decididas y convencidas.

Muchas personas creen que quienes hablamos de estos temas o somos aguerridas o planteamos una guerra de sexos. Nada más lejos, pero parece que, para ser una buena mujer, no podemos hacer una lectura social de nuestra condición sin ser catalogadas como las malas, lo cual es irónico si vemos todos los mecanismos con que los hombres nos excluyen.

¿Por qué habrá tanta resistencia a que lideremos espacios, a nuestra voz? Básicamente porque esto permitiría construir legitimidad y romper con el privilegio histórico que han tenido para poner por delante sus propias necesidades.

Este libro se llama Decididas porque sé que, para nosotras, los ámbitos de las elecciones son aún muy acotados. Sin embargo, **más allá de estas limitaciones externas, sé también que las limitaciones internas que nos ponemos muchas veces son más imperativas que las exteriores, y ahí además es donde operan los mandatos: la cantidad de cosas que no hacemos por culpa, miedos, o porque nos dijeron que no íbamos a poder.**

Después de toda la información brindada en el libro, quisiera ahora dejar algunas claves para volvernos más asertivas. En primer lugar, **reconocer los sesgos, los estereotipos y prejuicios que tenemos en conjunto como sociedad hacia las mujeres.** ¿Miramos de la misma manera a una mujer que a un hombre? ¿Le exigimos cosas distintas? Siempre cuento que en lo personal esto fue muy revelador para mí cuando noté todo lo que le exigía a mi madre para que fuera una «buena madre» sin ver todo lo que ella había pasado y sufrido criando dos hijas sola. En este tipo de gestos es justamente donde depositamos nuestros sesgos y ejercemos la desigualdad. Sucede también con esa compañera de trabajo a la que no le

permitimos que tenga un mal día o que sea antipática, mientras, cuando un varón lo es, nos excita que sea

«distante». Bueno, es momento de reflexionar sobre esto y además

hacernos cargo.

En segundo lugar, **no podemos ni debemos dar todo por amor**. Es hora de que entendamos que muy pocos varones están haciendo el esfuerzo que requiere un cambio en el comportamiento para que las mujeres estemos mejor.

Mientras tanto, no podemos seguir sosteniendo relaciones por una supuesta necesidad imperiosa de vincularnos, y que nos hace mal. ¿A costa de qué seguimos hipotecando nuestras vidas? Hipotecamos el bienestar del presente por un supuesto futuro donde el otro va a cambiar y nos vamos a sentir mejor… Personalmente creo que sí, la gente puede cambiar, pero eso es fácil de poner en evidencia. Con las palabras no alcanza, hace siglos que las mujeres estamos esperando, es momento de dejar de distraernos y brindar nuestro valioso tiempo a promesas que se disuelven en el aire.

En tercer lugar, **es importante revisar esta idea de que ser una femme fatale es ser una mujer**

emancipada o empoderada. Efectivamente puede serlo, pero esto se asume como una verdad sin discusión y, como vimos en los datos, esta supuesta libertad no queda reflejada en ellos. Las mujeres, en el ámbito sexual, por ejemplo, seguimos muy expuestas a maltratos. Ser claras en lo que queremos y en cómo lo queremos no tiene que ver con volvernos caprichosas o poco negociadoras, sino con resguardarnos y establecer límites que nos permitan dilucidar quién es el otro, y si está dispuesto a respetarnos.

Por último, algo que me parece trascendental para potenciar nuestras vidas: las mujeres tenemos que hablar más, mucho más. Me resulta paradójico que tengamos fama de charlatanas. ¡Qué mentira tan grande!

En ninguno de los ámbitos donde de verdad «se cuecen las habas» las mujeres estamos ahí discutiendo como mayoría.

Seguimos siendo minoría y además eso nos intimida, así que nos mantenemos más calladas, porque sabemos que seremos interrumpidas o desacreditadas.

Hablemos más de dinero, incluso aunque nos nieguen los aumentos de sueldo o los contratos y acuerdos que queramos negociar. Denunciemos más, mucho más. No creo que el camino de la denuncia sea el único posible, y cada caso es particular. Pero hay contextos donde la denuncia de una puede transformar la vida de muchas, y no

hablo solo de abusos sexuales. En todo el mundo hay empleadas que se están organizando para denunciar las irregularidades salariales, ya hay fallos que intiman a las empresas a que les devuelvan ese dinero que sí obtuvieron los varones de esas organizaciones. Denunciemos colectivamente, hagamos redes con otras mujeres, no tenemos por qué ir al frente solas ni sentirnos aisladas, muchas veces basta con mirar al lado para ver a una mujer que está atravesando lo mismo que nosotras.

Cada vez que doy una conferencia o una capacitación, hay una mujer que antes de hacerme una pregunta me dice

«tal vez esto es una tontería». ¡Me pone tan mal! ¿Cómo vamos a pensar así de nuestras propias inquietudes?

Preguntemos con seguridad, hablemos como quien entiende que merece ese lugar, trabajemos mucho internamente en eso. No va a ser sencillo, porque ser «más decididas»

abarca también los factores externos, que, como vimos, limitan nuestras posibilidades, pero si seguimos temerosas de las limitaciones externas —aunque tengamos razón— es muy difícil atravesar esas barreras. Por supuesto que no hay recetas mágicas, pero estoy convencida de que hay cambios internos que podemos hacer que modificarán cómo nos relacionamos con los demás.

Seguimos leyendo porque estamos decididas a

transformar nuestras vidas, porque queremos que las mujeres estén mejor, porque ansiamos que los varones también nos lean y entiendan que esto tiene que ver con

ellos. Existe una decisión muy resuelta, incluso de las mujeres que no se asumen feministas, de romper con la desigualdad y hablar de machismo. **Todavía falta mucho para romper con los prejuicios y arquetipos que nos acompañan, pero la formación es fundamental porque nos permite seguir estableciendo elementos en las discusiones sociales, y logrando que las personas rompan con el sentido común construido sobre la base de una concepción fatídica de las mujeres**.

A partir de ahora espero que todas elevemos un poco más el tono de nuestras voces, acá estamos, nosotras contamos, nuestras opiniones son importantes, no tenemos por qué conformarnos.

El mundo y el tiempo son también propiedad nuestra. Decididas

y propietarias, vamos a disputar el poder en todos los ámbitos, nuestra voz se hará escuchar.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Formarnos para seguir construyendo

una vida mejor

Este libro ha tenido el objetivo de terminar con varios mitos contrastándolos con datos, aunque sé, justamente por los sesgos de los que hablo en el primer capítulo, que muchas veces ni siquiera la información validada es tenida en cuenta ante la resistencia a entender lo que sucede.

Me arrogo el derecho de hacer una bibliografía distinta, porque quiero recomendarles a mis lectoras y lectores libros que me han formado para escribir estas páginas. De la misma manera, en las citas al pie encontrarán muchísimos papers, estudios y artículos de divulgación científica para que sigamos abriendo las puertas del conocimiento y volviéndolo cercano.

El libro de Gina Rippon, El género y nuestros cerebros (Galaxia Gutenberg), me ha aportado innumerables fuentes de análisis que han permitido dotar de sustento teórico los diversos estudios dentro del campo de las neurociencias que abordé. Es un libro de 2020, por consiguiente, la novedad de los datos que aporta es sustancial.

Estoy segura de que todas las mujeres tenemos que leer Mujeres y poder: un manifiesto, de Mary Beard (Crítica, 2018), donde aborda cómo se nos ha silenciado a las mujeres por siglos. Este libro ha sido una fuente invaluable para (Mal) Educadas, y volvió a acompañarme en Decididas.

Otro infaltable es el de la gran Gerda Lerner, con el clásico La creación del patriarcado, un libro de 1986 y reeditado

durante 2022 por la editorial Paidós. Este libro, cuya edición española me acompaña hace años, es un obligado para cualquier materia académica sobre estructura social. Es una omisión impiadosa que las y los docentes que se jacten de estar formados en teoría social no lo tengan como lectura de cabecera. Estoy segura de que, si el libro lo hubiera escrito un hombre, sería considerado por todas y todos como una obra maestra en el ámbito de la antropología y la historia.

Siempre que escribo, en la etapa de investigación me encuentro con Marcela Lagarde, política, académica, antropóloga e investigadora mexicana. Ella siempre ha sido pionera y me emociona sinceramente su dedicación tan convencida, cuando aún escribir sobre estos temas y tener un lugar en las editoriales no era sencillo. En esta etapa me

encontré con el gran libro El cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas (UNAM, 1990).

Es mi deseo que este libro vuelva a ser popular como lectura de cabecera, porque la cantidad de temas que abarca son suficientes para formar a cualquier persona.

También trabajé con el libro de la escritora

estadounidense Bell Hooks (Gloria Jean Watkins), publicado en el año 2000 y titulado Todo sobre el amor: nuevas perspectivas (Paidós Ibérica). Su lectura me aportó la necesidad de conceptualizar el amor y generar acuerdos en común, aunque debo confesar que, a partir de la mitad del libro, la autora aborda algunos fenómenos de sus vivencias espirituales que, en lo personal, no me han formado en lo que considero que es el campo de la sociología para entender el amor.

Creo que para entender mejor qué es el amor, y problematizarlo, tenemos a la siempre lúcida Eva Illouz, socióloga y escritora franco-israelí, con dos de sus libros fundamentales: ¿Por qué duele el amor? (Katz, 2012) y El fin del amor (Katz, 2018). Sus abordajes son completos y dinámicos, sin caer en lugares comunes, e impartiendo una

mirada formada desde la estructura social, que hacen que su obra sea absolutamente enriquecedora.

Otro de los clásicos que ya conocen porque lo cito recurrentemente es Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva, publicado en 2004 por la socióloga ítalo-estadounidense Silvia Federici. Junto con el libro de Gerda Lerner, son dos pilares que no se nos deben escapar si queremos aprender teoría feminista, pero también desde dónde venimos en cuanto a la desigualdad.

Por último, otro libro que fue sostén de Decididas ha sido el enorme trabajo de la psicóloga argentina Clara Coria, que espero sea una autora más conocida a través de mis lectoras y lectores y que vayan a buscar su trabajo de forma masiva. Sus investigaciones en torno a las negociaciones y al dinero en el contexto de desigualdad de género son originales y de lo poco y bueno que hay escrito sobre el tema. El sexo oculto del dinero se publicó en 1986 y parece que hubiera sido escrito ayer, es realmente muy impresionante que alguien haya tenido ese poder de visión y claridad para esa época. Pero Coria además tiene innumerables trabajos y entrevistas que les ruego busquen y lean.

Creo que todos estos libros que mencioné son

fundamentales para establecer una verdadera y rigurosa biblioteca. Ojalá ustedes también se formen con las maestras que han permitido que mujeres como yo podamos divulgar sus enormes aportes y su trabajo, y tener el privilegio de una plataforma digital grande y una editorial de renombre que nos permite citar sus trabajos y volverlos accesibles para un público muy amplio. Esa es sin duda mi mayor gratificación, poder desempeñarme como

divulgadora y ver que este conocimiento se vuelve masivo.

Es, por lejos, el motor que me moviliza, junto con el creciente interés por estas temáticas que se despierta día tras día.

AGRADECIMIENTOS

En este libro no voy a comenzar por agradecer a mis seres queridos, sino que quiero agradecerles a todas las personas que comparten la comunidad de mis redes sociales. A hoy son más de 350 000 mujeres que me envían sus historias, me cuentan pesares, pero también muchos de sus logros: Flor, logré negociar ese aumento laboral. Me pude separar. Le dije que nos casáramos porque nada me protegía legalmente. Me voy de viaje sola, o con mis hijos. Volví a estudiar. Conseguí trabajo y voy a poder separarme…

¿Sabrán lo que es recibir esos mensajes todos los días?

Es realmente muy emocionante y reconfortante. No les voy a mentir, mi trabajo es difícil en muchos momentos. Todos los días tengo en mi casilla casos de mujeres que la están pasando muy mal, expuestas a violencia, y no siempre se puede ayudar o acompañar, básicamente porque soy solo una persona detrás de una cuenta de Instagram. Aunque también es cierto que muchas veces hemos armado una red y hemos realizado verdaderos milagros. Hay días en que me angustio por las limitaciones, pero hay otros en que siento que, durante estos tres años, junto a estos tres libros, hemos crecido —ustedes y yo— de una forma descomunal.

Quiero mencionar específicamente a todas las abogadas, psicólogas y trabajadoras sociales que me acompañan en red, donando horas de su tiempo para transformar la vida de las mujeres en todo el territorio de la Argentina, que es extenso, diverso y también muy injusto. Desde 2021, y gracias a que ellas se sumaron a la iniciativa de trabajo voluntario, muchas mujeres pudieron reclamar alimentos, separación de bienes, acceder a terapia psicológica, *etc.*

Esta red no es perfecta, pero es un modelo que surgió un día mientras pensaba en cómo canalizar tantas necesidades que el Estado no quiere acompañar y que son urgentes. Con apenas un Google Drive, pudimos concentrar más de 800

psicólogas y 800 abogadas, más unas 200 trabajadoras sociales, que todos los días reciben el llamado de alguna mujer que no tiene recursos o que los tiene pero necesita a una profesional con perspectiva de género.

Probablemente haya casos que llevaré por siempre en mi corazón, como el de esa mujer que escribió asustada, golpeada la noche anterior, con tres hijos y sin dinero; o el de la chica violada durante un festival de música, o el de la adolescente que era golpeada por su hermano varón…

También el de tantas que no podían reclamar alimentos, y no solo se animaron a hacerlo, sino que encontraron abogadas increíbles que utilizaron estrategias asombrosas para ejecutar a los deudores. Esta red va a seguir creciendo.

No tenemos tiempo de esperar al Estado, y estoy convencida de que, si una profesional puede ayudar a una mujer, cuantas más profesionales se sumen mejores respuestas se podrán dar, y abarcar aún a más personas.

En segundo lugar, quiero agradecer a Ana Wajszczuk y a Adriana Fernández por la paciencia infinita que me tuvieron en la escritura de este libro. Personalmente, me ha resultado eterna la cantidad de lecturas incorporadas y, además, el enorme tiempo de lectura que me llevó adentrarme en temas en los que no estaba formada. Fue un esfuerzo que buscó aportar una nueva mirada luego de dos libros anteriores, publicados a fines de 2019 y de 2020. Es decir, no he parado de escribir e investigar, lo cual a veces es cansador por el esfuerzo que requiere revisar las ideas y reflexiones y dotarlas de sentido. La mirada aguda de Ana, que además de editora es escritora, fue tan necesaria como inquietante por momentos, porque me hacía dudar, y eso le ha aportado una calidad al texto que marca un crecimiento desde (Mal) Educadas.

Este libro llegó con Adriana Fernández como directora de Planeta Libros en la Argentina, un logro tan merecido como representativo de lo que he hablado en Decididas. No es fácil ser mujer líder, como vimos, estar bajo el ojo de los sesgos que tendrán los demás, y asumir una compañía enorme que tiene que liderar un país inmenso, que

atraviesa múltiples crisis económicas y financieras, y donde se publican libros constantemente. Por eso, gracias, Adriana, por no haber perdido tu calidad humana ante las presiones y los cambios que te exigió esta nueva etapa.

Como siempre, estoy agradecida enormemente a mi familia. El libro va dedicado a mi hermana Patricia, porque sé todas las barreras personales que tuvo que romper estos últimos años. A mi hermoso Gael, que es mi motor diario y que me llena de orgullo lo cálido que es como varón, en un mundo que puja para que siga todos los mandatos que buscan romper con mi crianza.

A dos mujeres que quiero y admiro, mi mamá y mi abuela, que han atravesado tanto, y que han hecho lo mejor que pudieron para que mi hermana y yo tengamos tantas herramientas.

A mis amigas de siempre y a mis amigas de «la puerta del cole», las mamás que me sostienen en una crianza con muchos momentos de tensión donde la soledad de criar en una ciudad grande y sola se vuelve vértigo.

Abuelo, donde quieras que estés, gracias por el amor, los asados y las anécdotas.

Document Outline

- Portadilla
- Legales
- Prólogo. Un libro para ustedes
- Introducción. Solas, (Mal) Educadas y ahora Decididas
- Parte I: ¿Decidimos? Sobre el cerebro y la neurociencia. Sesgos y estereotipos
    - Capítulo I. El prestigio social tiene cara de varón
    - Capítulo II. Ni rosa ni celeste, un cerebro predecible
    - Capítulo III. Todas y todos somos sexistas
    - Capítulo IV. La mirada social de desprestigio hacia las mujeres
- Parte II: El amor que todo (no) lo puede
    - Capítulo I. Amar sin razón: una historia inaugural
    - Capítulo II. De qué hablamos cuando hablamos de amor
    - Capítulo III. El amor como forma de control social sobre las mujeres
    - Capítulo IV. De la violencia vicaria a la simbólica: extorsión y carga mental
    - Capítulo V. Las mujeres disponibles
- Parte III: Sexo. La puerta hacia la libertad que no fue
    - Capítulo I. La brecha orgásmica
    - Capítulo II. La información es placer
    - Capítulo III. Pagar el costo de ser decidida en la cama
- Parte IV: Dinero. De propiedad a propietarias
    - Capítulo I. Las mentiras que nos empobrecieron
    - Capítulo II. Amar empobrece: violencia económica y patrimonial
    - Capítulo III. Mujeres solas a cargo de su hogar: el no pago de alimentos y la complicidad judicial
    - Capítulo IV. Líderes y propietarias: ¿por qué no llegamos?
- Epílogo. Alzar la voz. Claves para las decididas
- Bibliografía seleccionada. Formarnos para seguir construyendo una vida mejor
- Agradecimientos